



*Cristina*  
*en las*

**HIGHLANDS**

JANA WESTWOOD

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Cristina  
en las  
Highlands

Las Highlands-3

Jana Westwood

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Jana Westwood

1ª edición: marzo de 2019

2ª edición septiembre de 2021

Esta novela fue originalmente publicada bajo el seudónimo: «Kate Dawson». Todas las obras bajo dicho seudónimo pasan a estar firmadas por Jana Westwood, siendo ambas la misma autora.

## Prólogo

*Escocia, 16 de abril de 1746.*

El silencio. El atronador silencio. Abrió los ojos lentamente mientras el dolor lo acompañaba en su regreso al mundo de los vivos. Trató de levantar la cabeza para vislumbrar el manto de cadáveres que se extendían a su alrededor, pero el dolor que le produjo ese sencillo gesto le resultó insoportable y se desmayó.

Cuando volvió a abrir los ojos su cerebro reaccionó con mayor rapidez y los recuerdos de la batalla regresaron en forma de gritos, ruidos metálicos y olor a pólvora. La última imagen antes de caer había sido la de su padre desplomándose con la sangre saliendo a borbotones de la herida de su cuello. Trató de incorporarse, pero la cabeza le daba vueltas. Rodó hasta colocarse bocabajo. Quizá así pudiera tener una visión clara del campo de batalla y le sería más sencillo llegar hasta su padre. Volvió a levantar la cabeza, pero todo a su alrededor había cambiado. Ya no había cadáveres y estaba entre árboles. Se apretó las sienes con las manos, convencido de que veía visiones.

—Agáchate —dijo una voz a su izquierda.

—¿Patrick?

El otro le hizo un gesto para que callase y le señaló con el dedo hacia su espalda. Cuando se giró vio el color rojo del uniforme inglés y comprendió que esas alimañas estaban recorriendo el campo de batalla en busca de supervivientes para acabar el trabajo. Patrick le hizo otro gesto con el dedo, como si se cortase el cuello para advertirle de que eso era exactamente lo que estaban haciendo los dragones de su majestad.

Miró a su amigo y sin emitir sonido vocalizó ampliamente para preguntarle por su padre. El otro le confirmó que había muerto. Los dolores que lo atacaban por todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, resultaron nimios frente al sentimiento que se abrió paso en su pecho al saber que Joseph Done, el hombre más admirable de la tierra, estaba muerto. A su mente llegaron los primeros momentos de la batalla cuando la furia y la hombría se abrían paso frente al raciocinio, empujándolos contra el enemigo. Las primeras filas de *highlanders* habían levantado sus espadas con determinación. Morir matando, esa era la consigna. Las demás tropas salieron de los flancos y se unieron a ellos con un ritmo desigual. Por el rabillo del ojo pudo ver que algunos de los soldados habían dudado y mantuvieron su posición demasiado tiempo. Entre esos hombres estaban los MacDonald. Su abuelo los maldeciría un millón de veces por la actitud que habían tenido. Por las venas del viejo corría sangre MacDonald, aunque para su padre siempre fue tan solo un bastardo. Se tocó la cara y desprendió parte de la capa de sangre y barro que la cubría. No recordaba el primer golpe, tan solo el último. La imagen de su padre desplomándose con aquella mirada sorprendida después de que el maldito inglés le cercenara el cuello. Jamás olvidaría esa mirada.

Si los que portaban enormes espadas habían caído, no quería pensar en todos aquellos pobres diablos que iban pertrechados con hojas de guadaña, azadas, palos y arpones. Campesinos cuyo odio había convertido sus herramientas de labranza en armas con las que destripar a su enemigo. Los ingleses tenían mejores armas y soldados entrenados. Ellos solo contaban con el conocimiento de su propia tierra y un exaltado fervor por defender su modo de vida y a su rey. Y el fervor no fue suficiente.

Patrick le indicó que lo siguiera y se arrastró por el suelo utilizando los codos. Él lo imitó en silencio con un insoportable dolor en el brazo y en la pierna. Hasta ese momento no se había

dado cuenta de que no podía moverla. Detrás de ellos les perseguían los gritos de los heridos a los que los dragones estaban rematando. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para poder ponerse de pie, Patrick se pasó el brazo bueno de su amigo por el cuello y lo sujetó de la cintura para ayudarlo a caminar. La suerte volvió a sonreírles en aquel aciago día y se toparon con uno de los caballos extraviados de la contienda. Montaron en él, no sin muchas dificultades a causa del herido, y se alejaron silenciosamente. Ninguno de los tres quería regresar a aquel infierno. Tan solo querían alejarse lo más posible.

Detuvo el caballo en lo alto de la colina, desde allí se divisaba el castillo de Robert Done. Giró la cabeza lo suficiente para asegurarse de que su amigo estaba consciente. Había perdido mucha sangre y estaba muy débil, por lo que había tenido que recogerlo del suelo dos veces.

—No nos acogerá —dijo casi sin fuerzas—, nos echará a patadas o nos entregará a los ingleses.

—Te morirás si no te curan esas heridas —sentenció Patrick mientras apretaba las piernas contra el caballo para que se pusiera en marcha, sujetando las riendas con firmeza y evitando que se moviera demasiado.

—Entonces déjame frente a la casa y tú, márchate —dijo el otro inclinándose peligrosamente hacia un lado.

—Aguanta un poco más.



## Capítulo 1

Cristina se dejó caer contra el respaldo de la silla todavía en *shock*. Las imágenes que había estado revisando en el ordenador de Deacon seguían pasando frente a sus ojos sin que pudiera darles crédito. ¿Qué pretendía hacer con ellas? Les había puesto incluso fecha a futuro, como si tuviera pensado publicarlas. Pero él no le haría eso. No podía ser.

Fuese por el motivo que fuese, las había grabado sin su consentimiento y no había ninguna razón para que ella deseara que aquellos vídeos existieran. De modo que los borró, asegurándose de que no quedaban almacenados en la papelera. También borró los otros, los de Kalinda, aunque fuera una *puta* era una mujer y no se merecía eso. Porque estaba segura de que ella tampoco sabía que la había estado grabando, de haberlo sabido jamás habría dejado que se le viese la celulitis.

Se puso a buscar por toda la casa hasta encontrar todas las tarjetas de memoria de Deacon. Borró todo lo que había en ellas, no le apetecía ver más porno y no se iba a arriesgar. Sonrió, taimada, iba a tener que grabar mucho para tener material para sus vídeos. Se sentía amenazada, como si una sombra oscura estuviese acechándola para saltar sobre ella en cualquier momento. No había peligro, sabía que tenía tiempo de sobra, había salido a surfear con sus amigos y nunca regresaba antes de las cinco de la tarde, pero igualmente sentía aquella urgencia, aquel temor a ser «pillada» antes de haber terminado con todo. Tuvo tanto miedo de que pudieran recuperarse aquellos vídeos que se guardó las tarjetas para destruirlas cuando estuviese en su casa. Se sentó frente al ordenador y lo miró con odio. ¿Cómo había podido Deacon hacerle eso? Lo de que la estuviese engañando con Kalinda ya era una putada, pero que estuviese guardándose vídeos de ellos dos haciéndolo era una violación en toda regla. No era una mojigata, le gustaba el sexo, por

supuesto, pero practicarlo.

¿Quién le impedía compartir los vídeos? Estaba claro que iba a cortar con ella, ¿para qué los guardaba? Y ¿por qué tenían fechas a futuro?

Subió los pies a la silla y se abrazó a sus rodillas. No pudo contener los sollozos y todo su cuerpo se agitó como las olas sobre las que Deacon surfeaba en ese mismo momento. ¿A quién trataba de engañar? Lo de Kalinda le había hecho daño. Las cosas entre Deacon y ella no iban bien, pero todas las parejas tienen problemas. La imagen de la *youtubera* del momento, que estaba causando sensación con sus vídeos de maquillaje, se fue haciendo más y más nítida en su cerebro. De pronto un montón de señales luminosas se encendieron en sus recuerdos. La última, en la fiesta del sábado en casa de Clara, cuando entró en la cocina y vio a Deacon delante de Kalinda, que estaba sentada en la encimera de mármol. Él actuó con tanta naturalidad que creyó lo que dijo, aunque ahora solo recordaba la mirada de Kalinda, su sonrisa inocente y el abrazo con el que la obsequió... Luego estaban los comentarios con sus amigotes sobre lo buena que estaba la *youtubera* y el éxito que le esperaba.

A su mente llegó también su conversación con Marta.

—No me gustan nada estas fiestas —dijo Marta.

—Lo sé —había respondido Cris.

Marta se había escabullido hasta el patio delantero y Cris la encontró sentada en el suelo, recostada contra la pared con una cerveza en la mano. Se había quitado los zapatos de tacón que, aunque no tenían más que siete centímetros, para ella eran una tortura. Todo el mundo estaba en la parte de detrás de la casa, en la zona de la piscina, bebiendo cócteles.

—No sé por qué he venido.

Cris se sentó a su lado poniendo cuidado en que la piedra del suelo no le hiciese una rozadura

en su terso y desprotegido trasero. Aún tenía el pelo mojado del chapuzón que acababa de darse en la piscina y solo llevaba puesto un bikini de lo más cuco.

—¿Por qué no te gustan? —preguntó cogiendo la botella de cerveza que le ofrecía.

Marta la había mirado de un modo extraño y, al recordar ahora aquella mirada y sus palabras, todo cobraba sentido.

—Porque siempre veo cosas que no quiero ver.

En ese momento Cris pensó que se refería al suceso con Wichi, que se había tirado a la piscina como su madre lo trajo al mundo.

—Creo que no voy a volver a aceptar estas invitaciones —dijo Marta—. Ya sé que es bueno para el canal tener contactos, pero siempre me ha ido bien por mi cuenta.

—Todo el mundo te quiere —había dicho Cris. Y era cierto. Su canal de belleza era de los más respetados y todo era gracias a su sinceridad y buen trabajo.

—Yo me tomo esto en serio. Y no sé qué narices hago en una fiesta con gente como Wichi, Sanders o Deacon, que lo único que hacen es ponerse a parir todo el tiempo y luego los ves planificando a escondidas su próxima bronca mediática.

—Tienen millones de seguidores —siguió Cris.

Marta giró la cabeza y la miró con tristeza.

—Tú también deberías alejarte de todo esto, Cris. —Se puso de pie con los zapatos en la mano—. En serio, acepta mi consejo: aléjate de toda esta gente.

En ese momento comprendía muy bien a qué se refería con «toda esa gente». Estaba claro que ella también sabía lo de Deacon con Kalinda.

Para ser honesta debía reconocer que ella también había fallado. ¿Cuánto hacía del último polvo? Era cierto que a ella ya no le apetecía casi nunca, pero él tampoco es que insistiera

mucho.

Soltó el aire que se le había acumulado en los pulmones y se limpió las lágrimas. No, de ningún modo iba a permitir que le hiciese lo que le hizo a Mayte, su antigua novia. Se levantó de la silla, cogió el ordenador y salió con él por la puerta que daba al jardín, recorrió el trecho que había hasta la piscina y sin un ápice de duda lo lanzó al agua y lo observó mientras se hundía.

—Que te jodan, *imbécil*.

—¿Que ha hecho qué? —María la miraba con los ojos como platos—. Deacon es *gilipollas*, pero eso es demasiado incluso para él.

Cristina asintió hecha un mar de lágrimas.

—¿Cómo puede haberme grabado sin mi permiso? Estoy segura de que eso es ilegal.

—Eso está claro.

—¡Dios! —sollozó con la nariz tan roja que parecía iluminada.

—Vamos a tranquilizarnos —dijo María acercándole el paquete de pañuelos—. Deja de llorar que no se lo merece. ¿Estás segura de haber borrado todos los vídeos? ¿También los de la cámara?

Cristina se limpió la cara al tiempo que asentía.

—Todos.

—Esperemos que no tuviera ninguna copia en el móvil.

Negó con la cabeza.

—Entré en su copia de seguridad de iCloud. Es tan imbécil que tiene todas las contraseñas en

su ordenador. Como ya no me quedaba mucho tiempo lo borré todo y restauré el móvil a valores de origen.

—¿Le has borrado el móvil? ¿Los contactos también?

—No me fío de él, María, no podía arriesgarme.

—Madre mía, espero que no te hayas equivocado. Ya sabes que mi opinión sobre Deacon no es mejor que la suya sobre mí.

Cristina se mordió el labio sintiéndose culpable por no haberlo puesto en su sitio cuando la llamó gorda.

—Me guardé una copia de todos sus archivos y contactos en mi nube y cuando lo haya revisado todo a fondo le dejaré recuperarlo —explicó—. Soy demasiado *estúpida* para ser tan mala.

—No eres *estúpida*.

—Sí, sí lo soy. Si no habría roto con él cuando comprendí que esto no iba ninguna parte. — Sus ojos destilaban sinceridad—. No puedo culparlo por buscarse a otra, la nuestra ya no era una relación sana. Pero ¿por qué tenía que ser tan *capullo*? Podría haberme dejado como un hombre y no haberse guardado esos vídeos, el muy...

María no dijo nada porque lo único que le venía a la boca era decirle lo que no quería oír. Que Deacon era un *capullo* ya lo sabía. Julia se lo había dicho muchas veces y ella misma también, pero Cristina era una soñadora y se dejaba embaucar con facilidad.

—Sé lo que estás pensando y tienes razón, debería haberme dado cuenta, me lo advertisteis.

Su amiga le cogió las manos mirándola con cariño.

—No se ha hecho la miel para la boca del asno —repitió la frase que solía utilizar para referirse a él—. Pero no te fustigues, solo querías un pedacito de cielo como todas.

—Llevo días pensando mucho en Laura y en lo que nos contó en su carta —confesó—. Encontró a un hombre tan maravilloso como para quedarse en un siglo que no es el suyo, con una vida sin comodidades, sin periódicos... Y mírame a mí, un auténtico desastre.

María bajó la cabeza, pero no dijo nada y su amiga no se percató de su tristeza. Ya hacía tiempo que había dado por hecho que no encontraría a nadie. No tenía el aspecto de Cris ni la fuerza de Julia ni la valentía de Laura. Era mediocre, estaba rellenita y en su profesión solo se relacionaba con niños. Pero ese no era su momento, era Cris la que necesitaba atención.

—Tendrás que hablar con él —dijo—, pero no en su casa. Ahora ya sabes que puede estar grabándote. Y nada de móviles cuando os reunáis. Dile que vaya a tu casa y haces que deje el teléfono en la entrada. Si hace falta lo cacheas.

—¿Podrías estar allí, por favor? —suplicó su amiga.

María asintió.

—Claro que sí. Y ahora voy a prepararte una de mis mejores infusiones para que te animes.

María y sus potingues. Cristina trató de sonreír, aunque aquello parecía más una mueca.

—Y no lo olvides... —dijo la maestra caminando hacia la cocina.

—«No se ha hecho la miel para la boca del asno» —citó Cristina esforzándose en sonreír.

—¡Eres una *hija de puta*! —Deacon estaba furioso y se paseaba por el salón del apartamento de Cristina como un gato enjaulado.

—¿Que yo soy una *hija de puta*? Y ¿tú qué eres? ¿Por qué nos grabaste en la cama sin mi consentimiento?

—¿Qué pasa? ¿Puedes hacerlo, pero no puedes verlo? ¿Te avergüenzas de la persona que

eres? Deberías pensar en ello antes de...

—Pero ¿quién te has creído que eres? ¡No me avergüenzo de quien soy! Pero esas cosas son para nuestra intimidad, no para que las grabes.

—¿Y quién dice que no era para «nuestra intimidad»?

—¿Y las fechas que habías puesto en cada vídeo? ¿Todas consecutivas y semanales?

—Es un modo de organizarme.

—Ya. A futuro. —Cristina se volvió de espaldas resoplando. Ojalá se hubiese comportado como un hombre y hubiese reconocido la verdad sin tapujos.

—¿Qué pensabas que iba a hacer con ellos? —espetó agarrándola del brazo para obligarla a mirarlo.

—¿No sería mejor que dijese la verdad? —Lo miró con tal desprecio que Deacon sintió un estremecimiento—. ¿Podías ser alguien auténtico por una *puta vez*?

—Mira quién habla. —Le devolvió el mismo desprecio—. ¿Cuándo has sido auténtica tú? Siempre pensando en la imagen que das, pendiente de lo que dicen de ti en las redes. No te haces una coleta para salir a la calle por si alguien te hace una foto y la sube. No vas a comprar al súper para que nadie te confunda con una maruja...

—Eso no es cierto...

—¿No? —Él se rio de ella—. Solo pretendía quitarte todas esas tonterías que tienes. Creí que sería bueno para nuestra relación y que si nos sentábamos a vernos en un momento tan... íntimo, conseguirías superar todas tus mierdas.

Cristina lo miró entrecerrando los ojos. ¿En serio? ¿Creía que iba a ser tan fácil engañarla?

—¿Todas mis mierdas? ¡Eres un desgraciado! ¿Y Kalinda? ¿Qué papel tiene ella en todo esto?

La expresión de Deacon fue de lo más evidente.

—He visto los vídeos, *imbécil*. ¿Pretendías ayudarme a superar mis mierdas justo antes o después de hundirme en la miseria?

—Yo no...

—Vamos, sigue. ¿Tú no qué?

El *youtuber* se llevó las manos a la cabeza y se apartó la melena tirando de ella hacia atrás. Estaba claro que habían caído todos los velos y estaba en cueros frente a ella. No era necesario seguir con la farsa.

—Está bien, esos vídeos son un seguro —confesó.

—¿Qué? —Cristina lo miraba aterrada.

—No volveré a pasar por algo como lo que me hizo Mayte.

Ella lo miraba sin dar crédito.

—Mayte estuvo a punto de hundir mi carrera como *youtuber*. No permitiré que ninguna mujer vuelva a hacerme algo así.

Cristina empalideció.

—¿Vas a grabar a todas las tías con las que te acuestes? —preguntó estupefacta.

—A todas con las que tenga una relación —confirmó él—. No pensaba utilizarlo si no era necesario y solo sería para advertirte, jamás los subiría.

Era mucho peor persona de lo que imaginaba. Cristina no podía asimilar lo que estaba descubriendo.

—Mayte solo se defendió —dijo con desprecio—. La dejaste tirada en Tailandia.

—Ella se lo buscó.

—Y después la arrastraste por las redes cuando contó lo que habías hecho.

—Su versión —puntualizó él con expresión cínica—, si hubiese tenido uno de esos vídeos con ella te aseguro que no habría dicho ni mu. Perdí más de cuatrocientos mil seguidores. No me volverá a pasar, te lo aseguro. *YouTube* es mi vida y lo sabes.

Cristina sintió que le flaqueaban las piernas, resultaba estremecedor descubrir que no conocía a la persona con la que llevaba un año de relación seria.

Fue hasta una butaca y se sentó, estaba agotada. Deacon se sentó frente a ella con los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas.

—No los iba a utilizar —repitió—, a no ser que me obligases.

Cris lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Sé que para ti todo esto de *YouTube* es solo un entretenimiento, pero para mí es mi profesión.

No daba crédito. ¿Profesión? ¿Qué profesión? Lo único que hacía en *YouTube* era enseñar cómo surfeaba. Y su magnífico cuerpo, eso también.

—Creía que me conocías mejor —dijo ella con tristeza—. No necesitabas protegerte de mí. Lo único que tenías que hacer era decirme que ya no querías estar conmigo y me habría marchado. Sé que creerás que lo digo por despecho, pero yo no te quiero, Deacon. Hace tiempo que me di cuenta de que lo nuestro no iba a ninguna parte.

El surfista torció una sonrisa como si no creyera que eso fuese posible.

—¿Has guardado alguna copia de mi móvil? —preguntó.

Cristina asintió con la cabeza.

—¡Menos mal! —exclamó, aliviado.

—¿Me juras que no hay más vídeos por ahí?

—Te lo juro. Solo estaban en el portátil, ni siquiera los subí a la nube. No me fío de quién

puede ver mis cosas.

Cristina se levantó y salió del salón. Regresó al cabo de dos minutos con algo en la mano.

—Toma, te he hecho una copia de todo —dijo.

—*Hostia*, tía, menos mal. —Deacon dio un beso al USB e hizo ademán de ir a abrazarla, pero Cristina se apartó.

—Me he quedado con una copia de todo —habló muy serena.

Deacon frunció el ceño y repasó mentalmente todo lo que guardaba en la nube. Después de unos segundos su rostro mostró un profundo temor.

—Eso son documentos privados, no puedes quedártelos.

—No pienso hacer nada con ellos. No tengo ningún interés en que los de Hacienda te toquen los huevos, pero tú sabes que yo lo tengo y eso me basta. Si me conoces un poco, sabrás que jamás utilizaría nada contra ti ni tengo interés ni tiene sentido. Espero lo mismo de ti.

Él la miró visiblemente enfadado, pero después de unos segundos se encogió de hombros.

—Está bien. Ahora estamos «casi» en paz.

Cristina lo vio darse la vuelta y entrar en la habitación que ella utilizaba como despacho. Cuando lo vio regresar con su portátil se temió lo peor, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Deacon ya estaba frente a la ventana y lanzaba el ordenador a la calle. Ella ahogó un grito tapándose la boca con la mano y cerró los ojos rogando por que hubiese mirado antes para asegurarse de que no pasaba nadie por la calle. El ático de Cris estaba a una altura de diez pisos.

—Siempre te has considerado mejor que yo —escupió—. Mejor que mis amigos y mejor que la mayoría de la gente. Pero ¿sabes una cosa? No es cierto. Eres una persona normal y corriente. No tienes nada especial y algún día te darás cuenta de ello.

Deacon caminó hacia la puerta y se volvió antes de salir del salón.

—Puedes tirar cualquier cosa mía que haya en este piso, no lo quiero porque me recordaría a ti. Haré que te traigan tus cosas hoy mismo.

—Recuerda: no hables de mí —le advirtió ella muy seria.

Él torció una sonrisa con expresión cínica.

—¿Para qué? ¿Quieres que pierda a mis seguidores? Que te vaya bien.

## Capítulo 2

—Cris, deja de llorar —dijo Julia desde la pantalla del iPad.

Cristina estaba sentada en la cama con la *tablet* sobre un cojín y llorando sin parar mientras su amiga trataba de consolarla sin éxito.

—Ya te has librado de él, es lo mejor que te podía pasar. Deacon es un impresentable y estás mejor sin él.

—Pero me he quedado sin ordenador... —gimió.

—Serás *capulla* —dijo su amiga riendo.

—Me ha dicho unas cosas horribles, pero me importa un pito lo que piense. Aunque algo de lo que ha dicho es cierto, este mundo no es el mío. No sé por qué sigo en *YouTube*.

—¿Vas a dejarlo? —Julia arrugó la nariz—. Me gustaba verte cada semana, era como tenerte aquí.

—Hombre, no es lo mismo, hija.

—Ya me entiendes.

—Creo que voy a ir a ver a mi madre y me quedaré con ella unos días.

—Que te prepare sus fabulosas empanadillas.

Cristina asintió con una sonrisa.

—Sí, voy a dejarlo. Tengo que pensar en lo que voy a hacer. Me tomaré unas vacaciones. He ganado bastante dinero este último año. Lo suficiente como para tomarme un par de años sabáticos.

—Madre mía, sí que es rentable eso de maquillarse.

—Bueno, no era solo eso, Julia. La gente necesita que la entretengan, que la saquen de sus

rutinas. Yo soy graciosa...

—Mucho más en *YouTube* que en la vida real. —Le guiñó un ojo.

—Necesito un cambio de aires. O un trabajo de verdad.

—¿Vas a buscar trabajo? ¡No me lo puedo creer!

Cristina asintió.

—Ya que estudié ADE podré encontrar algo, ¿no?

—Seguro, pero no te veo yo a ti de administradora de una empresa. —Julia negó con la cabeza.

—Dile a Evan que es mi chico favorito, no hay otro igual. —Cristina se sintió feliz por la fortuna que había tenido su amiga de encontrar a alguien como él.

—Se lo diré —sonrió y después miró un momento hacia la puerta—. Está hablando por teléfono con otro historiador.

—Dios los cría...

—Es un borde de narices. —Julia arrugó la frente—. Llamó hace un par de días y lo atendí yo. Parece haber vivido entre cabras a juzgar por cómo se comportó.

Cristina se echó a reír a carcajadas.

—No te voy a decir lo que me he imaginado porque es muy fuerte —dijo entre risas.

—Os echo de menos —aseguró Julia con expresión lastimera—. A las tres.

—Ya —asintió—. Con esto que me ha pasado me doy cuenta de lo triste que es no teneros a todas aquí. La pobre María tiene que aguantar todas mis neuras ella sola.

—Seguro que ya ha preparado una mezcla de hierbas para ayudarte a superarlo.

—Es un cielo —asintió de nuevo—. Y tiene un don, en serio, es como si supiese lo que más te conviene en cada momento.

—No es algo mágico —negó Julia—, es una cerebritito que siempre está leyendo libros que hablan de esas cosas. ¿No has visto su librería? Sabe más nombres de plantas que tú de *youtubers*.

—Pues menudo mérito que me das —sonrió.

—Ojalá pudieseis veniros unos días. —Los ojos de Julia se abrieron sorprendidos después de decirlo—. Pero, oye, no hay ningún motivo para que tú no puedas venir. Antes de ponerte a buscar trabajo puedes tomarte unas pequeñas vacaciones. Sería estupendo, Cris, porfa, vente.

—Podría hacerlo, sin duda —dijo sopesando la idea.

Julia sonrió satisfecha y dio una palmada.

—Lo pasaremos genial. Iremos de compras, pasearemos y charlaremos hasta quedarnos afónicas.

—También puedo ayudaros en la taberna por las noches. Así me pago la estancia.

—Serás *idiota*.

—Me encantará hacerlo, de verdad.

El humor de Cristina cambió de pronto, ya no se sentía triste, al contrario, la idea de pasar unos días con su amiga, la abuela Rosario, Evan y Leod le pareció un plan maravilloso.

—Pasaré por casa de mi madre y dejaré que me atiborre a comer y desde allí compraré un billete de avión para la semana que viene. ¿Te parece bien la idea? —preguntó, deseando ponerse a hacer la maleta.

—¡Me encanta!

—Después volveré con las pilas cargadas y pondré un nuevo rumbo en mi vida.

—No sabes la alegría que me das —confesó Julia con el rostro iluminado—. Voy a ver si Evan ha terminado de hablar con ese tipo y se lo cuento. La abuela se pondrá muy contenta

también.

—Dile que le llevaré unas cositas que le he comprado.

Julia se rio a carcajadas.

—La malcrías —dijo.

Cris le lanzó un beso con la mano para despedirse y después se tumbó en la cama con la mirada fija en el techo. Su vida no iba bien desde hacía mucho tiempo. Lo sabía y no había hecho nada, simplemente se dejó arrastrar por las olas dejando que ellas decidieran a dónde la llevaban. ¿Por qué abrió aquel canal de *YouTube*? Ni siquiera lo recordaba. Cuando estudiaba en el instituto no tenía claro a qué quería dedicarse, pero aun así te obligan a elegir y escogió ADE porque era la carrera que más salida tenía por ser muy generalista. Entonces tuvo éxito con su canal. Allí daba ideas de moda, maquillaje y vida sana. Mostraba cómo era, supuestamente, su vida. Porque la realidad distaba mucho de aquello que se veía en sus vídeos.

Deacon se fijó en ella y ella se dejó llevar. Como siempre hacía. Si tenía que ser sincera consigo misma, debía reconocer que nunca eligió porque nunca hubo nadie que la atrajese de un modo suficientemente fuerte como para dar el paso. Quizá algo no iba bien dentro de su cabeza. ¿Cómo era posible que nunca se hubiese enamorado de verdad? Los chicos con los que había salido acababan dándose cuenta de que no eran lo bastante importantes para ella y la dejaban. Siempre acababa mal. Debería empezar a aceptar que el problema no eran ellos. Aunque lo de Deacon había sido una canallada. Eso estaba claro.

—Me alegro —dijo Sofía mirando a su hija con expresión de alivio—. Me alegro de que

hayas terminado con ese muchacho y también de que dejes ese mundillo de *Youtube*. No me gustaba nada, la verdad.

—Es hora de empezar una nueva vida.

—Lo que tú decidas me parecerá bien, ya lo sabes. Pero cuando busques ofertas vigila mucho que ya sabes cómo funcionan estas cosas de Internet. Cuando ves la foto del chico es un Adonis y cuando lo conoces en persona es Trump.

Cris no pudo evitar soltar una carcajada. Su madre tenía el don de hacerla reír simplemente siendo ella misma.

—Empezaré a buscar cuando regrese de Escocia.

Apoyó la cara en la mano de su madre que tenía entre las suyas y cerró los ojos. Sentía su amor como un bálsamo.

—Venga, voy a preparar café —la animó la mujer—, quiero enseñarte mis últimas compras de punto de cruz.

—Julia es muy feliz —decía Cristina una hora después.

Estaban en el salón, sentadas en el sofá. Las dos con las piernas sobre el asiento y una taza en la mano. Como solían hacer las noches de sábado en las que no salía, cuando Cristina vivía aún con su madre. Veían una película juntas y siempre acababan dándole al botón de pausa para charlar con una taza de chocolate en las manos o una copa de vino, dependiendo de la época del año.

Sofía era una mujer muy especial y Cristina la admiraba profundamente. Siempre fue madre y padre a la vez, cumpliendo los dos papeles con entusiasmo y mucha intuición. Sabía escuchar y nunca imponía sus opiniones por muy distintas que fuesen a las de su hija. Siempre trataba de

hacerle ver lo que parecía escapársele, por su juventud, pero si no lo conseguía la respetaba.

—La echas mucho de menos —dijo su madre—. Y a Laura.

—Sobre todo a Laura —asintió Cristina.

Sofía era la única persona, fuera de los implicados, que conocía la verdad sobre lo que había pasado con su amiga.

—Ella está bien, lo sabéis y eso es lo que de verdad debe importaros —dijo su madre.

—No puedo evitar preguntarme si siempre le fue bien, mamá. Tenemos una carta de un momento de su vida en el que era feliz, pero ¿y si después no fue así? Era una época terrible y ¿si a su marido le ocurrió algo y se quedó sola con sus hijos?

—Habría vuelto, ¿no?

—¿Cómo sabemos que se puede volver? No sabemos nada y es todo demasiado increíble para poder pensar en ello con lógica.

—No puedes hacer nada al respecto, así que lo mejor es pensar que fue siempre feliz. — Sofía sabía que no era un argumento genial, pero al menos era tranquilizador—. Te irá bien estar unos días con Julia y su familia. Es una gran chica.

—Yo también lo creo. Aunque me frena un poco dejar a María sola.

—Dile que venga a verme —ofreció su madre—. Le prepararé empanadillas, que sé que le gustan.

—Se lo diré, aunque ella ya lo sabe.

La expresión del rostro de su hija era muy elocuente y Sofía se acercó desde la otra punta del sofá.

—¿Qué tienes en esa cabecita?

Cristina la miró con la duda en los ojos. No sabía si abrirle su corazón porque eso sería

aceptar sus temores.

—¿Crees que habrá alguien para mí ahí fuera, mamá? —preguntó al fin—. A veces pienso que hay algo en mí que no funciona bien. Es como si solo permitiera que se me acercasen tarados, hombres con los que sé que no corro ningún peligro. Emocionalmente hablando —aclaró—. Quiero decir que sé a ciencia cierta que no voy a enamorarme de verdad. ¿Tiene algo de lógica lo que digo?

Sofía sonrió con tristeza y después asintió con la cabeza.

—Tiene toda la lógica... para mí. —Su madre le cogió la mano y la miró con aquella dulzura maternal a la que estaba tan acostumbrada—. Entregar el corazón es una decisión muy arriesgada. Corremos el riesgo de que nos lo rompan. Es más sencillo entregar nuestro cuerpo.

Cristina la miró sorprendida. Eso era exactamente lo que ella sentía.

—Me da terror, mamá.

—Lo sé, hija, lo sé. Mi experiencia tampoco te ha ayudado mucho con eso.

—Eso no tiene nada que ver.

—Por supuesto que sí —dijo su madre sonriendo con ternura—. Si hubieses tenido un padre que se preocupase por ti y hubieses visto a tu madre feliz con un hombre seguro que tu criterio sobre las relaciones sería muy diferente.

Cristina se quedó pensativa. Quizá sí había influido en algo. Recordaba que las conversaciones del colegio en las que sus compañeras hablaban de los padres la hacían sentir incómoda. Julia y ella se miraban a menudo en esas situaciones, sintiéndose cómplices.

—No te preocupes, hija —la tranquilizó—. Seguro que el destino te tiene reservado algo muy bueno. Mira yo, no tuve un marido, pero tengo una maravillosa hija que me da la vida.

Cristina salió de su ensimismamiento y miró a su madre con emoción. ¿Para qué quería un

padre, teniendo esa madre? Se abrazaron con cariño y un calor reconfortante borró todas sus carencias de un plumazo.

María y Cristina quedaron para cenar la noche antes de su partida. María seguía viviendo en el mismo pueblo en el que habían crecido y donde vivían sus padres, pero tenía su propio piso. Preparó unos espaguetis a la carbonara que le salían de lujo y lo regaron con un Rivera del Duero, aprovechando que ninguna de las dos tendría que conducir después.

—No te creas que me hace mucha gracia —dijo María mirando a su amiga con expresión triste—. Un mes es mucho tiempo.

Cristina le sonrió con cariño.

—Ojalá pudieses venir.

—Estamos a final de curso. —Puso los ojos en blanco—. La peor época del año. Pero tú tienes que hacer ese viaje, alejarte de todo esto y relajarte. Julia es la mejor persona para conseguir eso.

Cris asintió con la cabeza y empezaron a cenar. Eso era lo que diferenciaba la amistad verdadera de eso que la mayoría de la gente llamaba amigos. María comprendía lo que estaba pasando en la vida de su amiga. La conocía tan bien que podía entender sus sentimientos sin necesidad de hacerle una disertación sobre cada uno de los detalles. Y nunca, bajo ninguna situación, la juzgaba por lo que ella misma pensaba o sentía. Aceptaba que eran distintas y se ponía en su piel cuando tenía que ayudarla.

—Lo que no entiendo es que te quedes en el hotel. ¿Por qué no te quedas con Julia? —

preguntó María.

—Voy a estar un mes y seguro que me quedaré más de un día con ellos, pero prefiero hacerlo de este modo, como algo fortuito y no obligado. El hotel de Leod es una maravilla y sé que estaré como en casa.

—Tendrás más libertad, supongo.

—Tú vives sola y sabes lo que es —sonrió con complicidad—. Una se acostumbra a la intimidad y es difícil renunciar a ella.

Su amiga sonrió al tiempo que asentía.

—Pues sí. Y ¿tienes algún plan para hacer? ¿Vas a hacer turismo o solo relax?

—No lo he pensado. Ha sido todo muy precipitado.

—No importa. Estarás muy bien y te servirá como reseteo.

Había cierto deje de tristeza y Cris se preguntó si estaba siendo injusta con María. Ya solo quedaban ellas dos para salir las noches de los sábados a cenar y tomar algo, ir a bailar o al cine... Comprendió de pronto que con su aventura la dejaba todo el mes sola.

—Ojalá pudieras venir. Me da no sé qué dejarte sola.

—Estaré bien. —María sonrió y rellenó las copas de vino—. Un mes pasa rápido y más este, que tengo tantísimo trabajo corrigiendo exámenes y preparando las recuperaciones.

—A veces me preocupa que seas tan eficiente y responsable, María.

Su amiga sonrió. Sabía que no era eso lo que quería decir.

—Lo que siempre habéis pensado las tres es que tengo miedo de vivir y me aferro a mis obligaciones para no tener que arriesgarme. Pero os equivocáis. Disfruto de las cosas sencillas, son las que me gustan. No le pido demasiado a la vida, tan solo tener mis momentos y mi espacio para hacer lo que me gusta.

—¿A cuántas mujeres de menos de cincuenta les gusta preparar infusiones y mezclar plantitas, María?

Su amiga se echó a reír a carcajadas.

—No tengo ni idea, pero a mí me encanta —reconoció—. Y hacer ganchillo y leer y pasear. Estoy muy contenta con mi vida tal y como es, quizá en eso sí soy muy diferente a vosotras. No necesito grandes emociones. No me gustan las sorpresas ni las cosas que se salen de lo normal.

—¿No quieres encontrar a alguien con quien compartir tu vida?

María se encogió de hombros.

—Eso no está en mi mano.

—Eso es infantil, María. Por supuesto que está en tu mano. Te limitas a ir al trabajo y a salir conmigo los sábados, no dejas que nadie se te acerque...

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. —Cris estaba empezando a agobiarse—. ¿Cuándo le has dado el teléfono a alguien que te lo ha pedido? ¿Cuándo se lo has pedido tú a un tío?

—No ha ocurrido porque no tenía que ocurrir. Las cosas pasan si tienen que pasar.

—María y sus máximas —suspiró su amiga.

—¿Qué? Sabes que eso es lo que yo creo. No pasa nada porque no tenga pareja. El mundo no me necesita para procrear, ya hay demasiada gente en este planeta.

—Hablas como mi abuela.

María se echó a reír a carcajadas. Cristina tenía razón, aquello había sonado muy arcaico.

—Sé que nadie se empareja ya para eso, pero tú me entiendes.

—No, no te entiendo.

La maestra lo pensó un momento, quería explicarse bien.

—Verás. No digo que no me apetezca enamorarme, tener eso que tienen Julia y Evan, lo que encontró Laura al viajar al pasado. Sería estúpida si lo dijese. Pero no es lo que la vida me tiene reservado y lo acepto sin amargura. —Sonrió para corroborar sus palabras—. Mírame, Cris, no soy nada del otro mundo...

—Eres *idiota*. Con diferencia eres la más guapa de las cuatro, no entiendo por qué siempre tienes que tratarte tan mal.

—¿Qué va a decir mi amiga? No soy estúpida, Cris, cuando los hombres nos miran siempre se fijan en ti. Cuando me miran a mí ven... Bueno, en realidad ni me ven.

—La vida te va a dar una bofetada en la cara y espero estar ahí para verlo —dijo Cris con semblante enfadado. No le gustaba que su amiga se menospreciase de ese modo—. Te casarás con un hombre guapísimo y yo seré la tita Cris para tus hijos y los de Julia.

María se echó a reír.

—Seguro —afirmó y después cogió la copa y la levantó para brindar—. Vivamos el presente y disfrutemos de las cosas tal y como vienen.

—Y ninguna de las dos debe olvidarse de tu máxima —recordó antes de beber—. «No se ha hecho la miel para la boca del asno».

—Amén, hermana.

## Capítulo 3

El avión salía a las cuatro y media de la tarde, tiempo suficiente para deshacerse de aquella molesta niebla que anegaba sus pensamientos. Cristina miró a su madre con expresión lastimera.

—Cómete la sopa, te sentirás mejor —dijo Sofía con expresión divertida—. Los coreanos beben mucho y es lo que comen para la resaca.

—Mamá, tienes que dejar de ver esas series.

—¿Por qué? ¡Me encantan!

—¿Podrías hablar más flojito, por favor?

—¿Lo pasasteis bien María y tú? ¿Le dijiste que venga a verme?

—Sí —musitó Cristina—. Vendrá a cenar el sábado.

—Haré empanadillas. Y carpacho de bacalao que sé que le gusta mucho.

—Voy a darme una ducha, a ver si se me pasa este atontamiento que tengo. —Se bajó despacio del taburete.

—¿No te terminas la sopa?

—No, mamá, no quiero sopa.

Sofía la vio desaparecer por la puerta que daba al pasillo y encogiéndose de hombros arrastró el cuenco de sopa y cogió la cuchara dispuesta a hacerle los honores que merecía.

El aeropuerto del Prat a esa hora bullía de gente que iba y venía con sus maletas. En los aeropuertos no existían los días de fiesta ni los laborables, todos los días eran un continuo flujo de personas en movimiento. A Cristina no le gustaban los aeropuertos. Se sentía incómoda esperando a que llegase la hora de embarcar y le inquietaba ver gente durmiendo en los

incómodos asientos o tirada en el suelo. Definitivamente, no le gustaban los aeropuertos.

Se sentó junto a la puerta de embarque de su vuelo y se recostó contra el incómodo respaldo del asiento. Instintivamente sacó su móvil del bolso y se puso a mirar el *Instagram*. Fue subiendo con el dedo fotografía tras fotografía, buscando algo inconscientemente. Allí estaban. Deacon y Kalinda en plena efusión de su amor. Pasó las imágenes lentamente, observando cada detalle. Las manos de Kalinda enlazadas en el cabello de él, la mirada empañada de Deacon que indicaba que había dormido poco, la brillante risa de la *youtubera* con la cabeza echada hacia atrás mientras él le decía algo con una enorme sonrisa. Estaban en esa fase.

Miró a su alrededor, temiendo que alguien pudiese adivinar lo que estaba haciendo, y al volver a mirar la pantalla de su móvil se preguntó por qué hacía eso. ¿Qué sentido tenía hurgar en la herida? Sonrió con tristeza. No había ninguna herida, tan solo decepción. Una decepción más. Deacon no había sido lo suficientemente importante para ella como para dejarle una herida. Y eso era precisamente lo que la ponía más triste. Desearía estar hecha un paño de lágrimas, desconsolada y con los ojos rojos de tanto llorar. Desearía no haber pegado ojo los últimos días. Cada vez que se despertaba, después de una noche de sueño reparador, se lamentaba por ello. Era como una bofetada en pleno rostro, una sacudida que le decía que no tenía sentimientos, que era incapaz de amar y que se merecía morir sola.

Siguió pasando las imágenes y recreándose en la absoluta felicidad de aquellos dos hermosos especímenes humanos. Eran realmente guapos, dignos de un anuncio de colonia. Cerró la aplicación del móvil y abrió el procesador de textos. Llevaba toda la semana escribiendo. No era algo premeditado ni había ningún tipo de esquema, tan solo se limitaba a transformar en palabras sus pensamientos.

*La vida es extraña —tecleó—, me aferro a las personas que creo que pueden llevarme a un*

*lugar al que ni siquiera sé si quiero ir. Nunca he sentido ese fuego en las entrañas del que tanto he oído hablar ni se me ha cortado la respiración al ver a ningún hombre. No he sentido eso de lo que hablan las tarjetas con frases inspiradoras. Y no lo niego; no soy de las que piensa que porque no siente algo no existe, no. He visto a Julia y Evan y sé que sí existe. A veces me preguntó si hay algo malo en mí, algo que me impide amar sin medida.*

En ese momento llamaron a los pasajeros del vuelo que salía a las cuatro y media de la tarde hacia Escocia. Cristina guardó su móvil en el bolso y se puso de pie para dirigirse a la cola que rápidamente se había formado frente al mostrador de la compañía aérea que lo gestionaba. ¿Por qué todo el mundo siente que tiene que correr para entrar en un avión? Hasta que sube el último pasajero no se cierran las puertas, por lo que, ¿no sería mucho más inteligente esforzarse en ser el último? Con estos pensamientos se colocó a una considerable distancia, permitiendo que se colara todo el que lo deseara. Sorprendentemente, de los pasajeros que iban a viajar con ella, tan solo un matrimonio de ancianos se situó detrás de ella y cuando les dijo que podían pasar delante sonrieron y negaron con la cabeza. Cristina se colocó en su lugar pensando en lo preocupante que era que su pensamiento fuese más afín a un par de ancianos que al resto de pasajeros del avión. Quizá debería aprender a hacer punto de cruz, como su madre.

Steven MacTavish miraba a su amigo con expresión desconcertada.

—¿A qué viene esto ahora? Hace un año que pasó...

—Cosas mías —respondió Rowell Done con semblante impenetrable.

Tenía las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero y miraba al historiador con aquellos ojos claros e intensos.

—No tengo ni idea de lo que le ocurrió. Como comprenderás, la policía no me informó de la investigación. Solo me preguntaron en qué consistió la visita que me hizo y si había algo extraño en su comportamiento que diese la impresión de que podía tener algún problema.

—¿No volvieron a contactar contigo?

El otro lo miró con evidente desconcierto.

—Esto es muy raro, Rowell. Cuando te lo conté hace un año no mostraste el más mínimo interés.

—Ya ves.

—No quieres decirme por qué te preocupas ahora de esa chica y está claro que tienes algo en mente. Y todo es desde que te mostré su artículo. ¿Qué te llamó tanto la atención? ¿Fue su fotografía? ¿Algo que escribió?

Rowell no respondió y el profesor se encogió de hombros, estaba muy acostumbrado al carácter de su amigo.

—¿Has hablado con Evan MacDonald?

El otro asintió con la cabeza.

—¿Y?

—Dice que siguen sin saber nada de ella.

—Es terrible, pero esas cosas pasan a veces.

Rowell levantó una ceja con expresión irónica.

—Yo llamé al periódico unos meses después para interesarme. A los periodistas les encanta hablar —dijo MacTavish con un deje de desprecio en la voz.

—¿Qué creen que le pasó?

—Nadie lo sabe. Ni la policía ni los amigos con los que se quedaba cuando venía a Escocia

ni en el periódico. Nadie. Desapareció por completo. Lo último que se sabe es que iba a visitar *La cueva de los susurros*, donde encontraron a Margaret.

—¿Tú no notaste nada raro en ella?

—Pareces la policía. Ya te conté de lo que hablamos: de la Masacre de Glencoe y de La boda negra. Me dijo que estaba aquí para la boda de su amiga y Evan MacDonald. —MacTavish se sentía incómodo hablando de aquello—. No, no parecía alguien interesado en desaparecer, al contrario, parecía entusiasmada con su investigación sobre Margaret y Alexander MacDonald. ¿Por qué te empeñas en no explicarme el motivo de tan repentino interés?

—Soy parco en palabras, ya lo sabes.

Por supuesto que lo sabía. Conocía a Rowell desde hacía nueve años, cuando se presentó en su despacho de la universidad en su penúltimo año como profesor. Le dijo que quería estudiar la historia de Escocia, pero que no podía matricularse. Nunca se había encontrado con alguien como él. Al principio trató de quitárselo de encima, pero según iba hablando consiguió despertar su curiosidad e interés. Hablaba con una pasión desmedida, tal y como un profesor sueña escuchar hablar a sus alumnos. Sin saber cómo se encontró aceptándolo en sus clases sin estar matriculado e incluso convenció a otros colegas para que también lo aceptasen. Con su presencia, Rowell hizo que las clases subiesen de nivel. Tenía un coeficiente intelectual muy elevado y estaba dispuesto a trabajar como el que más. Si hubiese estado matriculado, habría conseguido sacarse el título en un tiempo récord, pero a él no le interesaba ese papel, solo quería aprender. ¿Qué puede haber más motivador para un profesor en sus últimos años de docencia? Steven MacTavish podía afirmar sin temor a equivocarse que aquellos dos años fueron los mejores de su carrera y no podía imaginar un modo mejor de acabarla.

Después de aquel tiempo ya no eran solo profesor y alumno, eran amigos y, a pesar de que

las ideas de Rowell resultaban a veces descabelladas y nadie más que él las creía, MacTavish respetaba su pasión y el enorme trabajo de investigación que llevaba a cabo. Él fue quien consiguió que le ofrecieran su primer trabajo como investigador histórico y de ahí salió su primer libro sobre las rebeliones jacobitas, un tema en el que había tenido una especial dedicación.

—¿En qué estás pensando? —preguntó el joven mirando a su viejo profesor.

—En cuando te conocí. Todavía hoy no entiendo cómo me convenciste para que te dejase asistir a mis clases. Jamás acepté alumnos oyentes y, sin embargo, a ti no solo te acepté, sino que hablé con mis colegas para que te dejaran participar en sus clases.

—Al parecer tengo un gran poder de persuasión —dijo el otro muy serio, aunque sus ojos parecían estar riendo.

—Eras el joven más extraño que he conocido en mi vida. Antipático y bravucón. Tenías veinticinco años y tuve que intervenir para que no te pegaras con aquellos pandilleros en plena calle.

—Se estaban metiendo con unos críos...

MacTavish se rio a carcajadas.

—Sigues pensando que era una manera normal de reaccionar.

—Porque lo era.

—¿Y lo de ir vestido con el *kilt* a clase?

—Es el traje escocés, no entiendo por qué no podía llevarlo.

—Nadie lo lleva ya.

Rowell se encogió de hombros.

—Pues resulta mucho más cómodo para... nuestras cosas.

—Desde luego —respondió el profesor sin dejar de reír—. Pero me alegré cuando decidiste

presentarte con pantalones como todo el mundo.

—Mi tío me aconsejó que cambiase de indumentaria.

—Y tú le hacías mucho caso a tu tío.

—Mucho —reconoció Rowell.

—Fue muy sorprendente descubrir que eras el sobrino de Horace Done, miembro de una de las familias más antiguas de Escocia. Tu tío tenía en su haber documentos históricos de incalculable valor que habían pertenecido a tu familia durante siglos. La primera vez que me invitaste a su casa me sentí como un crío en su primer baile de graduación.

—Mi tío era un gran hombre —constató, poniéndose serio—. Era un hombre de mente abierta, con una inteligencia extraordinaria y una gran sensibilidad.

—Su muerte fue una gran pérdida para ti, lo sé —dijo su amigo con tristeza.

Tras la muerte de Horace Done, Rowell se cerró al mundo. Dejó de relacionarse con la gente y se convirtió en el escritor ermitaño que vivía en un castillo.

—Haces bien en mantener vivo su legado —constató el historiador—. Te sería muy sencillo deshacerte de sus tierras y su castillo para que lo convirtieran en una atracción turística.

—Ha pertenecido siempre a mi familia —dijo con orgullo—, antes que dejarlo en manos de especuladores sería capaz de derruirlo con mis propias manos.

—Y sé que no lo dices metafóricamente —sonrió MacTavish—. Entonces, ¿qué vas a hacer con lo de esa chica?

Rowell Done miró al viejo profesor unos segundos en silencio antes de responder.

—¿Qué voy a hacer? Si ha desaparecido, no hay más que hablar.

El viejo profesor se preguntó por qué aquella afirmación le había sonado tan poco creíble.

Mientras conducía en dirección a Forthland, Rowell iba distraído con sus pensamientos y seguramente más rápido de lo debido, por eso tuvo que frenar a fondo cuando se topó con el taxi parado en medio de aquella carretera secundaria. Asomó la cabeza para decirle que se apartara con muy poca sutileza y el taxista le dijo que ya querría, pero que el coche no se movía. Rowell empezó a maniobrar para poder sortearlo sin caer en la zanja que había después del borde de la carretera. Se fijó en la chica que estaba de pie junto a su maleta de ruedas con expresión de fastidio y no se percató de que el taxista se había acercado a la ventanilla.

—¿Hacia dónde va? —le preguntó.

Lo miró con cara de pocos amigos.

—Forthland —respondió.

—Estamos de suerte —aseguró el hombre—. ¿Podría llevarla con usted?

Rowell miró a la joven. Era realmente atractiva y parecía simpática. A punto estuvo de decir que no, seguro que quería conversación.

—Va al Dragonfly Hotel, está casi a la entrada de Forthland, no le desviará de su camino y a ella le hará un favor enorme. Es española, pero habla inglés perfectamente.

Rowell volvió a mirarla, ahora con más atención. Española. Él no creía en la casualidad, así que aquello solo podía ser obra del destino.

—Está bien —accedió—. Que suba.

—Señorita, señorita, venga, este hombre la llevará hasta Forthland.

Cristina miró al taxista con desconfianza y el hombre, al darse cuenta, le sonrió y sacó su

móvil.

—¿Me permite que le haga una foto? —pidió, apuntando a Rowell con la cámara.

El escocés lo miró con cara de pocos amigos, pero dejó que se la hiciese.

—Puede ir tranquila. —Miró a la joven con una sonrisa.

—¿Cuánto le debo? —preguntó ella sacando el monedero.

—No, no —negó el hombre—, no voy a cobrarle después de dejarla tirada.

Cristina le dio las gracias, le deseó buena suerte y subió al Bentley del buen samaritano con aspecto de guerrero vikingo.

Si esperaba algún tipo de conversación, no tardó mucho en darse cuenta de que el escocés era hombre de pocas palabras.

—Me llamo Cristina —dijo cinco minutos después y aprovechó la interacción para mirarlo con detenimiento.

Tenía un perfil anguloso y fuerte y unos ojos claros que no se desviaban de la calzada. Sus manos sostenían el volante con firmeza y eran grandes. Todo él era grande, también los músculos que se adivinaban debajo de la ropa informal que vestía. Olía a una mezcla de madera y hierba fresca, era agradable, pero nada artificial.

—Rowell —respondió escueto.

Otros cinco minutos en silencio. Cristina miró por la ventanilla y trató de disfrutar del paisaje mientras dejaba que sus pensamientos vagasen libremente. Pero esos pensamientos se empeñaban en volver, una y otra vez, al escocés que tenía sentado a su lado, a solo unos pocos centímetros de distancia. Todo su cuerpo exudaba virilidad y cada movimiento de su brazo provocaba un instintivo encogimiento en el estómago de la española que no dejaba de fantasear con...

—¿De vacaciones? —La profunda voz provocó un respingo en ella. El hombre la miró y en sus ojos, de un azul metálico, danzaba una divertida expresión—. El tipo ese me ha dicho que es española.

Cristina se sorprendió de que la tratase de usted, pero no dijo nada al respecto.

—No son exactamente unas vacaciones. Una de mis mejores amigas vive aquí y necesitaba pasar unos días con ella.

Él no dijo nada y Cris tuvo la impresión de que debía explicarse mejor.

—Se casó con un escocés, Evan. Su padre tiene un hotel en Forthland y me alojaré allí.

—El Dragonfly, me lo ha dicho el taxista. Deduzco que su amiga también es española.

—Así es.

—Es una putada quedarse sin amigos —dijo muy serio.

—Oh, no me he quedado sin amigas. Éramos cuatro y dos seguimos viviendo en el mismo lugar. Pero sí, es un rollo que Julia esté aquí y que Laura... —Enmudeció de golpe y giró la cabeza hacia la ventanilla.

—¿Su amiga no le ha ofrecido su casa? —preguntó él de pronto—. Un escocés jamás permitiría semejante actitud.

—Claro que me la ha ofrecido —dijo, mirándolo extrañada—. Julia es la persona más generosa del mundo y Evan también. Los dos querían que me alojase con ellos. Fui yo la que dije que prefería el hotel.

—¿No le gusta la casa de sus amigos? ¿O es que son de esos que están siempre en faena?

Cristina lo miró convencida de que no había oído bien.

—Me instalo en el hotel porque así hago compañía a Leod, el padre de Evan.

—Ya entiendo.

—¿Qué es lo que entiende? —preguntó ella captando el sutil deje pervertido de su voz.

—Le gustan mayores, como en la canción.

Cristina abrió la boca y los ojos como si hubiese visto una cucaracha gigante.

—¿Perdoone? ¿Cómo se atreve? —Soltó el aire de golpe de sus pulmones y movió la cabeza, irritada, mirando hacia delante a través de la luna—. No sé de qué lugar es usted ni con qué clase de personas está acostumbrado a tratar, pero le aseguro que si estuviésemos en España ya se habría ganado un buen insulto.

—No se corte —dijo él con semblante tranquilo—. Estoy acostumbrado a que me insulten. De hecho, creo haber escuchado todos los insultos que existen en lengua inglesa y también en gaélico escocés. Sería divertido escucharlos en su idioma.

Cristina estaba totalmente descolocada con aquel individuo. Sí, era guapísimo y, sí, estaba buenísimo, pero era el cavernícola más borde que había conocido en mucho tiempo.

—Sepa que Leod MacDonald es un hombre encantador al que quiero mucho. Es protector, divertido y siempre se preocupa por que estemos como en casa cuando nos alojamos en su hotel.

—Está claro que se lo tira.

Se hubiese bajado, aunque faltasen diez kilómetros, pero lo cierto era que ya se veían las fachadas del hotel y de la taberna. Esperó hasta que el coche se detuvo y bajó muy digna.

—¿Cuánto le debo? —preguntó con mirada felina.

Rowell torció una sonrisa.

—Esto se lo hago gratis —dijo, divertido.

Estaba tan irritada que tuvo que hacer muchos esfuerzos para no decirle lo que pensaba de él. Sin responder se dirigió a la taberna, pero la voz del escocés la hizo detenerse.

—¿No se olvida de algo?

Cristina volvió sobre sus pasos, abrió el maletero, sacó la maleta y la arrastró sobre sus ruedas hasta la puerta de la taberna, y todo eso lo hizo sin dirigirle una sola mirada.

## Capítulo 4

—¡Cris! —gritó Julia corriendo hacia ella.

Su amiga dejó la maleta y la abrazó también.

—¡Cuántas ganas tenía de verte! ¿Has tenido un buen vuelo?

—Perfecto. —Cristina cogió la maleta y la quitó del paso para dejar salir a un cliente—. He tenido un pequeño percance con el taxi. Se nos ha estropeado el coche a unos diez kilómetros y me ha traído un *gilipollas*.

Julia la miró preocupada.

—¿Quién es *gilipollas*? —Evan se había acercado y la abrazó después de darle dos besos. Ya se había acostumbrado al saludo español.

—Un tipo que la ha traído en su coche —explicó Julia con cara de guerra—. ¿Se ha quedado en el pueblo?

Cristina la vio dirigirse a la puerta y la agarró del brazo antes de que fuese demasiado tarde.

—Tú aquí —ordenó con una sonrisa y después volvió a abrazarla con cariño—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—¿Tienes hambre? —preguntó Evan caminando hacia la cocina.

—Me iría bien comer algo, sí. —Arrastró su maleta hasta una de las mesas del fondo mientras sonreía a diestro y siniestro a los clientes de la taberna. A algunos los conocía de las otras veces que había estado en Forthland y se detuvo unos segundos a saludarlos.

Julia se sentó frente a ella al otro lado de la mesa.

—Te veo bien —sonrió.

—Estoy bien —confesó su amiga—. Ya sé que debería estar hecha un mar de lágrimas,

sintiéndome abandonada y sola, pero lo cierto es que lo que siento se parece más al alivio que a la pena.

Julia ensanchó su sonrisa. Conocía muy bien a Cristina, eran amigas desde el parvulario y podía percibir que había algo oculto en sus palabras.

—¿Te preocupa?

Cristina frunció el entrecejo ligeramente y después de unos segundos asintió sin desviar la mirada. Julia movió la cabeza.

—Mira que eres tonta.

—¿No te parece que debería estar llorando por los rincones? ¿Que alguna vez debería llorar cuando un tío me deja?

—Es que nunca te han dejado, Cristina. Siempre eres tú la que los dejas.

—Pero ¿qué dices? Sabes que nunca...

—Ya, ya sé que ellos son los que se marchan, pero lo hacen cuando comprenden que tú ya no estás allí. Lo hemos hablado muchas veces y todas pensábamos lo mismo.

Cristina se mordió el labio, pero antes de tener que reconocer que su amiga tenía razón llegó Evan y la salvó con un bocadillo de tortilla. La española se lanzó a comerlo con voraz apetito y mientras ella satisfacía a su estómago Julia la puso al corriente de las novedades.

—¿Estás embarazada? —dijo, bajando el tono de voz—. ¡Voy a ser tía!

Julia sonrió emocionada y Cristina se levantó para darle un abrazo y un montón de besos. Después fue en busca de Evan y lo besó también.

—Ya te lo ha dicho —dijo el escocés.

—No sabes lo feliz que soy por vosotros —reconoció, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Cuando regresó a la mesa, Julia la cogió de la mano y se la apretó.

—Parece que al final sí vas a llorar —sonrió de nuevo.

—Estaba pensando en Laura. Últimamente pienso mucho, ¿sabes?

—No dejaremos nunca de pensar en ella —dijo Julia.

La otra cogió el bocado y siguió comiendo mientras sorbía las lágrimas que le habían bajado hasta la nariz.

—Estaría muy contenta por vosotros —siguió Cristina—. A veces me da rabia pensar que nunca conoceremos a sus hijos. No la veremos envejecer...

—Pero eso es bueno, ¿no? Ojalá no tuviésemos que envejecer ninguna.

—No digas eso, que trae mala suerte.

—Menuda chorrada —rebató Julia con expresión burlona—. ¿De verdad te vas a quedar en el hotel? Mi abuela se enfadó mucho cuando se lo dije.

—Voy a estar con vosotros todo el tiempo, pero Leod es el que está más solo y la última vez que vinimos María y yo nos dijo que podríamos habernos repartido, una a vuestra casa y otra en el hotel.

—Tienes razón —afirmó su amiga sonriendo—. Y sé que vas a quedarte una buena temporada, no como entonces que solo estuvisteis unos pocos días.

—Pero cuéntame, ¿cómo estás? ¿Tienes náuseas y esas cosas de embarazada?

Rowell entró en el hotel. Leod MacDonald estaba detrás del mostrador y levantó la mirada del periódico que leía para saludarle.

—Bienvenido al Dragonfly —dijo con simpatía.

*Parece que es de esa clase de gente que siempre está de buen humor.*

—Hola. Quiero una habitación.

Leod sonrió más ampliamente.

—Menos mal porque si me hubiese pedido un bote salvavidas no habría podido ayudarle.

*También es gracioso.*

—¿Cuántos días piensa quedarse?

—Aún no lo sé. Dos o tres.

—¿No trae equipaje?

—Tengo mi bolsa en el coche —respondió Rowell.

—Bien.

Leod se puso frente al ordenador para rellenar los datos. Le pidió un documento identificativo y la tarjeta de crédito. Cuando lo tuvo todo listo le dio la llave de su habitación.

—Puede subir ya, si quiere o si lo prefiere puede tomar una taza de té conmigo.

Rowell tardó unos segundos en sonreír, pero finalmente tuvo que reconocer que era demasiado difícil resistirse a esa amabilidad y asintió. Le recordaba a Horace.

—La taberna de ahí enfrente es de mi hijo —le explicó Leod después de depositar sendas tazas de té sobre el mostrador—. Ahí puede hacer las comidas, si le apetece y si está por aquí. Supongo que querrá hacer turismo, aunque viviendo donde vive me imagino que no es usted un turista.

—Es usted muy observador —dijo Rowell con ironía.

—Llamándose Done y viviendo en el castillo de Kinmore no deja mucho lugar a la imaginación.

—Cierto.

—¿Está documentándose para su siguiente libro?

Rowell asintió y se llevó la taza a los labios para dar un sorbo a su té.

—Mi mujer era historiadora —explicó Leod—. Y mi hijo también estudió la carrera, aunque nunca ejerció.

—Prefiere la taberna —dijo Rowell sin ironía—. Lo entiendo, estoy seguro de que es mucho más entretenida.

—Nunca le gustó enseñar, prefiere aprender —sonrió orgulloso—. Supongo que quiso hacer feliz a su madre y estudió una carrera para tenerla contenta.

—He oído hablar de su esposa, el profesor MacTavish habla maravillas de ella.

—Steven MacTavish... —asintió, sonriendo—. Margaret siempre decía que era el mejor profesor que tuvo nunca.

—Estoy de acuerdo con ella. También fue mi profesor. Ahora es mi amigo. Él me recomendó este hotel.

Leod sabía de esa amistad porque Done le había dedicado varios de sus libros.

—Y ¿qué le trae por aquí?

—Usted lo ha dicho, me estoy documentando para mi próximo libro.

—¿Va a desarrollarlo en esta zona? Me encantaría saber sobre qué hecho histórico va a escribir esta vez.

Rowell sonrió al tiempo que levantaba una ceja.

—Me temo que esa es información reservada.

Leod soltó una carcajada y después se terminó el té.

—¿Otra taza?

Cristina se detuvo al entrar al hotel y encontrarse con aquella estampa. Leod y el *gilipollas* charlando amigablemente mientras tomaban té en el mostrador.

—¡Cristina! —Leod se apresuró a salir a recibirla y la abrazó con enorme cariño.

Rowell se había vuelto a mirar la escena y sonreía divertido mientras la española le lanzaba su mirada asesina al imaginar lo que estaba pensando con su sucia mente.

—¿Has tenido buen viaje? ¿Te apetece una taza de té? Está recién hecho.

—Gracias, Leod, pero tengo ganas de darme una ducha y descansar —explicó, mirando a su amigo e ignorando por completo al otro escocés—. Anoche estuve despidiéndome de María y he dormido muy poco.

Si Cristina hubiese prestado atención a Rowell, habría visto cómo sus ojos se encogían para mirarla con más atención y su cuerpo se erguía tenso.

—¿Cómo está María? —preguntó Leod ajeno a la tensión que lo atravesaba como ondas eléctricas.

—Bien, muy bien. Con sus niños, ya sabes. Me ha dado un paquete para ti y otro para Rosario con una mezcla especial de hierbas. —Agarró la maleta, evidenciando con su gesto que deseaba irse de allí.

—Te acompaño a tu habitación —dijo Leod—, pero antes permite que te presente a este eminente huésped. Es Rowell Done, el escritor.

Cristina torció una sonrisa.

—El señor Done y yo nos conocemos. Me recogió en la carretera y me trajo hasta aquí —explicó.

Leod frunció el ceño, ¿cómo un gesto evidentemente generoso podía sonar como un insulto?

—Me temo que la señorita ha conocido mi versión menos agradable, señor MacDonald. He

sido un poco antipático con ella.

Cristina lo miraba con sorna. Claro, un poco.

—Lamento oír eso —comentó Leod poniéndose serio.

—No tiene importancia —se apresuró a decir Cristina, temiendo provocar una situación desagradable entre los dos hombres—. Le estoy agradecida por traerme.

Rowell se acercó.

—Le pido mil disculpas, señorita... Cristina. En mi descargo le diré que me relaciono poco con otras personas y temo que estar mucho tiempo conmigo mismo ha acabado por desquiciarme. ¿Le parece que empezamos de cero? —Le tendió la mano.

La joven no dudó y se la estrechó con firmeza. No era una persona rencorosa.

—¿Te apetece ahora ese té? —volvió a preguntar el padre de Evan.

—No, Leod, de verdad que estoy muy cansada. Otro día.

—Bien —aceptó el hombre y le quitó la maleta de la mano para acompañarla—. Te acompañaré a tu habitación.

—No es necesario —dijo ella volviendo a cogerla—. Tú quédate con el señor Done, sé perfectamente dónde está mi habitación.

—Esta noche estoy yo en recepción. —Leod se dio por vencido—. Si necesitas algo solo tienes que bajar.

—¿Qué tal está Sam? —preguntó Cristina antes de seguir hacia las escaleras. Sam era el chico que ayudaba en la recepción del hotel.

—Bueno, lo ha dejado con su novio y anda un poco mustio —explicó Leod.

Ella hizo un gesto de complicidad, pero no dijo nada, no quería que saliese lo suyo a tema. No delante del escritor.

—¿Tienes muchas habitaciones ocupadas?

—Tres, sin contar la tuya y la de él —señaló a Done—. Es lo que tiene no salir en las guías turísticas. Aunque tú hablaste de nosotros en uno de tus vídeos y eso atrajo algunos turistas. No soy muy fan de ese mundillo, ya lo sabes, pero ahora menos.

El rostro de Leod fue lo suficiente elocuente para que Cristina comprendiese que conocía toda la historia con Deacon.

—Yo lo he dejado —dijo enigmática.

—Lo sé. Hay mucho imbécil suelto por todas partes.

Cristina mostró una enorme sonrisa. Qué bien sienta que la quieran a una.

—¿No vas a salir a cenar? —preguntó Leod antes de que desapareciera—. Si quieres te subo algo dentro de un rato.

—No. Tu hijo me ha hecho un bocadillo de tortilla que estaba buenísimo y estoy bien servida. Solo necesito una ducha y dormir a pierna suelta.

—Muy bien, pues que descanses. Y ya sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias, buenas noches a los dos.

—Buenas noches —dijo Rowell con aquella voz profunda y un poco áspera.

—Me alegra tenerte aquí —dijo Leod caminando hacia su lugar en el mostrador.

Cristina subió hasta la habitación. Siempre que se alojaba en el hotel lo hacía en aquel cuarto. Era el que más le gustaba. Amplio, luminoso y en el último piso. Dejó la maleta sobre el banco y la abrió para sacar el pijama. No pensaba deshacerla hasta el día siguiente, en ese momento solo quería ducharse y tumbarse a leer.

Al recordar la conversación con Leod pensó en lo mucho que le habría gustado tener un padre como él. Se acercó a la ventana y observó las flores en la pared de la taberna con una cálida sonrisa. La buena nueva de Julia la llenaba de alegría, pero también la había sacudido un poco por dentro. Quizá no estaba en su mejor momento, a pesar de que no le importaba su ruptura con Deacon, no podía obviar que era un nuevo fracaso en su mochila. Y ya pesaba demasiado. Se giró y miró la habitación. Aquella cama para ella sola era como una alegoría sobre su vida —se dijo mentalmente en tono de anciana. Lo cierto era que no había sido tan emocionante y agitada como creían muchos. Ser una *youtubera* de éxito la había absorbido por completo, no había más que mirar su agenda repleta de citas y recordatorios. Era el único modo de no olvidarse de las cosas porque si algo tenía Cristina era la capacidad para olvidarse de todo aquello que no le importaba. Eso en cuanto a sus tareas *youtuberas*. En cuanto a sus asuntos de cama... Pues tampoco era como para tirar cohetes. Había tenido varias parejas, tres notables y cuatro puntuales. De los tres notables el que más tiempo había permanecido a su lado fue Deacon y llegó a preguntarse si aquello realmente había sido una relación sólida.

Apartó el pijama y se tumbó en la cama con las manos debajo de la cabeza y la mirada en el techo. Por primera vez en mucho tiempo se había dejado su famosa agenda en casa. En realidad, se había propuesto no volver a utilizarla. Y no era la única cosa que se había propuesto. Estaba lo de no pesarse, no contar abdominales y no comprarse nada de ropa durante mucho tiempo. Tenía tanta ropa que podría montar un mercadillo y vestir a todo su barrio. Eso le recordó que tenía la maleta sin deshacer y levantó la cabeza para mirarla mientras apretaba los abdominales. La costumbre. Se dejó caer de nuevo. De verdad que iban a cambiar muchas cosas en su vida.

Durante años se había dejado llevar por las circunstancias, como si las circunstancias fueran la corriente del río y ella estuviese tumbada en una tabla. Sonrió al visualizar esa imagen tan

agradable, pero de repente la suave corriente se convirtió en unos aterradore rápidos y se sujetó a la cama de manera instintiva.

Se sentó en la cama con las piernas dobladas como cuando hacía yoga y su expresión cambió a la de alguien tomando notas mentales. Lo primero sería buscar una profesión a la que dedicarse. No le gustaba la administración, sí, había estudiado cuatro años para tener un título, pero estaba claro que trabajar en una empresa no era lo suyo, era demasiado independiente. Demasiado inconformista.

¿Qué le gustaba hacer? Le gustaba leer, montar en bici, grabar vídeos y hacer fotos.

## Capítulo 5

—¿Fotografía? —Julia la miraba entre sorprendida y admirada al tiempo que asentía con la cabeza—. Sí, siempre se te ha dado bien la fotografía.

—¿Verdad que sí? Creo que tengo facilidad para ver lo que nadie más ve.

—Cierto. ¿Y qué tipo de fotografía harás?

—No lo sé —respondió Cristina doblando la pierna para sentarse sobre ella, en una pose muy característica suya, mientras cogía la humeante taza de café con leche y se la llevaba a los labios—. De momento simplemente haré fotos, sin presiones y sin obligaciones de ninguna clase. Solo haré fotos.

—Puedes subirlas a *Instagram* y aprovechar los miles de seguidores que tienes.

Cristina negó con la cabeza.

—He cerrado todas mis cuentas en las redes.

Julia la miró pensativa. Estaba claro que esa vez era distinto, nunca la había visto tan decidida a cambiar de vida. Ya había tenido otras crisis en las que se cuestionó su presente, pero nunca fue tan radical como aquella.

—De verdad quieres acabar con todo.

Cris asintió.

—Me estaba consumiendo —confesó en voz muy baja—. No me daba cuenta, pero mi mundo se había convertido en una pantomima. ¿Sabes cuánto hace que no voy a la playa a bañarme y tomar el sol como una chica cualquiera? Siempre tenía que estar pendiente de la pose, de las fotos que me hacían, de que no se me viera ninguna imperfección, que no captaran una mueca extraña que luego pudiese ver en *YouTube*. Me habían robado mi propia vida y no me

daba cuenta.

Julia la cogió de la mano y la miró a los ojos con determinación.

—Nadie te ha robado nada —afirmó con rotundidad—, la carrera no está perdida hasta que termina.

—Cierto —sonrió—. Sabía que estar aquí me iría bien.

—Todos lo sabíamos.

—Has hablado con mi madre.

—Hablé con tu madre —confirmó Julia sonriendo—. Me llamó en cuanto saliste hacia el aeropuerto. Tienes una madre que vale su peso en oro. Solo quiere tu felicidad, ya lo sabes.

Cris asintió.

—Sé que a ella le gustaría verme casada y con hijos, aunque jamás me lo reconocerá.

—Supongo que su experiencia le hace creer que así todo sería más fácil para ti.

—Y lo sería, no nos engañemos. —Cristina miró a su amiga muy seria—. No soy una mujer dependiente, no tiene nada que ver con eso. A lo que me refiero es a la idea de tener a alguien con quien compartir todos tus momentos. Alguien que te comprenda y que sepa cómo eres de verdad. Capaz de decirte cualquier cosa que no quieras oír con la única finalidad de ayudarte y protegerte. Alguien como Evan.

Julia sonrió con tristeza y asintió. No podía negar que ella tenía todo eso y tampoco podía disimular que a veces se sentía mal por María y por ella.

Cristina se giró a mirar al hombre que acababa de entrar en la taberna y hablaba con Evan. Julia siguió su mirada y frunció el ceño.

—¿Quién es? ¿Le conoces? —preguntó.

—Es el tipo que me trajo ayer. El que me recogió después de que el taxi se quedase tirado en

la carretera.

—¿El *gilipollas*?

Cristina miró a su amiga con expresión de susto y le hizo un gesto que indicaba que bajase la voz.

—Me da igual que me oiga —musitó Julia con expresión circunspecta.

—Pero a mí no —dijo la otra mordiendo las palabras y en un tono apenas audible—. Se llama Rowell Done y es escritor. Ayer hablamos en el hotel y me pidió disculpas por ser tan borde.

Julia miró a su amiga y luego al tipo que seguía hablando tranquilamente con Evan. Realmente era un hombre formidable. Vestía de manera informal, un pantalón vaquero color gris, una sudadera negra con capucha... Pero era el cuerpo, espectacularmente desarrollado, que se adivinaba debajo de su ropa lo que llamaba poderosamente la atención. Debía de ser un deportista profesional, un jugador de *rugby* o algo así. Julia volvió a poner los ojos sobre Cristina y frunció el ceño. ¿Ya? ¿Tan pronto? Su amiga la interrogó con la mirada y al comprender lo que Julia pensaba abrió los ojos con expresión asustada.

—¡No! —exclamó en tono elevado.

Ese grito llamó la atención del escritor.

—Buenos días —dijo cuando estuvo frente a ellas.

—Buenos días —respondió Cristina algo turbada—. Te presento a Julia, la mujer de Evan.

—Hola —saludó Julia escueta.

—Encantado —dijo él tendiéndole la mano con una sonrisa—. Rowell Done.

Julia estrechó la mano que le ofrecía.

—Julia García —señaló mientras pensaba que *gilipollas* no era el adjetivo que ella habría

empleado para describirlo.

—Hablamos por teléfono —dijo Rowell.

—¡Oh! —Julia no pudo evitar aquel gesto de sorpresa—. ¡Es cierto! Preguntabas por Laura.

Rowell asintió.

—Siento haberte parecido tan borde.

—No creí que lo oyeras.

—Tengo un oído muy fino —sonrió.

—¿Has venido por eso?

—¿Porque soy borde? No —respondió, sonriendo burlón—. Me estoy documentando para mi próximo libro. Lo de tu amiga era mera curiosidad.

—También era mi amiga —intervino Cristina molesta.

—Oh, discúlpame —dijo él actuando como si se hubiese olvidado de que estaba presente.

—¿Por qué te interesa tanto Laura? —preguntó Julia.

—¿Os importa si me siento con vosotras? —Las miró a ambas y esperó a que le dieran permiso—. Vuestra amiga quería hablar conmigo de la Masacre de Glencoe y mi libro tocará también ese tema, aunque no es específico sobre ese momento histórico. Ya he escrito mucho sobre ello y no quiero repetirme.

—Pero ella no era ninguna especialista en historia escocesa —argumentó Cristina.

—Lo sé, pero me resulta desagradable saber que desapareció sin más. Supongo que para vosotras es aún peor.

La forma en la que las miró provocó en ambas un escalofrío y las obligó a apartar la mirada para no mostrarse demasiado vulnerables.

Cristina pensó que había algo en él que resultaba perturbador. No eran sus ojos de un azul

metálico y brillante ni su mandíbula fuerte y rotunda. Tampoco eran esos labios, que pedían a gritos que los besaran, ni tampoco el cuerpo musculoso y fuerte que se adivinaba bajo la ropa. Todo eso la ponía muy nerviosa, tanto que apenas podía sostenerle la mirada más de tres segundos. Pero no era en lo que estaba pensando en ese momento. Era otra cosa, algo intangible, una ferocidad callada, una tensión emocional capaz de atravesar su calmada actitud para llegar a ella con fuerza.

—Entiendo que no queráis hablar de ello —dijo muy serio, mirando ahora a Cristina con atención.

—¿De qué va? —Julia fue la que preguntó—. Tu libro, ¿de qué va?

—Nunca hablo de lo que estoy escribiendo.

—Claro, para que no te roben la idea. Laura quería ser escritora. —Julia no pudo evitar exteriorizar su tristeza—. Todo lo que hacía era prepararse para ello. Pensaba que debía leer todo lo que se había escrito.

—Era una máquina leyendo —intervino Cristina—. Recuerdo que su récord estaba en dos horas para un libro de trescientas cincuenta páginas.

Julia asintió con la cabeza.

—Pero tenía trampa porque era una novela que había leído cientos de veces.

—¿Cientos de veces? —Rowell la miró incrédulo.

—Bueno, ya me entiendes —respondió Julia sonriendo.

—¿Y qué libro era ese?

—Jane Eyre, es sobre una institutriz del siglo XIX.

—Conozco la obra de Charlotte Brontë —dijo el escritor con expresión divertida.

—Lo imagino. Pero sé que muchos hombres piensan que esos libros son para mujeres.

—Cierto —afirmó él—, hay muchos hombres estúpidos.

Cristina parecía divertida.

—Me estaba acordando de aquella vez que Laura discutió con la señorita Mari Ángeles, ¿te acuerdas? «No debería obligarnos a leer esos libros tan aburridos, habiendo tantas historias maravillosas donde escoger» —imitó a su amiga.

—La señorita se puso roja delante de toda la clase —añadió Julia riendo.

—¿Te dije que me escribió cuando se enteró de la desaparición? —dijo Cristina—. Consiguí mi *Facebook* y me mandó un mensaje privado. Lo vi por casualidad porque yo recibía cientos de mensajes diarios y no solía mirarlos.

—Parece que eres famosa —intervino Rowell.

—Bueno, de esa clase de fama que no trae nada bueno —confesó.

—Por la conversación con Leod deduje que tienes un canal de *YouTube*.

—Tenía...

—Tengo que dejaros. —Julia miró a Evan—. Mi marido me necesita. Cris, cuando te marches dímelo, estaré en la cocina.

—Tranquila, ya te he entretenido mucho. Me iré enseguida.

—¿Puedo preguntarte a dónde vas? —preguntó el escritor cuando se quedaron solos.

—A Glencoe —respondió ella distraída—. Siempre que vengo voy a *La cueva de los susurros*, es como una visita obligada.

—¿Qué tiene de especial esa cueva? —preguntó él.

Cristina levantó la cabeza sobresaltada. ¿Había hablado más de la cuenta?

—Bueno... Julia fue quien descubrió a... Margaret y... para nosotros es un lugar... especial.

—¿Porque descubrió el cuerpo de esa misteriosa mujer?

—Bueno, porque el viaje en el que ocurrió fue... especial.

Rowell asintió como si comprendiese, aunque Cristina sabía que su explicación no tenía ni pies ni cabeza.

—Yo también pensaba ir a Glencoe —contó—. Te ofrecería que fuésemos juntos, pero después de cómo me comporté ayer supongo que no querrás volver a subirme a mi Bentley.

Cristina se quedó pensativa. Odiaba conducir por Escocia. Muchas carreteras eran demasiado estrechas y tener que ir por la izquierda dificultaba mucho la tarea. Por otro lado, Rowell ya no le parecía tan desagradable y tener compañía podía no ser mala idea. Total, solo harían juntos el trayecto en coche.

—¿Y cómo volveré?

—Podemos quedar en una cafetería a la hora que tú me digas.

Cristina sonrió.

—De acuerdo.

—¿Nos vamos ya?

Como respuesta la española se levantó y cogió su bolso y su chaqueta.

—¿Es cierto que vives en un castillo? —preguntó Cristina cuando salieron de Forthland—. Me lo dijo Leod esta mañana. Eres alguien importante, tu familia tiene una larga historia en Escocia.

—Bueno, la rama de los Done que triunfó no es de la que me siento más orgulloso. De hecho, ese castillo perteneció a Robert Done, un personaje al que desprecio profundamente.

—¿De qué año estamos hablando?

—De mil setecientos.

—No puedes juzgar a alguien por lo que dicen de él los libros de historia. Si hay algo que he aprendido últimamente es que no debes creer nada que no veas con tus propios ojos.

Rowell sonrió, pero no dijo nada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Anoche te busqué en Internet —confesó.

Cristina se encogió de hombros sonriendo también.

—No sé las veces que me han dicho eso.

—Fue muy interesante. Vi algunos de tus vídeos.

—He cerrado todas mis redes sociales, pero aún no me he decidido a cerrar el canal. Supongo que espero que dejen de visitarlo para sentirme libre de hacerlo.

—Pues anoche tenías dos millones de suscriptores y tu último vídeo iba ya por el millón y medio de visitas. Y si no recuerdo mal, la fecha de subida era de hace varias semanas.

Cristina miró por la ventanilla.

—Subía vídeo dos veces por semana. Supongo que la gente ya se habrá dado cuenta de que lo he dejado.

Rowell la miró un momento y comprendió que aquel no era un tema para ganarse su confianza, así que lo dejó.

—Estábamos hablando de mi castillo.

Cristina se giró a mirarlo con expresión burlona.

—Qué pretencioso suena eso.

—Pues es la verdad. —Rowell tenía una expresión muy divertida—. Y hay un bosque en los terrenos. Y un pequeño lago de aguas negras.

Ahora sí que Cristina no pudo disimular su enorme sorpresa.

—¿En serio vives en un lugar así?

El escocés asintió.

—Dios mío —susurró—. Eso debería estar prohibido.

—¿Prohibido?

—No es justo que la mayoría de la gente de este planeta se tenga que conformar con vivir en un cubículo mal iluminado mientras otros privilegiados, como tú, viven en un castillo que tiene su propio bosque.

Rowell soltó una carcajada involuntaria y la miró sorprendido.

—¡Vaya! —exclamó—. Menudo alegato.

Cristina sonrió divertida.

—Cuando quieras estás invitada a mi castillo —dijo él sin dejar de reír—. No sé qué dirás cuando veas que también tengo servicio.

Cuando llegaron a Glencoe dejaron el coche. Rowell la acompañó un trecho, pero después se separaron y cada uno siguió por caminos distintos. Cristina se detuvo a contemplar a Las tres hermanas, las tres altas cumbres que observaban indiferentes desde la distancia. La atmósfera que se respiraba en aquel apartado paraje ponía el vello de punta. Era como estar en otro mundo y ella sabía que no era solo una percepción sesgada. Aquella cueva había sido una puerta hacia otro tiempo y se había llevado a Laura para siempre. Todo el lugar estaba impregnado de su magia. La soledad...

Conocía bien el camino hacia *La cueva de los susurros* e, inevitablemente, siempre que tomaba ese sendero pensaba en su querida amiga y los innumerables momentos que habían compartido. Sabía lo que le habría dicho sobre lo ocurrido con Deacon.

*—El cerebro es tonto. Es como un ordenador, dependiendo del programa que le metas hace una cosa o la contraria.*

La primera vez que le dijo eso tenían diecisiete años y estaban las dos sentadas en un banco del patio del instituto. María y Julia habían ido a comprarse algo para almorzar y Laura se quedó haciéndole compañía porque tenía un esguince en el tobillo. Ella estaba desanimada y Laura trataba de hacerle entender que podía revertir ese sentimiento si ella quería.

*—La psicología se equivoca —siguió Laura—. Estoy segura de que si en lugar de hacer que la gente cuente sus problemas consiguiesen meter en su cerebro cosas buenas, todo el mundo se curaría.*

*—¿Estás diciéndome que si me digo que estoy contenta estaré contenta? —Ella no tenía clara la técnica.*

*—Evidentemente. Mira, piénsalo, Cris. ¿Por qué nos desanimamos? Está claro, nos decimos lo mal que estamos, lo mal que nos va todo. Por ejemplo, aquí, en el insti. Cuando te levantas por la mañana y te dices: menuda mierda tener que ir a clase a aguantar al profe de filo con sus tonterías. ¿Qué te hace eso? Pues que te levantes desanimada y vengas con mala leche. Si enfocásemos nuestra atención en el maravilloso día que hace, en la suerte que tenemos de estar vivas, en esto, en ti y en mí aquí, charlando... El cerebro es estúpido, en serio, he hecho la prueba y funciona. Y tiene toda la lógica.*

*—¿Qué tiene toda la lógica? —María y Julia habían llegado en ese momento y se sentaron con ellas mientras daban buena cuenta de un paquete de Donuts.*

Ella les había explicado la teoría de Laura, que ya empezaba a comprender.

—¿Qué dices? —María era la más racional y madura de las cuatro y miraba a su amiga con incredulidad.

—*Escuchadme bien.* —Laura se había puesto de pie mirándolas con expresión concienzuda—. *Esto es muy serio, chicas, por favor, hacedme caso. Quizá mi teoría os sirva algún día en vuestra vida.*

—*Está bien, te escuchamos* —dijo Julia haciendo gestos a las otras dos para que prestasen atención.

—*El cerebro es como un ordenador, eso está claro* —insistió Laura—. *Un ordenador no piensa por sí mismo y no siente nada, simplemente analiza los datos que le das y los ejecuta. El cerebro hace lo mismo. Nosotras le decimos cómo estamos, cómo nos sentimos. Se lo decimos de innumerables formas: al mirarnos al espejo, al interactuar con los demás... Por ejemplo, yo hoy me he dormido y no me ha dado tiempo de ducharme.*

Cristina recordó que le había dicho guarra y se rio igual que entonces. Estaba frente al camino que subía hasta la cueva y como siempre que llegaba a ese punto sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—*Se lo has puesto a huevo* —había dicho María riendo también.

—*Muy graciosa* —respondió Laura—. *Sigo. La cuestión es que he salido de casa con la absoluta certeza de que todo el mundo se daría cuenta de que tengo el pelo sucio.*

—*Yo no lo veo sucio* —dijo Julia.

—*Llevas una coleta súper apretada* —añadió María—. *Y no se te ve sucio.*

—*Pues mi cerebro ha procesado mis mensajes y yo lo veo grasiento y sucio.*

—*¡Qué asco, tía!* —María arrugó la nariz.

—*La cuestión es que según vosotras no parece sucio, pero yo he vivido estas tres horas con la absoluta certeza de que todo el mundo ve lo mismo que yo. Y ¿por qué? Pues porque le he dicho a mi cerebro que esa era la realidad y él no la ha cuestionado, simplemente ha actuado como si eso fuese así. No sé si me estoy explicando* —dijo, sentándose en el banco con expresión derrotada—. *En mi cabeza sonaba mucho mejor.*

—Yo te entendí —dijo Cristina en un susurro—, y ¿sabes qué? Creo que tenías razón. No es lo que te pasa, sino lo que te dices sobre lo que te pasa.

—*Por eso hay quién dice que tenemos que ponernos frente al espejo todas las mañanas y decirnos cosas bonitas* —había dicho Julia—. *Que es justamente lo contrario de lo que hacemos.*

—*Yo siempre me estoy criticando* —intervino María—. *Cada mañana igual: me levanto, voy al baño y me paro frente al espejo con cara de asco. Qué pelo tan horrible, debería adelgazarme, ¿por qué tengo los ojos tan pequeños?*

—*¡Claro! Y eso le dice a tu cerebro cómo debes sentirte.* —Julia abrió los ojos como platos—. *Como si fuese un programa en un ordenador.*

—*Un virus más bien* —había dicho ella.

En ese momento, frente a *La cueva de los susurros*, pensó en lo sabia que era su amiga y si esa instintiva sabiduría fue la que provocó su increíble viaje en el tiempo. Laura tenía toda la razón, desde entonces había experimentado en muchas ocasiones aquella máxima que defendía: el cerebro es estúpido. No en el sentido de que no tuviese inteligencia, sino en que no podía actuar por sí mismo. Todo lo que hacía o pensaba era fruto de una laboriosa introducción de datos.

Deacon, por ejemplo. Desde el primer día supo la clase de chico que era. Alguien que se preocupaba de mantener su cuerpo lo más perfecto posible, pero al que le importaba un bledo

nada que no fuese él. Alguien que estaba con ella porque «estaba buena». La quería porque disfrutaba con ella en la cama y podía lucirla sin avergonzarse ante sus amigos. Todo eso lo supo desde el minuto uno y, sin embargo, le dijo a su cerebro todo lo que necesitaba oír para poder tener una relación con él. Que era un buen chico, que era así porque nunca había amado de verdad. Cuando en realidad el problema no era él, sino ella. Ella era la que estaba mal en aquella relación. Era ella la que nunca había amado de verdad.

—Así es cómo funciona —dijo en voz alta—. Está ahí, escuchando lo que digo y guardando los datos para luego decirme cómo me debo sentir. Si le digo que hace un día precioso y sonrío, probablemente me diga que estoy contenta y haga que mis hormonas segreguen las sustancias óptimas para ese menester. Pues te anuncio que ahora mismo estoy muy triste porque voy a entrar en una cueva vacía a hablar con una amiga que murió hace siglos y a la que no podré volver a ver ni abrazar. Y sé que ella probablemente fue feliz toda su vida, pero eso no me consuela del todo porque yo hubiese querido verla feliz. Hubiese querido conocer a sus hijos y verla envejecer. Tenía planes para nosotras cuatro cuando fuésemos ancianas, mierda. Pero siempre nos faltará Laura.

Miró hacia atrás para asegurarse de que no había ningún turista despistado con ganas de subir hasta allí y entró.

## Capítulo 6

—Y eso es todo.

Cristina se había sentado en el mismo lugar de siempre. Durante media hora había estado hablando sin parar, abriendo su corazón e imaginando que Laura podía escucharla.

—Estarás pensando que soy una *gilipollas*, casi puedo oírte —dijo, sonriendo—. Y tienes razón, no te culpo. A ti puedo decírtelo, Laura, porque no voy a tener que mirarte a la cara y verlo en tus ojos cada vez que te tenga delante. No puedo amar, ahora lo sé. Cuando era una niña me dormía muchas noches llorando por no tener padre. En algún lugar del mundo había alguien que debería haber ejercido ese papel, pero no quiso. Todo eso de que mi madre era una mujer fuerte que quiso tener una hija sola se desmontó unas Navidades en casa de mis abuelos. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía unos días de vida. No pudo soportarlo y se fue. Mi abuela creía que yo había subido a casa del vecino, tal y como me pidió que hiciese, pero me había olvidado de mi muñeca y regresé para cogerla. Me quedé detrás de la puerta, con un dolor en el estómago que hizo que tuviese que agacharme encogida. Mi madre lloraba y mi abuela trataba de consolarla. Aún le quería, no había dejado de quererlo a pesar de saber que se había vuelto a casar y que tenía otro hijo. ¿Te das cuenta, Laura? A él sí lo quiso. —Se puso de pie y sacudió sus pantalones—. Creo que eso destruyó mi capacidad de amarlos. Lo intento, pero no puedo. Estoy estropeada.

Caminó hacia la pared de roca y puso su mano sobre ella, como si creyera que podía transmitirle su contacto. Como algo simbólico. Después se despidió y salió de la cueva. Se imaginó, como hacía cada vez que estaba allí, qué sentiría si aquel ya no fuese su mundo, si ella también hubiese viajado en el tiempo. Siempre que pensaba eso su corazón se aceleraba y le

daban ganas de echar a correr sendero abajo para llegar cuanto antes a la civilización.

Rowell la esperaba sentado en el respaldo de un banco y se acercó al verla llegar.

—¿Qué tal la visita?

—Muy bien. —Trató de sonreír.

El escocés se percató de que había llorado, pero no dijo nada.

—Conozco una cafetería que prepara unos deliciosos capuchinos.

Estaba cerca de allí y enseguida estuvieron sentados en una mesa apartada, junto a la ventana. Cristina se sentía extraña, nunca antes había hablado de aquel suceso de cuando era niña. Nunca lo mencionó delante de sus amigas ni lo comentó con su madre. De algún modo lo había olvidado. Al menos su mente consciente no había querido pensar en ello durante todos aquellos años. ¿Por qué había tenido que salir en ese momento?

—Supongo que sabes por qué la llaman *La cueva de los susurros* —dijo Rowell atrayendo su atención.

Cristina regresó y lo miró como si acabase de llegar.

—Evan me dijo que era porque cuando hay tormenta el viento se introduce entre las rocas y se escucha un sonido que imita a los susurros —explicó.

Rowell la miró con una de sus sonrisas burlonas.

—¿Qué? —Cristina sabía que quería decirle algo—. ¿Tú conoces otra historia?

—La que me contó mi padre cuando era un niño, que era la que a él le había contado su madre.

Cristina esperó a que siguiera hablando, pero en ese momento llegó la camarera con los capuchinos y tuvo que esperar a que el escocés le pusiera el azúcar antes de que continuara

hablando.

—Esta es una historia para contarla sentados frente al fuego, en uno de los salones del castillo —dijo él con voz profunda—. Rodeados de piedra y madera noble, escuchando el crepitar de las llamas en los troncos, con un buen vaso de vino de mis bodegas y la lluvia repiqueteando contra los cristales de las ventanas en una noche de luna llena.

Cristina se sintió trasportada y casi pudo imaginarse allí a pesar de no haber estado nunca.

—Había una mujer —empezó—. Tenía el rostro dulce y delicado, sus labios sonrosados dibujaban siempre una tierna sonrisa, pero a pesar de ello ningún hombre se había fijado en ella hasta entonces. Dedicaba su vida a cuidar a los hijos de otros y enseñarles la cultura de su clan. Un día la joven se despertó sobresaltada. Desde hacía tiempo escuchaba un extraño sonido, un susurro insistente que la llamaba. Aquella noche los gritos eran tan fuertes que no pudo ignorarlos. Se levantó de su cama y salió de su hogar impelida por una fuerza misteriosa y atrayente que la guio hasta el bosque cercano. No sentía ningún temor y tampoco notaba el roce de sus pies desnudos sobre la hojarasca. Era como si flotase, llevada en volandas por algún invisible ser. Atravesó el bosque y llegó hasta el terreno en el que está situada la cueva. Frente a ella se alzaban Las tres hermanas y la joven sintió una emoción estremecedora. Las voces en su cabeza eran ahora tan fuertes que parecían moverse a su alrededor. Entonces se desató una furiosa tormenta y se encontró empapada en segundos. Los truenos eran cada vez más fuertes y temió que algún rayo pudiese caer sobre su cabeza, así que corrió hacia lo alto para resguardarse en la cueva. Al principio se quedó en la misma entrada, temerosa de que un ente extraño se escondiese en la oscuridad, pero uno de los rayos golpeó contra una de las rocas y la partió por la mitad. Aterrada se internó en lo más profundo de la cueva, abrazada a sí misma tratando de darse calor. Se sentó en el suelo rezando para que la tormenta cesara y apoyando la cabeza en la roca

se quedó dormida.

Cristina tenía la boca seca y su corazón palpitaba con fuerza. Temía y ansiaba el desenlace de aquella mágica historia.

—Cuando salió de la cueva su mundo había cambiado. Nadie de los que conocía vivía ya. No tenía a dónde ir y no sabía qué hacer. La gente la miraba de un modo extraño y ella estaba cada vez más asustada. Al principio se resistió, pero pronto comprendió que aquel era ahora su mundo y que debía amoldarse a él. Con el tiempo conoció a un rudo montañés que la conquistó, se casaron y tuvieron hijos. Pero todos los años, en la misma fecha, la mujer regresaba a la cueva y hablaba con los seres que dejó atrás. Y dicen que, cuando hay tormenta, sus palabras se escuchan al otro lado porque solo ellas pueden regresar.

Cristina tenía los ojos muy abiertos y una expresión indescriptible en el rostro. No podía dejar de pensar en Laura. Laura era como aquella joven del relato de Rowell. Vale, no se dedicaba a cuidar a los niños de otros, eso le habría pegado más a María, pero ella entró en la cueva y apareció a varios siglos de distancia.

—¿No dices nada? —preguntó él.

—Es una historia escalofriante.

La miró con semblante sereno.

—Es una historia mejor que la del viento colándose entre las piedras, ¿no?

—Mucho mejor. —Evitó su mirada—. Aunque me parece un poco macabra para explicársela a un niño. A mí mi madre me leía el patito feo.

Rowell frunció el ceño con expresión desconcertada.

—¿No conoces la historia del patito feo? No es posible.

—Pues lo siento —dijo él sonriendo.

—¿Y *Hansel y Gretel*? ¿*La sirenita*?

Rowell seguía negando con la cabeza.

—No me lo puedo creer. Pero ¿a ti qué te leían cuando eras un crío?

—Bueno, mi madre solía contarme la historia del monstruo que vivía en un arcón.

Cristina frunció el ceño, esa no la conocía ella. Durante unos segundos permanecieron callados, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Tenías razón —dijo Cristina después de un rato—. Es el mejor capuchino que he probado nunca.

Rowell sonrió satisfecho.

—¿Cómo es lo de ser escritor? —preguntó ella recostándose cómodamente contra el respaldo de su silla y mirándolo con interés—. ¿Siempre supiste a lo que querías dedicarte o lo descubriste de repente?

Él lo pensó antes de responder.

—Lo descubrí de repente —confesó—. Nunca imaginé que me dedicaría a escribir.

—Entonces aún hay esperanza para mí —sonrió con tristeza.

—¿Por qué has dejado lo de... *YouTube*?

—Me di cuenta de que no me gustaba nada hacia donde me estaba llevando.

—¿Ese Deacon tuvo algo que ver?

—Veo que te has informado bien.

—Cuando te busqué él estaba por todas partes.

Cris asintió.

—Éramos pareja.

—Vi comentarios de gente hablando sobre eso —dijo, sorprendido—. Hablaban como si

hubiesen estado allí, explicando todo como si hubiesen sido testigos.

—Así son las redes —reconoció Cristina—. Y puedes estar seguro de que ninguna de esas personas tiene ni la más mínima idea de lo que ocurrió.

—¿Qué ocurrió?

Le sorprendió su simplicidad al preguntar, era como si no hubiese ninguna maldad en esa pregunta.

—Hacía un tiempo que Deacon estaba con otra. Yo ni me había dado cuenta, la verdad, me cogió por sorpresa.

—Eso es que ya no te importaba. —Rotundo—. Si te hubiese importado lo habrías sabido.

—Vaya —dijo, sorprendida.

Rowell cogió su taza y bebió un sorbo sin dejar de mirarla.

—En realidad fui mucho más estúpida de lo que crees. No lo descubrí directamente, fue porque encontré unos vídeos que había grabado cuando lo hacíamos.

El escocés se atragantó y tosió varias veces mientras dejaba la taza sobre su plato. Cristina sonrió divertida.

—Tranquilo, no soy ninguna puritana, aunque me deshice de todos ellos, por supuesto.

—¿Te grabó...? ¿Os grabó mientras...?

—Lo peor es que pensaba guardárselos como un salvoconducto. Por si al enterarme de que estaba con Kalinda yo hacía algo contra él. Temía que destruyese su carrera como *youtuber*, ¿te lo puedes creer? Estaba poniéndome los cuernos y lo único que se le ocurre es seguir conmigo para poder grabarme y tener así algo contra mí. Hay que ser muy retorcido. Tiré su portátil a la piscina y borré todo lo que había en aquellas tarjetas de memoria y en su móvil. ¡Dios! Tendrías que haber visto su cara cuando se dio cuenta... Casi mereció la pena.

La expresión de Rowell resultaba de lo más cómica. Era una mezcla entre repugnancia, incredulidad y terror. Cristina se echó a reír.

—Está claro que tú no harías algo así.

—¿Por quién me tomas? —dijo él ofendido—. Jamás he violentado de ese modo a ninguna mujer.

Cris dejó de reírse y lo miró con otros ojos.

—Tu mujer estará orgullosa de ti.

—No estoy casado —respondió muy serio—. Hace diez años iba a casarme, pero... no pudo ser.

—Vaya. Lo siento. —Se dio cuenta de que había sido algo importante, a juzgar por su expresión cuando lo dijo—. ¿Y desde entonces no...?

Rowell negó con la cabeza. Cristina esperaba que eso no significase que llevaba diez años sin disfrutar del sexo, ningún ser humano merecía semejante condena.

—Pero habrás salido con otras mujeres durante este tiempo...

La miró sin comprender y de pronto sonrió.

—¿Me estás preguntando por mi vida sexual?

—Bueno, preguntando, preguntando, tampoco. Es que ha sonado muy raro.

—Puedes estar tranquila, si es que eso te preocupa.

—No me preocupa. ¿Por qué tendría que preocuparme? Ya eres mayorcito.

—Lo has dicho como si fuese un anciano.

—Supongo que no es lo mismo tener veinticinco que treinta y cinco —dijo ella.

—Te aseguro que en ese sentido no ha cambiado nada para mí.

Cristina sintió un cosquilleo en la nuca y sonrió. Le estaba bien empleado, por lista.

—Deberíamos volver. —Miró hacia la camarera para pedirle la cuenta.

—¿Tienes prisa?

—Voy a comer con Rosario, la abuela de Julia —explicó.

Rowell asintió y sacó la cartera cuando la camarera se acercó.

—Lo he pasado muy bien —dijo Cristina cuando salieron de la cafetería—. Me alegra ver que no eres tan *gilipollas* como parecías.

Rowell soltó una carcajada, aquella chica no dejaba de sorprenderlo.

—Estás más delgada.

—Venga ya, Rosario, tú siempre me ves más delgada. Si tuvieses razón, después de todas las veces que me lo has dicho, ahora mismo sería ya invisible.

La abuela de Julia se echó a reír.

—Deben ser los años. Mi abuela también me lo decía siempre a mí.

—Pues será eso. —Cristina sacó una caja de su bolso—. Te he traído unas cositas. Dos barras de labios y una máscara de pestañas increíble.

—¡Oh! Siempre te acuerdas de mí, chiquilla. —Rosario abrió rápidamente el paquete y se deshizo en alabanzas al ver el color de las barras de labios. Cuando vio el cepillo de la máscara de pestañas frunció el ceño algo desconcertada.

—Qué raro, ¿no?

—Sí. Es curvo, pero así es más fácil ponérselo sin mancharse. Mira, se coge así para pintarte este lado y de este modo para el otro. También tiene una posición diferente para hacerse las pestañas interiores y las exteriores, ¿ves?

—Ay, madre. Espero no hacerme un estropicio. Cada vez tengo los ojos más pequeños y con menos pestañas.

—Pues con esto se te van a ver unas pestañas de lujo.

Rosario volvió a guardarlo todo en sus respectivas cajitas, como siempre. Todo lo guardaba en su caja sin importar el tiempo que hiciese que lo tenía. Así pasaba, que cuando se le gastaban los cosméticos sus envases estaban como nuevos.

—Bueno, ahora dime cómo estás. —La mujer puso una mano encima de las suyas y le dio unas palmaditas con cariño.

—Bien, estoy muy bien, Rosario. Lo de Deacon y yo no iba a ninguna parte.

—Era guapote el muchacho, pero no muy listo. Supongo que a tu edad importa más lo primero que lo segundo, pero con el tiempo te vas dando cuenta de lo que es verdaderamente importante.

—¿No podrían ser las dos cosas? —preguntó Cris con mirada pícaro.

—Tienes razón —sonrió la anciana—. No hay que ser miserable para pedir. ¿Esta mañana has ido a la cueva como siempre?

Cristina asintió.

—Ya sé que es una tontería, pero me hace sentir que Laura está aquí.

—No es ninguna tontería. Quizá ella pueda escucharte. ¡Quién sabe!

—Cosas más raras hemos visto, ¿verdad, Rosario?

—Verdad —dijo la anciana riendo—. Vamos a poner la mesa que las lentejas con arroz ya están listas.

—¡Qué ricas! Nadie las hace como tú —dijo, sacando el mantel de su cajón y llevándolo a la mesa.

—Tendrías que haberte quedado aquí. Esta casa es muy grande, no sé por qué te has empeñado en dormir en el hotel —dijo la anciana arrugando el ceño.

—Lo he hecho por Leod. La otra vez que vinimos se puso celoso —confesó Cristina—. Pero vendré a verte todos los días.

—Tienes razón en lo de Leod, después de irnos se estuvo quejando durante días —sonrió—. Yo, mientras vengas a verme, me conformo.

—Pues eso está hecho.

—¿Vive en un castillo? —Rosario tenía los ojos como platos.

—Eso parece y por lo que me ha contado debe ser uno de los grandes.

—Y ¿cómo es? ¿Muy estirado? ¿De esos hombres que llevan un pañuelo siempre al cuello? Me dan repelús.

—No, nada de eso. Es guapísimo. Tiene el pelo rubio y unos ojos azules con partículas metálicas. Es fuerte y grande, pero tiene una voz suave y profunda que se vuelve áspera cuando algo lo irrita...

—¡Vaya! —exclamó la anciana—. Parece que has hecho un buen estudio sobre el muchacho. Cristina sonrió abiertamente.

—Solo he mirado, Rosario. Todo eso se ve a simple vista.

—Ya, ya —dijo la otra riendo—. Está claro que no te disgusta.

—Bueno, al principio me pareció un *gilipollas*, se comportó de un modo desagradable, pero ahora es muy majo.

—Ya sabes lo que dicen de las primeras impresiones —le advirtió Rosario—. No vayas a dejarte engañar otra vez.

Cristina se puso seria. ¿Estaba volviendo a hacerlo? ¿Era cierto que la primera impresión era la que contaba?

—Mira no sea que quiere algo de ti y por eso ahora se muestra encantador —insistió la anciana.

—Y ¿qué podría querer de mí?

—Pues llevarte a la cama, muchacha.

—No creo que tenga problemas para conseguir eso de cualquier chica a la que se proponga conquistar.

—Pues quizá eso es lo que está haciendo. Tú vete con ojo, si te pareció un *gilipollas* por algo será.

## Capítulo 7

Cristina puso el portátil en la cama y lo abrió para conectarse con María. Marcó el número y esperó a que la otra aceptase la llamada.

—Holaaaaa. —La recibió con una sonrisa—. Qué ganas tenía de verte.

—Hola, guapa —respondió María colocando la taza con su infusión sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? Haces mala cara.

—Hace días que no duermo bien —confesó la maestra—. Tengo mucha actividad cerebral y no descanso.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Te dan mucha guerra los críos?

María asintió.

—Ya sabes que siempre es así a final de curso —respondió, quitándole importancia.

—Te queda nada para acabar.

—Este año se me está haciendo larguísimo, Cris. Pero, cuéntame tú, ¿cómo va todo? ¿Qué has hecho hoy?

Cristina la puso al día de todo y María la escuchó mientras disfrutaba de su infusión.

—Quiero una foto del escocés —exigió la profesora—. Encuentra la manera de hacérsela.

Cristina sonrió.

—Ok.

—¿No vas a comentarme lo de Julia?

—¿Lo sabes? ¡Te lo ha dicho!

—¡Pues claro que me lo ha dicho! —exclamó María riendo—. Anoche hablé con ella y me lo contó. No sabes cómo me gustaría estar ahí.

—En cuanto acabes las clases te vienes.

—¿Tanto te vas a quedar?

—Solo falta un mes, María —aclaró Cris—. Un mes pasa volando.

—Bueno, depende de para quién —sonrió la otra—. A ti se te va a pasar muuuuy rápido por lo que veo.

—Rosario dice que cuando vengas te va a preparar croquetas de pollo. —Ignoró el comentario.

—Dile a Rosario que tengo que ponerme a dieta y que sus croquetas no me ayudan nada.

—Nada de dietas hasta que te encuentres bien —dijo Cristina con preocupación.

—Mira, ya hablas como mi madre —respondió su amiga con ironía—. Bueno, me voy a la cama que parece que la infusión ha hecho efecto y me ha dado sueño. ¿Hablamos pasado mañana?

Cristina asintió y se despidió de su amiga. Cuando bajó la tapa del ordenador se quedó un rato allí sentada pensando. Realmente María hacía mala cara y no parecía que fuese por el agotamiento de fin de curso.

Al día siguiente, cuando bajó a la recepción del hotel, Cristina se encontró con Sam que tecleaba en el ordenador con expresión triste.

—Hola, Sam. —Se acercó a darle un par de besos—. Tenía ganas de verte.

—Hola, Cristina, qué gusto que estés aquí —dijo el otro intentando sonreír.

Cristina lo miró con cariño.

—¿Cómo estás?

—Hecho una mierda, ya te lo habré dicho Leod.

La española hizo una mueca de pena y le apretó el brazo tratando de transmitirle su comprensión.

—A mí también me han dejado —dijo con sinceridad—. Y encima por otra.

—Será *cabrón* —dijo él.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay mucho que decir. Ya hacía tiempo que me lo había advertido y al final se fue. No dejo de pensar que debería haber hecho algo, pero te juro, Cristina, que no sabía qué.

—No creo que sea una cuestión de hacer algo, Sam. Las parejas no siempre funcionan por mucho que se quieran. —Trató de sonar sincera. Ella no había estado nunca en esa situación. Su única experiencia del amor era la de sus amigas y las series de Netflix.

—Hablamos de casarnos, no hace mucho —siguió Sam—. Incluso de tener hijos.

Cristina le cogió la mano y lo miró a los ojos con cariño.

—Escucha, Sam, Louis es un buen chico y estoy segura de que te quiere, pero a veces hay que aceptar que somos como somos y no podemos cambiar para complacer a los demás. Ni siquiera a los que queremos. Sé que lo querías mucho y sé que te duele, pero ¿no quieres que él sea feliz?

—Ahora mismo no me importaría que lo atropellase un tren.

—Eso es mentira y lo sabes —sonrió—. Sé lo mucho que le quieres y estoy segura de que serías muy desgraciado si algo malo le ocurriese. Con el tiempo dolerá menos, ya lo verás, y conocerás a otra persona. Alguien para quien serás perfecto y que será perfecto para ti.

Sam la abrazó y durante unos segundos siguieron así sin percatarse de que tenían público. Cuando se separaron y Cristina salió de detrás del mostrador se topó con Rowell, que la miraba

de un modo muy tierno.

—Buenos días —dijo el escocés con esa suave voz que lo caracterizaba.

—Buenos días —respondió ella con timidez.

Sam miró a Rowell con evidente satisfacción.

—Hola, soy Rowell Done —lo saludó.

—Yo soy Sam —respondió el otro haciéndole ojitos—. Cualquier cosa que necesites aquí me tienes.

—Gracias, Sam, lo tendré en cuenta —dijo y a Cristina le sonó muy seductor.

—¿Vas a desayunar a la taberna? —preguntó Cris. Rowell asintió y salieron juntos del hotel —. No le hagas eso al pobre muchacho.

—¿Qué le he hecho? —preguntó el escocés sin comprender.

—Ahora mismo es muy vulnerable —lo regañó—. Podría enamorarse de cualquiera que lo trate con cariño. Incluso de ti.

—Pues entonces debe estar hasta las trancas por ti —dijo él riéndose de aquel «incluso de ti», tan poco halagador.

Cristina se detuvo ante la puerta de la taberna y lo miró burlona.

—Es gay.

—Me he dado cuenta. Pero es que tú has sido demasiado adorable con él.

—Le aprecio mucho.

—Te aconsejo que no seas así de encantadora conmigo. Incluso yo puedo enamorarme.

—Muy gracioso. —Se dio la vuelta y entró en la taberna con algo pequeñito y con alas revoloteando en su estómago.

—Incluso tiene un lago —sentenció Cristina.

La taberna se había quedado vacía y los cuatro estaban sentados tomando café. Habían charlado tranquilamente durante dos horas. Todo el mundo había terminado de desayunar y se había marchado mientras ellos seguían hablando.

—¿Y es cierto que se ha mantenido en tu familia desde que se construyó? —preguntó Evan.

Rowell asintió.

—Pertenece a la rama Done que apoyaba a los Campbell. Yo desciendo de la otra.

—¡Guau! —exclamó Evan—. Eso sí que sería una buena broma del destino.

El escritor torció una sonrisa.

—Lástima que mi... que Robert Done no pueda saberlo.

—¿Te refieres al Robert Done que en 1746 se puso del lado de los ingleses?

—Del mismo.

—Tenía un hermano gemelo, James, en el otro bando, si mal no recuerdo.

—Así es. Y Joseph, el hijo de James, murió en la batalla de Culloden Moor.

—Menuda historia —dijo Julia.

Cristina observaba a Rowell que parecía muy afectado por aquel tema. Hablaba de ello como si le tocara de cerca, lo que resultaba inquietante.

—Ese castillo debe tener algún fantasma encerrado —siguió Julia.

Rowell asintió mirando sus manos que jugaban con la taza de café.

—Así es —reconoció—. Hay un fantasma allí.

—Pues espero que no sea el de Robert Done —dijo Evan—, te haría la vida imposible.

—¿Queréis venir a verlo? —preguntó de pronto y los miró de uno en uno—. Podéis quedaros

a dormir, tengo muchas habitaciones.

—Ojalá pudiésemos, pero empieza la temporada de más turistas. Mi padre tiene el hotel completo para la próxima semana, llegan nuevos huéspedes esta tarde y hay tres habitaciones que han reservado también las comidas.

—Pero Cristina sí puede —se apresuró a decir Julia—. Ella está de vacaciones.

—No estoy de vacaciones —dijo su amiga mirándola sorprendida.

—Ya me entiendes.

—Me encantaría enseñártelo —intervino Rowell—. Yo ya he hecho las visitas que me había planificado, así que tenía pensado marcharme entre hoy y mañana.

—Pero... no sé... —Cristina no sabía qué excusa poner. Sobre todo, porque le atraía muchísimo la idea.

—Te aseguro que no todos los días se te presenta una oportunidad como esta —advirtió Evan—. El castillo de los Done de Kinmore es el mejor conservado de toda Gran Bretaña y eso es mucho decir, Cristina.

—Podrías hacer muchas fotos —añadió Julia.

—¿Te gusta la fotografía? —preguntó Rowell.

—Mucho. De hecho, había pensado dedicarme a ello y ver qué pasa.

—Pues un reportaje de Castle Done te aseguro que no defraudaría a nadie —dijo Evan—. Los de National Geographic llevan un año dándome la tabarra para que les deje hacer un reportaje.

—¿En serio? —Los ojos de Cristina brillaron con curiosidad.

—Podrías hacer las fotografías y enseñárselas. Te daré el número del pesado que no deja de llamarme. —Rowell sonrió al ver que la tenía casi convencida—. ¿Te vienes entonces?

—¿Hoy? —dijo ella confusa.

—¿Para qué esperar? Podemos salir después de comer.

Julia y Evan sonreían y Cristina se preguntaba qué era lo que les hacía tanta gracia.

—Está bien —aceptó—. ¿Me dejas una bolsa para meter un pijama?

—Claro —asintió Julia.

—Prometí ir a ver a Rosario todos los días.

—Seguro que mi abuela lo entenderá.

—Os prepararé un par de bocadillos para el camino —dijo Evan haciendo ademán de levantarse.

—No, tranquilo —lo detuvo Rowell—, saldremos con tiempo suficiente para llegar antes de la cena.

Julia se puso de pie y le hizo un gesto a Cristina para que la acompañara.

—Vamos a buscar esa bolsa.

Salieron de la taberna y Cristina se encaró a su amiga mirándola con fingida severidad.

—¿A ti qué te pasa?

—¡Vas a ir al castillo del *gilipollas*! —exclamó Julia, riendo a carcajadas—. No pongas esa cara, tonta, tienes que disfrutar de la aventura. Es justo lo que necesitabas.

Su amiga movió la cabeza como si no diera crédito, pero sus labios sonreían.

—No voy a liarme con él, si es lo que estás pensando.

—Bueno, eso ya lo dejo a tu criterio, pero no me negarás que está para comérselo enterito.

Cristina bufó lanzándole una mirada asesina.

—Y no le llares así, que me haces sentir mal.

—De acuerdo, no lo llamaré *gilipollas*, pero no pongas esa cara de acelga. El otro día lo

pasasteis bien juntos y parece un buen tipo.

—Es un poco rudo, pero lo cierto es que no es *gilipollas*. Mi historia con Deacon ha dañado mi opinión sobre el género masculino, pero Rowell no es como me pensaba. Eso no significa... ¡Quita esa cara! Somos amigos, no empieces a imaginar cosas.

—No imagino nada —dijo Julia.

Estaban a unos pocos metros de su casa y Cristina la cogió del brazo y la obligó a detenerse.

—No hagas eso —le pidió.

—¿El qué?

—Me miras como si quisieras entrar en mi cerebro.

—Ya me gustaría a mí que eso fuese posible —dijo Julia con sinceridad.

—*Tonta*. —Cristina le apartó la mano y siguió caminando.

—¿Qué opina Leod de él?

—Parece que se llevan muy bien.

—Estupendo, él puede llevarte al altar cuando os caséis. Llegado el momento yo se lo pediré, tranquila, a mí no puede negarme nada.

—Eres *imbécil* —dijo Cristina riéndose cuando llegaban a la puerta de la casa.

—¿Hace mucho que sois amigas? —preguntó Rowell refiriéndose a Julia cuando ya estaban en el coche.

—Desde que éramos niñas. Nos conocimos las cuatro en el parvulario. Julia, Laura, María y yo.

—Háblame de ellas —pidió el escocés.

—Pues...

Cristina lo miró sorprendida por su interés, pero aquel era uno de sus temas favoritos, así que empezó a hablar y no paró de hacerlo durante un buen trecho del trayecto. Le contó cómo se conocieron y lo rápidamente que decidieron que serían las mejores amigas. Le habló del instituto, de cuando se quedaban a dormir en casa de una, cómo se pasaban toda la noche hablando y luego no había manera de hacer que se levantasen. Poco a poco fue haciendo un retrato exhaustivo de la personalidad de cada una de sus amigas y Rowell parecía cómodo con su charla. Participaba en la conversación e incluso se rio a carcajadas con alguna anécdota graciosa.

—Tenéis mucha suerte —dijo el escocés cuando terminó su relato—. No es fácil encontrar a alguien que sea verdaderamente afín a ti.

—¿Tú no tienes amigos?

Rowell negó con la cabeza.

—Lo tuve, pero murió hace mucho.

—Oh, lo siento —se lamentó Cristina.

De pronto fue consciente de que la tragedia lo perseguía. No tenía padres ni hermanos ni amigos. Y su tío, la única persona que le quedaba, había muerto también dos años atrás. Debía de sentirse muy solo.

—¿Te parece bien que paremos para comer algo? —preguntó—. Tengo un agujero en el estómago.

Cristina confesó entonces que se moría de hambre, con los nervios no había comido apenas. Además, si no hacía pis pronto tendrían un problema. Se detuvieron en un restaurante de carretera y, después de visitar los lavabos, pidieron sendas hamburguesas con queso.

—Háblame un poco de ti —pidió Cristina—. Yo ya he hablado demasiado.

—No me gusta ese tema, prefiero escucharte —confesó el escocés y después dio un enorme mordisco a su bocadillo, dejando a Cristina boquiabierta.

—Te has zampado la mitad de un solo bocado.

—Tengo una boca muy grande —dijo él cuando pudo hablar.

Cristina se rio a carcajadas.

—Ya puedes decirlo, ya. Tus comidas deben ser muy rápidas.

—Es bastante aburrido comer solo.

Se lo imaginó comiendo en un enorme y vacío salón de su castillo.

—Háblame de tu amigo... No me has dicho su nombre.

—Patrick —dijo él mirándola muy serio—. Crecimos juntos. Su padre era un... buen amigo de mi familia.

—¿Creciste en Kinmore?

Rowell negó con la cabeza.

—Nací en Rosearn y viví allí hasta los veinticinco años.

Cristina no se atrevió a preguntar qué ocurrió con su familia.

—Yo no tengo padre —dijo de pronto—. Bueno, claro que lo tengo, no podría haber nacido de no haber existido un espermatozoide capaz de atravesar la barrera infranqueable, ya sabes. Lo que quiero decir es que nos abandonó a mi madre y a mí poco después de que yo naciera. Mi madre cree que no lo sé. La historia que construyó para mí era la de una mujer que quiere tener una hija a toda costa y buscó quedarse embarazada sin más pretensiones, pero la escuché hablando con mi abuela cuando creían que no estaba allí. Quizá debería hablar con ella y decirle que sé la verdad.

Rowell sostenía la hamburguesa, con la mayonesa goteando sobre el plato, a mitad de camino hacia la boca y la miraba con expresión sorprendida. Cristina comprendió que había vuelto a hacerlo y sonrió. No entendía lo que le pasaba con aquel escocés, pero era como si no pudiese parar de hablar de cosas muy personales e importantes que no había hablado con nadie más.

—Tienes un don —confesó resignada.

Rowell dejó el bocadillo sobre el plato y se limpió las manos antes de coger el vaso de agua para beber.

—Cuando estoy contigo hablo sin parar y, de hecho, te he contado cosas que no le he contado a nadie. —Cristina entrecerró los ojos mirándolo con intensidad—. ¿No serás alguna clase de druida o mago de esos de los que hablan las leyendas escocesas...?

—Me has pillado —sonrió.

—En serio, es muy raro. Tú no me cuentas nada y yo acabo de soltarte una bomba nuclear mientras me como una hamburguesa. Podrías decirme algo personal para compensar, ¿no? Por ejemplo, ¿has estado casado?

Rowell negó con la cabeza.

—Estuve a punto de hacerlo —confesó—, pero no pudo ser.

Cristina sonrió, por fin algo succulento.

—Háblame de ella. ¿Cómo se llama?

—Rachel. Estábamos comprometidos.

*Bueno, no es que se explaye mucho* —pensó Cristina—, *quizá con un poco de ayuda...*

—¿Qué pasó? ¿Quién rompió el compromiso?

—Yo —dijo tajante.

—¿Te puso los cuernos?

Rowell frunció el ceño y después de unos segundos negó con la cabeza.

—Aquello no podía ser y no tuve más remedio que aceptarlo.

Cristina se llevó la hamburguesa a la boca y dio un bocado esperando que continuara hablando, pero enseguida comprendió que la exposición del escocés había terminado. Estaba claro que la conversación pesaría sobre sus hombros durante toda la estancia, tan solo esperaba que el castillo mereciese la pena.

## Capítulo 8

El castillo de Kinmore se alzaba sobre un prado parcialmente rodeado de árboles. Con forma de L y cuatro pisos, a Cristina le pareció una mole impresionante. No entendía nada de arquitectura, pero sí de belleza y aquel paraje era el lugar más bello en el que había estado nunca.

—Es una pasada. —Fue lo único que pudo decir.

Rowell la miró sonriendo.

—Este es un lugar especial —dijo—. Se podría decir que es de los pocos lugares de Escocia en los que parece haberse detenido el tiempo. Supongo que el hecho de ser uno de los castillos mejor conservados de Reino Unido, con casi cuatrocientos años de historia a sus espaldas, tiene algo que ver.

El enorme edificio tenía un ligero tono rosado y se recortaba contra el gris del cielo, que ese día había amanecido con una fisonomía melancólica y ahora que se acercaba el ocaso se matizaba con tintes siniestros. La parte superior tenía un montón de pequeñas torres y molduras sobresalientes. Caminaron hacia la entrada principal, cerrada con una rejilla metálica.

—Esta entrada no se utiliza —explicó Rowell llevándola hacia otra puerta en el ala este—. Horace la cerró para preservarla y habilitó la que había sido la entrada de servicio para uso normal. Siempre decía que nosotros éramos meros siervos del castillo y que debíamos molestarlo lo menos posible.

Un hombre de avanzada edad apareció como por ensalmo y se acercó a saludarlos con austeras formas.

—Buenos tardes, señor Done.

—Craig, esta es Cristina y se quedará unos días con nosotros —anunció.

—Bienvenida, señorita —dijo el anciano sin modificar su expresión—. ¿Qué habitación le preparo?

—La contigua a la mía, es la que tiene mejores vistas —dijo Rowell.

—¿Quieren que Lucy les prepare algo de cena?

—Primero voy a enseñarle el castillo, pero, sí, después cenaremos.

El mayordomo se retiró de allí arrastrando los pies lentamente.

—¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y cinco —aclaró.

—¿No debería estar jubilado? —preguntó Cristina sorprendida.

Rowell sonrió.

—Lo está —afirmó—. Vive aquí y no sabe hacer otra cosa. Mi tío intentó encontrarle algo más tranquilo que hacer, pero tuvo que darse por vencido. Craig es viejo, pero tiene una voluntad de hierro. ¿Te gusta lo que has visto hasta ahora?

Cristina elevó la mirada al techo de escayola decorada con pinturas de colores que con esa luz se veían apagados. Había escudos y escenas de caza de la época en que fueron pintadas.

—Estoy deseando usar mi cámara —dijo, admirada.

Rowell sonrió y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Ya habrá tiempo para eso mañana con mejor luz, ahora te haré una visita guiada por el castillo. Vamos.

No solo el edificio era magnífico, con sus altos techos abovedados, las escaleras de caracol, las extensas galerías y las enormes estancias que Cristina tardaría en asimilar varios días. También el mobiliario era impresionante y monumental. Camas con dosel, tapices, paneles de madera cubriendo las paredes dotándolas de nobleza... Todo era magnífico y provocaba en quien

lo contemplaba la certeza de estar ante algo extraordinario. Tras la primera visita general, durante la cual Cristina no pudo parar de lanzar exclamaciones y alabanzas varias, Rowell la llevó a la cocina donde le presentó a Lucy, la hija de Craig, que estaba al cargo de las comidas, a su marido John, que se encargaba del mantenimiento y a Prudy, una especie de doncella.

—Enseguida termino de preparar la cena —dijo Lucy con una enorme sonrisa.

Era una mujer oronda de mejillas sonrosadas y pecosas, pelo rojo y mirada trasparente. Su voz era un poco estridente, pero sin ser desagradable. Su marido, que también se veía bien alimentado, mantenía el porte erguido y robusto de un montañés. Poseía una poblada barba que compensaba la despejada frente y trataba a Rowell con respeto, pero también con complicidad. Prudy debía tener unos cincuenta años y era delgada y fibrosa. Salía a correr todos los días diez kilómetros, le explicó Rowell con admiración, y se movía por el castillo con una agilidad y una soltura dignas de una jovencita.

—Ahora mismo le preparo su habitación, señorita. —Se quitó el delantal de cocina—. Puedes apañártelas sola, ¿verdad, Lucy?

—Claro, mujer, además mi padre puede ayudarme.

—No quiero que dejen sus tareas por mí —se apresuró a decir Cristina con simpatía—. Yo puedo esperar lo que sea necesario.

—Está anocheciendo y esa habitación hace bastante tiempo que no se usa —insistió Prudy llegando ya a la puerta—. Después de cenar la tendrá lista.

—Os dejamos trabajar —dijo Rowell y los dos salieron de la cocina.

—Son muy agradables —comentó Cristina.

Salieron al exterior y la llevó a la parte de atrás del castillo cuyo terreno se extendía hasta el bosque cercano.

—El famoso bosque de los Done —dijo Cristina sonriendo.

—¿Famoso?

—Siempre quise decir eso. Me siento como en una película histórica de esas en las que salen caballeros con espada y muchos caballos.

—El castillo data del siglo XVII, esa era su estampa en la época en que se construyó y aun después.

—Mejor me lo pones —sonrió de nuevo.

Caminaron por los alrededores del castillo mientras el sol desaparecía y la luna tomaba protagonismo en aquel cielo estrellado.

—Ha despejado —dijo, sorprendida al ver tantas estrellas.

—Sí —asintió Rowell.

Los dos permanecieron unos minutos en silencio disfrutando de la majestuosidad del firmamento.

Al día siguiente recorrió el castillo varias veces, paseándose por todos sus rincones, deseosa de encontrar al fantasma que lo habitaba. No tuvo éxito, pero le sirvió para empaparse de la enorme belleza de aquel edificio que, con mayor o menor ayuda, había permanecido en pie durante cuatrocientos años. Allí sí que podía decirse la famosa frase de «si las paredes hablaran» y a ella le habría encantado escucharlas. Hizo muchas fotografías, algunas de ellas realmente buenas. También se hizo algún que otro selfie para enviárselo a sus amigas. Rowell le explicó que solo utilizaba una parte muy pequeña del castillo porque de ese modo se sentía menos solo y Cristina comprendió lo que quería decir. Deambular por aquellas habitaciones vacías le produjo un extraño sentimiento que fue afectando a su ánimo según avanzaba el día. No pudo evitar

pensar en Laura y preguntarse si alguna vez habría visitado ese castillo. Si habría conocido a sus dueños...

Cuando llegó la hora de la cena Cristina tuvo la sensación de que Rowell estaba más distante. Mantuvo un educado comportamiento con ella, pero no permitió que dirigiese la conversación hacia temas personales o demasiado íntimos. Era como si estar allí hubiese oscurecido su ánimo y quisiera protegerse de algún modo. Cristina se preguntó si se habría arrepentido de invitarla, pero la trataba de un modo agradable y caballeroso, lo que no indicaba ninguna animadversión. Mas bien era como si no quisiera que se acercase demasiado, como si pretendiera alejarla.

Al día siguiente, el escocés se excusó aduciendo que tenía una entrega fijada por su editor y se le había retrasado el trabajo por lo que no podría atenderla. La conminó a investigar por su cuenta todo lo que quisiera y la animó a recorrer las tierras de los Done. El escritor comió y cenó en su despacho y Cristina lo hizo sola en el comedor, sintiéndose cada vez menos cómoda. Por la noche lo oyó moverse por su habitación y escuchó cerrarse su puerta ya de madrugada, por lo que supuso que había salido harto de no poder dormir. Como ella.

El cambio en la actitud del escocés la había alterado más de lo que quería reconocer. No entendía para qué la había invitado a ir al castillo si ahora no le hacía el menor caso. La había evitado con extrañas y peregrinas excusas, aludiendo a tareas ineludibles que debía hacer justo en ese momento. Como si tuviese trabajadores a los que vigilar o tierras que labrar él mismo. Era escritor y no había nadie allí presionándole para que escribiese. Si tenía un encargo con fecha de entrega, no debería haberla invitado. Pasó el día sola deambulando por los alrededores con su cámara al hombro. Para eso preferiría estar con sus amigos.

—¡Qué maravilla! —exclamó María al ver las fotos del castillo que le acababa de enviar Cristina mientras hablaban—. Me hacen chiribitas los ojos.

—Rowell me ha dicho que estás invitada.

—¡Oh! Dale las gracias de mi parte. Estoy deseando conocerle. —María dejó el móvil y cogió su taza sonriendo—. Sabes lo mucho que me gusta la Historia, poder estar en un castillo tan antiguo será como viajar en el tiempo.

Las dos se pusieron serias en cuanto el comentario encontró la relación en su cerebro.

—No quería decir...

—No pasa nada, *tonta* —sonrió Cristina—. Pero cuéntame cómo estás. ¿Ya vuelves a dormir bien?

María le mostró la taza a modo de respuesta.

—Sigo tomando esta infusión de caléndula, valeriana y tila, así que ya ves que no.

—Tienes que ir al médico, María, no es normal lo que te pasa.

—He ido esta mañana y, ya sabes cómo va esto, me ha recetado *Diazepam* que, por supuesto, no pienso tomarme.

—Los médicos de cabecera están para eso, para recetar pastillas.

—Sí y se quedan tan anchos —dijo y después se llevó la taza a los labios.

—Pero ¿sigues despertándote a la misma hora?

María asintió.

—A las tres de la madrugada me despierto sentada en la cama con la sensación de estar empapada y respirando con dificultad. Como si hubiese estado aguantando la respiración debajo del agua.

—¿Y se lo has explicado al médico? Es muy raro.

—Pues claro y me ha dicho que es ansiedad. Que es un cuadro típico dentro de los profesores que están en final de curso.

—Pues qué bien.

—Le ha dado igual cuando le he dicho que a mí nunca me había ocurrido nada parecido. — Se encogió de hombros—. *Diazepam* al canto y que pase el siguiente.

—Ya.

—Pero dejemos de hablar de mí, cuéntame qué tal lo estás pasando con el escocés.

—Bueno...

—¿Bueno? ¿Qué pasa?

Cristina suspiró.

—Está muy raro. Hoy apenas lo he visto en todo el día.

—¿Cómo que apenas lo has visto? —María fruncía el ceño mirándola por encima de su taza.

—Pues que ahora dice que tiene que trabajar en su libro y se ha pasado todo el día encerrado en su despacho. No ha salido ni para comer, he pasado el día más sola que la una cuando podría estar con Julia y su familia.

—¿No lo había mencionado? Qué tenía que acabar un libro, digo.

Cristina negó con la cabeza.

—Pensaba que íbamos a estar juntos todo el tiempo...

María sonrió.

—¿A qué viene esa sonrisita?

—Todo el tiempo juntos, ¿eh? —Su sonrisa se hizo más ancha.

—¿No vas a recordarme eso de que «no se ha hecho la miel para la boca del asno»?

—Aún no lo conozco, chica. A lo mejor no es un asno. Aunque con tu ojo clínico...

—Espera —dijo Cristina haciendo gestos como si quisiera quitarse algo de la espalda—, es que no llego al puñal que acabas de clavarme.

—No seas tonta, es broma. Estoy deseando conocer a ese Rowell. No sé por qué, pero tengo la sensación de que este no es un asno.

—Sea como sea, no he venido aquí a hacer turismo yo sola, mañana me vuelvo a Forthland.

—Dale un margen de duda —aconsejó María—. Espera al menos a ver cómo se desarrolla el día de mañana. Si sigue con la misma actitud, pues le dices que te vuelves y Santas Pascuas.

Cristina asintió.

—Sí, eso haré. Sé que hay un lago por alguna parte. Si me deja sola trataré de encontrarlo y por la noche prepararé mis cosas para marcharme.

—Seguro que cuando se lo digas vuelve a ser tan encantador como antes.

—Encantador no es un adjetivo que lo describa bien —dijo Cristina con expresión irónica—. Misterioso, interesante, cuativador, anacrónico...

—Cada vez tengo más ganas de conocerlo.

Se despidieron con un beso y cerraron la conexión.

La noche del tercer día entró al comedor a la hora de cenar dispuesta a anunciar que regresaba a Forthland al día siguiente y se encontró con un sonriente Rowell con muchas ganas de hablar.

—No es fácil llegar hasta el lago si no conoces el terreno —explicó después de haberse interesado por su día—. Está en un lugar muy resguardado, sus aguas son negras porque apenas reciben la luz del sol.

Sentados en la esquina de la enorme mesa de nogal, daban buena cuenta de una excelente cena nada frugal. Cristina se había fijado bien en aquella habitación en los días que llevaba comiendo allí, pero aun así no podía dejar de mirar cada detalle. En especial le llamaba la atención la decoración de la chimenea que, en una especie de plancha decorativa que había sobre ella, mostraba un brazo sujetando una espada frente a un escudo. Eran las armas de Robert Done que, como Rowell le había indicado con frialdad la primera vez que preguntó, representaban a la rama de la familia que despreciaba.

—¿Te está gustando la experiencia de vivir en un castillo? —le preguntó al ver el interés con el que lo miraba todo.

Cristina asintió con entusiasmo.

—Supongo que tú tuviste que acostumbrarte a todo esto, no creo que tu familia también tuviese un castillo, ¿no?

—No —negó su anfitrión—. Mis padres no tenían un castillo como este—. ¿Has hecho muchas fotos?

—Bastantes —dijo escueta.

Rowell la miró con fijeza, pero no hizo alusión a sus pocas ganas de hablar.

—Ya sabes que mientras estés aquí eres libre de ir donde quieras.

—Me iré mañana.

Rowell cerró un instante los ojos y dejó los cubiertos sobre el plato al tiempo que dejaba escapar el aire por la nariz.

—No he sido un buen anfitrión.

—No, no lo has sido.

—¿La excusa de mi libro no ha funcionado?

—Para nada —respondió Cristina muy seria.

—Probaré a ser sincero, creo que contigo es la única forma. —La miraba con intensidad.

Cristina dejó el cubierto sobre el plato y esperó paciente sus explicaciones.

—Desde que llegué aquí nunca había dejado que nadie se acercase tanto... a mí. Eres una persona muy abierta, hablas de ti y de tus cosas como si no tuvieses nada que ocultar.

—Ya te dije que no tengo nada que ocultar.

—Lo sé. Pero eso me hace sentir incómodo, porque sé que esperas de mí lo mismo y yo no soy como tú.

—¿Quieres decir que tú sí tienes cosas que ocultar?

Rowell asintió lentamente.

—¿Eres un asesino en serie? ¿Has robado un banco?

El escocés negó con la cabeza y Cristina sonrió.

—Si no quieres hablarme de tu vida, no lo hagas, no voy a obligarte. Pero tú me invitaste a venir y no me parece justo que por tus neuras me des de lado. Yo estaba muy a gusto con...

—Lo siento —la cortó—. Tienes razón y te ofrezco mis más sinceras disculpas. No volverá a ocurrir, prometo actuar como un perfecto anfitrión el tiempo que te quedes. Pero, por favor, no te marches mañana.

Ella lo miró durante unos segundos con mucha atención y sin decir nada volvió a coger los cubiertos para seguir comiendo.

—Pensaba que el primer día me dirías: no entres en la habitación que hay al fondo del pasillo del ala oeste —dijo con expresión decepcionada.

Rowell sonrió al ver que había tratado de imitar su voz.

—Pues siento haberte decepcionado, pero no hay nada de especial en esa habitación.

—Lo sé, la he visto. Y yo pensando que sería donde tenías escondido al fantasma del castillo.

—Me temo que se considera el dueño de todo esto.

—Y ¿a qué esperas para hablarme de él? —preguntó mirándolo expectante.

—Quizá lo haga algún día, pero no hoy —dijo enigmático.

Cristina sintió un escalofrío recorriendo su espalda y sonrió como una niña en *El tren de la bruja*.

—Puedes no contarme nada y no responder a mis preguntas, pero tengo que hacértelas o me sentará mal la cena. ¿Cómo es que tu tío no se casó nunca?

—Él siempre solía decir que es muy difícil encontrar en el mundo la mitad que te complementa. Ya sabes, esa de la que hablaba Aristófanes en *El banquete* de Platón.

—¿Te refieres a la leyenda de los hermafroditas?

Cristina la recordaba del instituto: Al principio había unos seres que eran hombre y mujer en un mismo cuerpo. Tenían cuatro piernas y cuatro brazos y también los dos sexos. Fueron tan arrogantes que los dioses se enfadaron con ellos y los castigaron cortándolos por la mitad, como una naranja. Y por eso el ser humano busca incansable su otra mitad para converger en un solo ser y poder realizarse plenamente.

—¿Tu tío creía que su media naranja estaba en alguna parte?

Rowell asintió.

—Estaba convencido. Y se pasó toda su vida buscándola.

—Pero eso es muy infantil, ¿no crees? ¿Cómo va a haber una persona en el mundo, solo una, que nos complemente? Sería imposible encontrarla. ¿Qué pasaría si mi media naranja hubiese nacido en China? ¿O si pertenece a una de esas tribus que no se mezclan con la civilización moderna? Jamás nos encontraríamos. No hablemos ya de que fuese un futbolista —dijo

pensativa—. Yo odio el fútbol.

—Y eso suponiendo que tu media naranja haya nacido en la misma época que tú —añadió Rowell.

A Cristina se le cayó el tenedor y por un instante su rostro mostró más de lo que ella hubiese deseado.

—Ah, no, eso sí que no —improvisó tratando de esconder el temblor de sus manos—. Si existe tu media naranja, se te debe dar la posibilidad de encontrarte con ella. No vale eso de que encima podáis nacer en distintas épocas. No, eso solo vale para... —Laura, estuvo a punto de decir Laura, y su rostro evidenció a las claras el susto que tuvo al darse cuenta de ello.

El escocés la miró sin decir nada. Intensa y calladamente.

—Supongo que tu tío renovarías algo más que las cañerías —dijo ella de pronto, provocando el desconcierto en su anfitrión—. El primer día tuve dudas de si podría darme un baño.

—Pues menos mal que sí, porque sería bastante incómodo tener que ir hasta el lago para bañarme —respondió él recuperando su semblante sereno—. Siento que no haya baño en las habitaciones y que hayas tenido que compartir conmigo el del pasillo.

—Ni siquiera me he enterado —mintió. Había pasado un buen rato revisando todas sus cosas de aseo y oliendo cada uno de los botes que utilizaba—. Espero que no te hayan molestado todos mis potingues. Soy bastante exagerada en cuanto a cremas y lociones.

Rowell sonrió abiertamente.

—Eso es algo que no deja de sorprenderme —reconoció—. La capacidad que tenéis las mujeres para llenar vuestro tiempo de obligaciones absurdas.

—Ponerse crema no es nada absurdo. Debemos cuidar la piel, es el órgano más sensible de nuestro cuerpo y el que más agresiones recibe.

—Si la piel necesitase crema la fabricaría ella misma. Eso es como si a nuestras venas tuviésemos que inyectarles sangre para que la repartiesen por el cuerpo. La piel sabe lo que hace.

—No estoy de acuerdo —rebatí, testaruda—. Además, esas cremas huelen de maravilla y es muy agradable meterse entre las sábanas con esa sinfonía aromática...

Rowell soltó una carcajada y Cristina lo miró con el ceño fruncido.

—Hablas como en esos vídeos tuyos —dijo él sin dejar de reír.

Ella volvió a coger el tenedor evidentemente molesta por su actitud. *Tengo que cerrar el canal de YouTube cuanto antes*, se dijo mentalmente.

—¿Por qué siempre que vienes a Escocia vas a ver *La cueva de los susurros*? —preguntó Rowell cuando dejó de reírse.

Aquella pregunta hizo empalidecer a Cristina, había mostrado más de sus secretos de lo que habría deseado. Él volvió a mirarla con expresión divertida y no pudo evitar pensar lo terriblemente atractivo que era.

—Imagino que es algo así como un ritual —dijo el escocés dando un paso en esa dirección.

—Algo así —confesó.

—Aquí también tenemos una cueva. —Los labios de Rowell seguían sonriendo, pero sus ojos tenían una mirada profunda y extraña—. Había pensado que fuésemos mañana a verla, si quieres. Esta noche te enseñaré mi lugar preferido de este castillo.

Cristina frunció el ceño ante aquel sorprendente e inesperado cambio de actitud. Al parecer no iba a marcharse al día siguiente.

Cristina se paseaba por la estancia admirando el mobiliario, hecho de robusta madera. Una

estantería llena de libros, una mesa de escritorio, una butaca, pesada y tapizada en verde hoja... Esa era la única habitación del castillo que no había visto antes. Sabía que era ahí donde trabajaba y no se había atrevido a interrumpirlo.

—Aquí es donde escribes —dijo mientras acariciaba el respaldo de la silla con una mano y sostenía una copa de vino en la otra.

Rowell asintió. Cristina se inclinó entonces sobre la mesa y revisó los papeles que se amontonaban a un lado.

—¿Escribes a mano?

—Sí.

—Mi letra es cada vez más horrible —confesó ella sorprendida de que alguien utilizase ese sistema todavía—. Escribo tan poco a mano que estoy olvidando cómo se hace.

—He intentado hacerlo con el ordenador, pero no me acostumbro.

Tal y como lo dijo, a Cristina le pareció que hablase de utilizar un objeto que acababa de caer en sus manos y no en algo que había entrado en los hogares de la gente hacía muchos años.

—¿Cómo funciona? —preguntó, sentándose en la butaca situada frente a la que ocupaba él—. ¿Se te ocurre una idea y te sientas a escribir o te sientas a escribir independientemente de tener una idea?

—Yo escribo ensayo, no novela. Mis libros no son de ficción, no necesito tener inspiración. Son una cuestión de trabajo, así que me siento y escribo. Cuando ya me he documentado lo suficiente, por supuesto —aclaró.

—Ya lo imagino —respondió, recostándose contra el respaldo y llevándose la copa a los labios en una actitud seductora.

Rowell le mantuvo la mirada y sus ojos ardían sin ocultar aquello en lo que estaba pensando.

Cristina dejó la copa sobre la mesilla y, atraída por una fuerza invisible e irresistible, se levantó de su butaca para ir a sentarse sobre sus rodillas. Eran dos personas adultas y libres, sin compromiso de ninguna clase. Dos personas que se atraían físicamente y que podían disfrutar de una noche de sexo sin tener que pedir permiso a nadie.

La española se inclinó para llegar hasta su boca y lo besó suavemente en los labios. El escocés metió la mano por debajo de su camiseta y le cambió aquel beso por otro más exigente. Cristina enredó los dedos en su pelo y sintió el fuego de aquella boca extendiéndose como una llamarada por todo su cuerpo. Rowell la levantó en sus brazos sin esfuerzo y ella lo rodeó con sus piernas provocando que los sucesos se precipitasen.

A partir de ese momento solo fueron manos librándose de la ropa del otro. Todo aquello que les estorbaba para sentir la calidez de la piel que palpitaba bajo sus dedos. La llevó hasta el escritorio y apartó sin remilgos lo que le estorbaba para apoyarla en él.

—He deseado esto desde que te vi el primer día bajo el influjo de las estrellas —susurró el escocés—. Tenías una mirada tan dulce que estuve a punto de besarte.

—Y ¿por qué no lo hiciste? —preguntó Cristina sin apartar los brazos de su cuello.

—Porque no habría podido contenerme y no estaba seguro de si tú querías lo mismo que yo.

—Pues ahora ya sabes que sí.

Apretó su cuerpo contra el de Rowell y el escocés capturó de nuevo su boca demostrando que era todo un experto en el arte de besar. Había una dulzura estremecedora en sus caricias y ella se sentía cada vez más expuesta y vulnerable en sus manos. Llevó una de aquellas enormes manos a uno de sus pechos y él lo cogió casi con veneración. Después abandonó su boca y bajó hasta enterrar la cara en ellos para después deleitarla con las caricias de su lengua.

—Tengo que tomarte ya —advirtió él con la voz ronca.

Cristina lo apartó un poco empujando sus hombros, quería verlo cuando lo hiciese y también que él la viera. Rowell la agarró de las caderas y la atrajo con firmeza sin dejar de mirarla.

## Capítulo 9

Despertó sin ganas. No quería volver del maravilloso sueño del que la sacó la luz del sol que entraba por la ventana. Se maldijo por no haber cerrado las cortinas y sonrió con cara de boba. Antes de dormirse estuvo mirando las estrellas durante mucho rato, recordando el momento que acababa de vivir: cada caricia, cada lugar en el que Rowell había puesto su boca. Se estremeció y una risa, tonta e incomprensible, la sacudió de arriba abajo. Se había acostado con unos cuantos hombres, no era ninguna cría inexperta, pero lo que había pasado la noche anterior escapaba a toda experiencia vivida.

Levantó un poco las sábanas y se vio completamente desnuda. Sin pensarlo se llevó una mano hasta el lugar entre sus piernas donde aún palpitaban un sinfín de sensaciones. Miró la pared frente a su cama y se mordió el labio nerviosa. Saber que la habitación de Rowell estaba justo al otro lado de esa pared hizo que se encogiera su estómago de deseo. Recordó cómo la había cogido en brazos y la había llevado hasta su cuarto. Los dos completamente desnudos. Se ruborizó al imaginar qué habría pasado si alguien del servicio los hubiese visto. Durante varias horas se deleitaron mutuamente y descubrió sensaciones que ni siquiera sabía que pudiera sentir. También hablaron. Sonrió al recordar lo interesado que estaba en conocer su vida sexual. ¿Cuándo fue la primera vez? ¿Cuántos hombres habían compartido su lecho? Si no fuese porque sabía que tenía treinta y cinco años... Hubo momentos en que habría asegurado que estaba con un adolescente primerizo.

Se levantó y se asomó a la ventana. No le importaba estar completamente desnuda, se sentía exultante de feminidad. Su sexualidad exudaba por todos sus poros de un modo desconocido y grandioso. Gimió suavemente al recordar el peso del poderoso cuerpo masculino sobre ella. Era

el cuerpo de un dios griego, perfecto y rotundo en cada una de sus partes. Fuerte y fiero, pero con una sorprendente capacidad para ser dulce y delicado. Se abrazó, necesitaba sentir el contacto de su propia piel a la espera de volver a rozar la de Rowell. Porque si algo tenía claro era que iba a disfrutar de esa experiencia si él le daba la oportunidad. Y algo le decía que el escocés estaba pensando en eso mismo en ese momento.

—Buenos días —dijo al entrar al comedor y encontrarlo sentado desayunando.

—Buenos días —respondió Rowell—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien, ¿y tú? —dijo, sentándose.

—También bien.

Cristina se sintió decepcionada. Había imaginado un recibimiento mucho más apasionado que aquel. *Bueno, se dijo, no nos conocemos lo suficiente para saber qué tal despertamos.*

—¿Qué vamos a hacer esta mañana? —preguntó, sirviéndose café y luego leche de sendas jarras.

—Había pensado ir a ver la cueva, si te apetece.

—¿Está cerca de aquí?

—A unos dos kilómetros —respondió el escocés.

*Definitivamente está extraño. Vale, no es del tipo de hombre que después de cuatro horas ininterrumpidas de sexo te mira con ojos de corderillo y te empotra contra la pared más cercana* —se dijo Cristina mentalmente—. *Pero es que casi ni me mira y su expresión es la de alguien a quien le importo un bledo.*

—¿Te ocurre algo? —preguntó. No le gustaba juzgar a la gente y siempre hay que dar la

oportunidad a los demás de explicarse.

—No, ¿por qué?

Si había una mala respuesta a una pregunta como esa, Rowell había acertado a la primera.

—Si quieres puedes llevarte la cámara —dijo el escocés y después se sirvió más café ante la estupefacta mirada de la española.

*Vale, que no cunda el pánico* —se dijo Cristina mientras se preparaba una tostada con mantequilla—, *está claro que lo que pasó anoche no ha significado lo mismo para él. A ver, que no es que me haya enamorado, no estoy loca, pero jolines, no todos los días se encuentra una subiendo a la estratosfera montada en semejante hombre. Lo acepto, parece que no va a volver a repetirse, debe ser que él no disfrutó tanto como yo creía.*

Las imágenes de la noche anterior se repitieron en su mente y Cristina negó con la cabeza sin darse cuenta. Estaba claro que había disfrutado. ¡Y de qué manera!

—¿No quieres llevar la cámara? —preguntó Rowell con expresión confusa al ver que negaba con la cabeza y sonreía de un modo extraño.

A Cristina se le cayó el cuchillo de untar y su sonrisa se tornó en mueca nerviosa.

—Sí, sí la llevaré, claro, para eso he venido, ¿no? Para hacer fotos. —Siguió untando la tostada a pesar de que estaba completamente cubierta de mantequilla—. ¿Para qué sino? Una cueva está bien, tendrá rocas y habrá árboles. Los árboles son muy fotogénicos, ¿verdad? Nunca salen mal en una foto —sonrió forzada mientras Rowell la miraba circunspecto.

Cuando terminaron de desayunar le pidió unos minutos para cambiarse y subió corriendo a su habitación. Cuando estuvo dentro apoyó la espalda en la puerta y respiró aliviada, necesitaba estar un momento a solas para recuperar la serenidad. Todo aquel nerviosismo venía dado por su estúpida predisposición, había imaginado que aquel desayuno sería muy diferente y sus

expectativas no se habían cumplido para nada. Al contrario.

Se apresuró a quitarse el pantalón que se había puesto, le marcaba un culo impresionante y era de cintura baja muy *sexy*. Incomodísimo para hacer una excursión hasta una cueva. Cogió un pantalón negro, holgado y fresco, y lo combinó con una camiseta gris, con botones en el escote que dejó abrochados. En los pies unas zapatillas.

Se revisó frente al espejo de cuerpo entero que había colocado junto a la cajonera y dio su aprobación. Ya solo quedaba hacer algo con su melena. Cogió una goma de pelo y se ató una coleta alta. Ahora que estaba todo claro, podía relajarse y volver a ser la misma de siempre. Se colgó la cámara en bandolera y fue a reunirse con Rowell, que la esperaba en la entrada.

—Vaya, veo que te has cambiado. —Frunció el ceño y se dio la vuelta para salir, pero añadió —: Me gustaba más el otro pantalón, te hacía un culo muy *sexy*.

El escocés caminaba a buen paso y por mucho que Cristina quisiera mantener el ritmo sus piernas eran más cortas y de vez en cuando tenía que dar unos saltitos para alcanzarlo. Cada vez que lo hacía él la miraba divertido, pero no aminoraba el paso. En unos quince minutos se detuvieron frente a unas rocas que parecían haber sido colocadas allí a propósito.

—¿Has tapado la entrada?

—Mi tío puso estas piedras para que no se metieran animales o chavales que buscasen un lugar para correrse una juerga —explicó Rowell mientras comenzaba a apartarlas.

Cristina abrió la boca sorprendida al ver la facilidad con la que las manejaba. Estaba claro que había hecho aquello muchas veces.

—Espera aquí —ordenó él antes de desaparecer en el interior—, me aseguraré de que no hay

peligro.

Se colocó la cámara y le quitó la tapa del obturador para empezar a hacer fotos. Alrededor de la cueva el terreno era árido y escarpado. Macizos de piedra con formas extrañas coronadas por elevadas montañas que marcaban el horizonte. Aquel paisaje le provocó a Cristina una extraña sensación, parecida a la que sentía al visitar *La cueva de los susurros*. Era como si allí el tiempo se hubiese detenido, como si todo lo que la rodeaba hubiese permanecido inmutable durante siglos y aquellos pocos árboles la mirasen con ojos viejos y sabios.

—Puedes entrar —dijo Rowell con voz fría.

Cristina vio algo en sus ojos que la estremeció, una desolación tan profunda que sintió una mano oprimiéndole el corazón.

La cueva era muy parecida a la otra: una gran explanada previa y un túnel al fondo.

—¿Es muy profunda? —preguntó, señalando hacia la oscuridad.

—No, apenas diez metros —negó él.

Poco a poco sus ojos se habituaron a la escasez de luz que proporcionaba el sol que entraba por la pequeña abertura y las paredes se hicieron más visibles.

—Son de un tono rosado —murmuró, sorprendida—. ¿A qué se debe?

—No se sabe. Cuando sacas la piedra al exterior es una roca gris sin mayor interés, pero aquí dentro produce ese efecto.

Cristina se acercó hacia el fondo y sacó el móvil para encender la linterna y ver dónde pisaba, no querría caerse a un agujero.

—¡No entres ahí! —Rowell había llegado hasta ella en dos zancadas y la sujetaba del brazo con firmeza.

Lo miró, sorprendida por tanta vehemencia.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo ahí entro?

—No hay nada —negó él sin soltarla—, pero puede ser peligroso.

Cristina lo siguió de nuevo a lo que sería el vestíbulo y comenzó a hacer fotos. Al mirarlas en el *display* podía verse perfectamente el color rosa de la piedra que producía un sorprendente efecto en la imagen.

—Es preciosa —murmuró.

Rowell la miraba sin decir nada, con las manos en los bolsillos en una pose que Cristina ya había empezado a identificar como suya. Durante un buen rato estuvieron en silencio, ella fotografiando y él inmóvil en medio de la sala, observándola. Para terminar Cristina lo apuntó con la cámara y apretó el disparador. Rowell no se quejó y la dejó hacer.

—¿Esta cueva es especial para ti? —preguntó, volviéndose a colocar la cámara en bandolera.

—¿Por qué piensas eso?

—He visto tu expresión cuando has salido a buscarme. Parecías muy triste. —Trató de sonar cercana—. ¿Venías aquí con alguien? ¿Esa Rachel de la que me hablaste?

Rowell torció el gesto en una mueca que tenía aspiraciones de ser sonrisa.

—No, Rachel nunca estuvo aquí.

Estaba demasiado serio y había una tensión que emanaba de su cuerpo de forma involuntaria, pero que llegaba a Cristina como si ondas invisibles la transmitieran. La española frunció el ceño y entrecerró los ojos para mirarlo con más atención.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó, consciente de pronto de que aquello no había sido casual.

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

Rowell asintió muy despacio. En ese instante Cristina supo que nada de todo lo que había ocurrido había sido casual. Ni el hecho de que la recogiese en la carretera ni que se acercase amigablemente a ella ni que la invitase a ir a su castillo. Entonces recordó lo que había ocurrido la noche anterior y se preguntó si también eso estaba preparado. Suspiró, decepcionada.

—Así que eso era todo —dijo—. Necesitabas mi ayuda. Y ¿para qué puedes necesitarme a mí, precisamente?

—Voy a contarte algo que te parecerá una locura —empezó él sin sacar las manos de sus bolsillos—. Tienes que escucharme manteniendo la mente abierta.

Estaba empezando a asustarla. Instintivamente, Cristina miró la entrada de la cueva.

—No voy a hacerte ningún daño —dijo él siguiendo su mirada—. No tienes nada que temer, tan solo voy a hablarte de mí. Nada más.

—¿Qué pasa? ¿Estás casado? ¿Eres de la CIA o como narices se llame el servicio secreto de Escocia?

—No es nada de eso. Por supuesto que no estoy casado, no soy de la clase de hombre que haría lo que hice anoche si estuviese casado.

Cristina se obligó a sonreír.

—Ah, pero ¿pasó algo anoche? Porque después de tu reacción de esta mañana pensaba que lo había soñado.

—Sí, pasó algo, y te aseguro que me ha costado mucho comportarme con normalidad cuando te he visto aparecer en el comedor.

—¿Normalidad? ¿Eso te parece normal? —Sus ojos chispeaban—. Tú y yo tenemos un concepto muy diferente de lo que es normalidad.

Rowell no esperaba tener aquella conversación precisamente en ese momento. En su cabeza

las cosas se iban a desarrollar de un modo muy distinto.

—Me pareció que era lo que tú esperarías de mí. Parece que el sexo no es algo muy importante para ti.

Cristina abrió los ojos como platos.

—¿Estás tratando de ofenderme?

—¿Por qué iba a querer ofenderte? —Estaba confuso—. Hablamos de todos los hombres con los que has estado...

—Dices «hombres» como si fueran legión.

—Bueno, pocos no han sido.

—Ahora resultará que eres un puritano. O un misógino...

—¿Un mi qué?

—Un misógino, alguien que odia a las mujeres.

—¿Por qué habría de odiar a las mujeres? —Cada vez parecía más confuso.

—Hablas de que he estado con muchos hombres como si fuese una *puta*.

—Que yo sepa las *putas* cobran por eso y tú no dijiste nada de dinero.

Cristina sentía que estaba cada vez más furiosa y no comprendía el motivo, tan solo quería discutir con él, gritarle a ser posible.

—¿Tú no has estado con muchas mujeres? A juzgar por cómo te manejaste es un arte que dominas bien.

Rowell levantó una ceja y sonrió sin responder.

—¿Y por qué yo no puedo tener experiencia? ¡Ni que estuviéramos en el siglo diecinueve!

—Mejor el XVIII —dijo él poniéndose serio de nuevo.

—Ya te gustaría. Así podrías tener a todas las mujeres que quisieras y elegir las inexpertas

para enseñarles lo mucho que sabes.

—Nunca he tenido vocación de maestro.

—¡Oh, basta! Esto es una estupidez, no sé por qué sigo hablando de ello.

Cristina no era una lerda, se dio perfecta cuenta de lo que Rowell iba a hacer, pero fue incapaz de moverse. La cogió por la cabeza y sus ojos la miraron intensamente. Cuando sintió su boca, cálida y exigente, se dejó arrastrar. *Sabe besar como nadie*, pensó vagamente antes de responderle con idéntica entrega. La rodeó fuertemente con su brazo y ella se agarró a su pelo.

*No deberías haberlo hecho, no deberías haberla besado*, Rowell oía aquella voz en su cabeza. Estaba metiéndose en un lío y lo sabía. No era aquello lo que tenía planeado, pero su boca sabía tan bien y su cuerpo era como un imán cuya atracción era imposible de combatir. Cuando la escuchó gemir supo que estaba perdido, no podía dejar aquello a medias. Así no hacía las cosas un Done.

El beso se hizo más y más profundo, el cuerpo de Cristina vibró pidiendo acción. Cuanto más duraban aquellas caricias más débiles eran las alarmas en sus respectivos cerebros.

—Después de que te fueras me he quedado dormido y he soñado contigo —susurró él contra su boca—. En mi sueño te acariciaba de arriba abajo, así...

Cristina echó la cabeza hacia atrás y suspiró al notar su boca bajando por su cuello.

—Me vuelves loco.

Un millón de terminaciones nerviosas despertaron simultáneamente. Rowell mordisqueaba uno de sus pezones por encima de la ropa y la sensación se extendió por el cuerpo de la joven como una descarga eléctrica de lo más placentera.

—Voy a desnudarte y a hacerte mía.

¿Por qué seguía hablando con aquella sugerente voz? No podía resistirse si lo escuchaba

hablar así, era como un martillo derribando un muro de papel.

El escocés hizo exactamente lo que había dicho, la desnudó por completo y siguió vestido mientras se ocupaba de ella. Sus labios volvían a besarla con ansia y su lengua se movía con total autoridad dejando claro quién tenía la batuta.

Cristina no estaba dispuesta a cederle todo el protagonismo y comenzó a quitarle la ropa sin permitir que se lo impidiese, para ello metió una mano dentro de sus pantalones sin dejar de mirar aquellos destellos plateados en sus ojos.

—Mujer, ¡cómo te deseo! —dijo entre dientes.

Cristina se incendió como una tea ardiendo y cuando los dos estuvieron desnudos rodeó su cuello con los brazos y su cintura con las piernas colocándose exactamente donde quería estar. En su interior todo estaba dispuesto para acogerlo.

La piedra rosada lanzaba destellos sobre ella haciéndola parecer un hada brillante y luminosa. Rowell se deslizó suave y decidido, conteniendo el impulso natural que trataba de empujarlo con fiereza. Sus sentidos se debatían en una lucha constante, pero él no se dejó arrastrar. Quería disfrutar cada segundo y no lo conseguiría si se dejaba ir. Ansiaba aquellos temblores vertiginosos que lo rodeaban, la explosión de deseo que había experimentado durante horas la noche anterior y que nunca antes había sentido de ese modo. Los dos se movieron juntos como un solo cuerpo. La pasión fluía de uno a otro en una danza perfecta. Él quería darle más, ella ansiaba que el momento no acabase nunca. Sus corazones latían desbocados acercándose al momento del éxtasis, sabiendo que primero llegaría la desesperación.

Cristina se arqueó otra vez mientras sus gemidos taladraban el cerebro de Rowell que no quería resistirse más. Pero debía hacerlo, debía aguantar. Que ella subiera y bajara incansable. Y cuando la tuvo exhausta y rendida clavó sus ojos en los de ella y se dejó ir con un gemido

profundo y áspero.

## Capítulo 10

Cristina se vestía en un rincón de espaldas a él. Sin mirarlo. Se sentía mortificada y torpe. Nunca se había sentido así con ningún hombre. El sexo con él era increíble, pero imaginaba lo que debía estar pensando de ella y se sentía furiosa y desolada a partes iguales. Ella era una mujer libre y podía hacer lo que le diese la gana, pero debía reconocerse a sí misma que lo que sentía con él no era normal. No se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Y le molestaba muchísimo que pensara que aquello era algo insignificante para ella.

Rowell la miraba mientras se abrochaba los pantalones. Aún sin camiseta se acercó por detrás y la rodeó con sus brazos, pero ella reaccionó como un gato y se zafó de él con violencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó paciente.

Aquel tono de voz tan calmado la irritó aún más y se volvió hacia él con las mejillas arreboladas, el pelo enredado y una mirada brillante. Rowell sintió una punzada de deseo dentro de los pantalones y se regañó mentalmente por ello.

—No tendría que haber venido —dijo nerviosa.

—¿Qué significa eso?

—No soporto que pienses lo que piensas.

—¿Y qué pienso?

—Pues que voy por ahí metiéndome cada pene que me encuentro.

—Qué manera de hablar —dijo él divertido.

—¿Te hago gracia?

—Lo cierto es que sí.

Cristina cogió la cámara del suelo y se dispuso a salir de la cueva, pero Rowell se lo impidió

colocándose delante para cortarle el paso.

—Hablemos.

—No tengo ganas de hablar.

—Siento haberte dado la impresión de que te juzgaba por tu amplia experiencia sexual.

Ella lo miró sorprendida. ¿En serio creía que así arreglaría algo?

—Dices «amplia experiencia sexual» como si fuese algo malo.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas cuando te digo que no lo considero algo malo?

—Sonar creíble.

Rowell seguía con un semblante tranquilo y eso la irritaba aún más.

—¿No vas a decir nada? No sé, podías esforzarte un poco.

—Por muy equivocada que estés me temo que no puedo hacer nada con eso. Está claro que has decidido creer que soy un tipo de hombre y hasta que no dejes de adelantarte a los acontecimientos no hay nada que yo pueda hacer. Eres una mujer con mucho carácter, no pensarás nada que no quieras pensar, así que me limitaré a esperar que tu inteligencia haga su trabajo y mande a paseo esas ideas preconcebidas.

—¿Ideas preconcebidas? —Se colocó las manos en la cintura y lo miró con suficiencia—. Has sido tú el que me ha dicho esas cosas, no me las he imaginado.

—Pero no las dije en el sentido en el que tú las estás juzgando. Te he traído aquí para explicarte algo que te aclarará quién soy y por qué me sorprende y maravilla tanto tu manera de ser y el desparpajo con el que actúas... en todos los sentidos. Pero no me dejas hacerlo, dándole vueltas estúpidamente a esa idea tuya que crees que me define.

—¿Ahora soy *estúpida*?

Rowell suspiró, acabaría haciéndole perder la paciencia, no había duda. La cogió por los

hombros y la llevó al centro de la gran sala sin dejar de mirarla a los ojos.

—Voy a hablarte de algo y me escucharás con atención. Después podremos discutir todo lo que quieras.

Ella se zafó de él con firmeza, pero no se movió de allí.

—Te he traído aquí para contarte lo que le pasó a tu amiga Laura.

Cristina empalideció y su respiración se aceleró visiblemente. Rowell mantenía la mirada clavada en sus ojos y estaba muy serio. Nada en su semblante indicaba que estuviese bromeando.

—Todo esto no fue casual —susurró, poniendo en evidencia sus pensamientos—. Te acercaste a mí con un fin. ¿Pero Laura? No sé lo que crees que sabes, pero te aseguro...

—Tienes razón, te escogí a ti porque eras la más accesible de las... tres. —Se inclinó hacia ella hasta que Cristina pudo distinguir las partículas metálicas de sus ojos—. Pero quiero que quede claro que en ningún caso planifiqué lo que ocurrió anoche ni lo que acaba de pasar aquí. Te aseguro que eso no entraba en mis planes.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Ya te lo he dicho: Sé lo que le pasó a tu amiga Laura.

—Estás loco si crees eso. No tienes ni idea de... —enmudeció de golpe y Rowell entornó los ojos mirándola con más atención.

—Tú también lo sabes —afirmó sorprendido.

Sus seguían escrutándola, parecía un cazador calibrando a su presa antes de lanzarse a por ella.

—Ya sabía yo que eras un *gilipollas* —dijo Cristina en español.

—Supongo que acabas de insultarme.

—Es que no conozco una traducción válida para «gilipollas», que es lo que eres.

—¿Eso significa que vas a escucharme?

—Si es el paso previo para que me dejes volver con mis amigos, de acuerdo, escucharé lo que tengas que decir. Pero que sepas que en cuanto salga de esta cueva me largo de aquí, y lo que sea esto se ha terminado.

Rowell se encogió de hombros.

—No eres mi prisionera —dijo con dureza.

Cristina miró a su alrededor para buscar un lugar en el que sentarse.

—Adelante, cuéntame tu historia —habló condescendiente.

—Sabía que si eras tan amiga de Laura tenías que ser buena persona —empezó Rowell con voz profunda—. Todos debéis serlo y tenía que confiar en alguien.

Cristina se arrastró hasta que su espalda chocó con la pared y dobló las piernas para estar más cómoda. Rowell se acercó y se agachó frente a ella.

—Cuando Laura fue a visitar *La cueva de los susurros* ocurrió algo imposible de comprender. El suelo tembló bajo sus pies y seguramente se asustó muchísimo pensando que iba a morir. Pero no murió, lo que pasó fue que al salir de la cueva su mundo había cambiado.

La española lo miraba aterrada. ¿Cómo podía saberlo? Trató de ponerse de pie, pero él puso una mano en su hombro y con solo ese gesto se lo impidió. Entrecerró los ojos mirándola con curiosidad.

—Lo sabes —musitó el escocés—. Sabes lo que le ocurrió.

Cristina no podía responder sin delatarse. Y tenía miedo, un miedo irracional que la empujaba a protegerse de él, aunque no supiese cuál era el peligro que la amenazaba. Cuando Rowell se puso de pie y la miró desde su altura se sintió aún más vulnerable. Se abrazó a sus rodillas y miró hacia delante, tratando de evitar aquellos ojos que eran puro fuego.

—Llevo diez años esperando este momento —dijo él con emoción contenida—. Diez años de angustia y soledad.

Cristina levantó la mirada sorprendida.

—Lo sabes, ¿verdad? Sabes de lo que te estoy hablando. —Rowell tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ella se levantó muy despacio sin dejar de mirarlo. La idea que se empezaba a formar en su cerebro era nítida y extraordinaria, pero no podía ser cierta.

—Laura viajó al pasado —reconoció sin pensar—, pero tú no deberías saberlo.

—¿Y vosotros cómo lo supisteis? —preguntó él con evidente conmoción.

—Eso no importa ahora. —El corazón le latía desbocado—. Lo que quiero es que me digas por qué lo sabes tú.

—Porque tu amiga Laura era mi abuela.

Cristina estaba pálida como un cadáver, pero se mantuvo firme mientras él hablaba.

—Hace un mes vi el periódico en el que Laura escribió su artículo sobre el descubrimiento de Margaret en *La cueva de los susurros*. Mi amigo, el profesor MacTavish, me lo mostró, junto a su traducción al inglés. Estábamos charlando tranquilamente mientras nos tomábamos una cerveza y no sé por qué se acordó de Laura y de la visita que le hizo. Hablamos de lo terrible que debió ser para sus familiares que desapareciera tan inexplicablemente, ya sabes, esas cosas que se dicen en estos casos. Me preguntó si había leído el artículo y le dije que no entendía el español. Entonces sacó el original y la traducción.

Rowell caminó hasta la pared y apoyó la espalda y uno de sus pies contra ella mientras sus manos se perdían en los bolsillos de su pantalón vaquero.

—Había una fotografía que encabezaba la página. Era una foto pequeña y no tenía mucha

calidad, pero, aun así, la reconocí. Era ella. Joven y distinta, pero jamás podría confundir aquellos ojos. Eran los ojos de mi madre, que ella había heredado de la suya. Pensé que me estaba volviendo loco y no le dije nada al viejo MacTavish. Cuando llegué a casa esa noche me senté frente al ordenador y la busqué. Laura Martos. Me pregunté por qué nunca había escuchado ese apellido. Pero para mí era la abuela Laura, una Darroch...

—¡Basta! —susurró Cristina casi sin voz—. Tengo que salir de aquí.

Rowell la alcanzó en el exterior y la sujetó por el brazo impidiendo que huyera.

—Te juro que no estoy loco. Mi nombre es Rowell Done, nací en 1720 en Invermor. En julio de 1746, tres meses después de la batalla de Culloden, entré en una cueva parecida a esta, situada en los alrededores del castillo de Kinmore, y cuando salí de allí habían pasado doscientos cincuenta y cuatro años.

—Me estoy volviendo loca —dijo ella angustiada—. Tengo que volver con Julia y Evan. Tengo que decirles...

—Por favor, Cristina, no me dejes solo otra vez —suplicó Rowell sin tratar de retenerla por la fuerza—. Fui gravemente herido en Culloden Moor. Mi amigo Patrick me sacó del campo de batalla a rastras y me llevó al castillo de mi tío Robert en Kinmore. Sí, ese hombre al que tanto despreciaba y aún desprecio. Allí me recuperé de las heridas durante dos meses, pero tuve que huir cuando mi tío decidió entregarme a los soldados ingleses. Me escondí en esta cueva y estando dentro se produjo un terremoto. Eso es lo que le pasó a Laura también, ¿verdad? Por favor, respóndeme.

Cristina no se volvió, lo había escuchado dándole la espalda, queriendo huir, alejarse de él para no tener que aceptar que aquello era posible. Que lo que le ocurrió a Laura no fue algo único, sino que podía volver a pasarle a cualquiera. Se volvió despacio y lo miró a los ojos. Vio

el enorme dolor que había en ellos y pudo imaginar su calvario.

—Doscientos cincuenta y cuatro años... —susurró, estremecida.

—Cuando salí de la cueva solo pensaba en huir, pero en cuanto me alejé de allí me di cuenta de que todo era distinto. Los árboles, el suelo, los sonidos... Es algo difícil de explicar, pero hasta el aire olía diferente. Me acerqué al castillo, quería ver si los casacas rojas habían llegado de verdad o había sido un engaño del criado que me lo advirtió. Y entonces supe que no eran imaginaciones mías. Lo que había sido un camino de tierra era ahora una cinta de color oscuro. En la puerta había un extraño vehículo que no había visto jamás y los jardines habían cambiado. Entré en *shock*...

—Horace Done no era tu tío.

Rowell negó con la cabeza.

—Horace Done es el mejor hombre que he conocido en mi vida, después de mi padre —sonrió con tristeza—. Se lo conté todo y vi en sus ojos la misma mirada que en los tuyos, la incredulidad, la certeza de que estaba ante un loco. Pero, aun así, me acogió y me brindó su hogar.

—¿Te creyó en algún momento?

Rowell asintió.

—Él me vio tal y como era entonces, enseguida comprendió que no era un hombre de esta época. Mi manera de hablar, de comportarme, lo que sabía...

Cristina asintió, podía adivinar las diferencias.

—Ahora soy mucho más normal, aunque no lo creas. —Respiró hondo y soltó el aire de golpe, tratando de relajarse—. Mi padre murió en Culloden y no sé qué suerte corrió mi hermano. Durante los dos meses que estuve convaleciente de mis heridas mi tío no accedió a

enviar ningún mensaje a mi familia. No se inmutó cuando le conté que mi padre había muerto. Su enemistad con mi abuelo le había cerrado el corazón y su odio hacia nosotros, firme durante todos aquellos años, me hizo comprender que no dudaría en entregarme. Por eso, cuando uno de los criados me advirtió que había enviado un mensaje a un regimiento de dragones cercano, me escapé. Pero juro ante Dios que de haber sabido lo que iba a pasar me habría quedado en el castillo esperando a los ingleses. Nada que ellos pudieran hacerme podría ser tan terrible como lo que sentí al llegar aquí. La soledad espantosa que me ha acompañado desde entonces.

Cristina se sintió conmovida por la desesperación que percibió en sus palabras.

—Háblame de ella —pidió con temor—. De tu... abuela.

Rowell la miró con una ternura que la emocionó.

—Era una mujer increíble. Fuerte y decidida. Me encantaban las historias que nos contaba, eran curiosas y originales. Ahora sé que nos habló de vosotras.

—¿Cómo se llamaba su hijo?

—Tuvo tres. Eric, Lean e Isabella, mi madre.

Cristina sintió que le temblaba el pulso y contuvo la respiración.

—¿Cómo...? ¿Cómo se llamaba tu abuelo?

—Connell Darroch, aunque su padre era un MacDonald.

El suelo pareció desaparecer bajo sus pies y Cristina hubiera dado con sus huesos en el suelo si Rowell no la hubiese cogido a tiempo. La llevó hasta el lugar en el que había estado sentada antes y la sostuvo hasta estar seguro de que se recuperaba.

—¿Cómo es posible? —preguntó, estremecida.

—No lo sé. Durante todos estos años creí que era el único al que le había pasado. Jamás imaginé que mi abuela fuese una mujer del futuro. Era especial, es cierto. Mi abuelo siempre

decía que se inventaba palabras y a veces hacía cosas que no hacían otras mujeres. Pero ella nunca me habló de esto. Además, todos mis abuelos eran especiales. Sobre todo, mis abuelas. Las dos se querían mucho, parecían hermanas. Jamás imaginé que la abuela Laura fuese diferente en un sentido tan estremecedor.

—¿Te has acostumbrado a esto?

Llevaba diez años practicando para ser un hombre distinto. Escondiendo su carácter, sus costumbres y actitudes para encajar en un mundo que no era el suyo. Al principio resultó insoportable tener que aceptar tantas cosas distintas, algunas de las cuales no podía comprender. Tener que asimilar que un hombre no podía defender a una mujer si era atacada por otro porque podía ser detenido por ello. Aceptar que debía llamar a otros hombres para que acudiesen a salvarla en su lugar. Esa fue una de las cosas que más le costó comprender y la única que provocó que tuviese que pasar una noche en un calabozo por desórdenes públicos. Pero hubo muchas otras. La facilidad con la que los jóvenes daban por hecho su suerte, el modo en el que trataban a sus mayores. La fuerza de las mujeres, su seguridad y confianza. La comida, la abundante y variada comida que podías comprar en enormes tiendas repletas de toda clase de cosas. Horace había tenido mucha paciencia con él. Y MacTavish también.

—Será mejor que volvamos al castillo y hablemos de todo esto tomando un café —dijo Cristina poniéndose de pie.

—¿Vas a ayudarme? —preguntó él con una mirada conmovedora.

—Ayudarte, ¿cómo?

—No lo sé. Pero por Dios, mujer, que necesito ayuda.



## Capítulo 11

—¿Por qué creíste que tu tío pensaba entregarte a los ingleses?

Estaban sentados en el único salón que utilizaba Rowell, el más pequeño que había en el castillo. Habían pedido que les hicieran café y Lucy había añadido unos dulces para acompañarlo.

—Habíamos tenido una fuerte discusión y me amenazó con hacerlo en cuanto pudiese caminar.

—¿Tanto odiaba a tu abuelo?

Rowell asintió con la taza en la mano y expresión irritada.

—La familia de mi abuelo paterno pertenecía a un clan septo de los Campbell. —La expresión en el rostro de Cristina le indicó que no tenía ni idea de lo que hablaba—. Los clanes septos eran familias o clanes menores que se unían a otro clan más poderoso. Mi abuelo, al casarse contra la voluntad de su padre, fue desterrado de la familia y expulsado del clan.

—Qué primitivos —dijo Cristina con cierto desprecio—. Y ¿qué le importaba eso a tu tío? ¿Él no quería a su hermano?

—Mi tío y mi abuelo eran gemelos idénticos y los dos se enamoraron de la misma mujer. Ella eligió a mi abuelo y eso trazó una sima insalvable entre ellos. Lo que al principio fue una disputa familiar acabó convirtiéndose en algo mucho más grave. Mi abuelo era el mejor amigo de Connell Darroch, que como te he dicho era un MacDonald, así que cuando su padre lo desterró se unió al clan de su amigo y eso convirtió a los dos hermanos en enemigos irreconciliables. Los Campbell habían propiciado una masacre que costó la vida a más de cien MacDonald, años atrás. Entre esos MacDonald se encontraba el padre de mi abuelo Connell.

—No entiendo cómo podían ser tan estúpidos —dijo Cristina pensativa—, me da la impresión de estar hablando de niños de colegio discutiendo por quién ha marcado el mejor gol.

Rowell suspiró y se frotó la cara y los ojos. Ya había pasado por todo eso y resultaba agotador. ¿Cómo hacer entender a alguien que vive en un mundo en el que la muerte y el honor solo se ve en las películas o las series de televisión, que en su mundo todo era diferente?

—¿Podrías intentar comprender lo que digo? Sé que es difícil para alguien de este siglo entender lo que supone para mí estar aquí contándote todo esto.

Cristina se sintió avergonzada por su escasa sensibilidad. Tenía razón, no podía imaginarse lo que sentía por más que supiese que debía ser algo terrible. Como lo debió ser para Laura. Pero ella encontró a alguien que la comprendió y la escuchó. Y también a alguien que la amó. Ayudaría a Rowell, sería su amiga y pondría todo su esfuerzo en comprenderlo. Después de todo, era el nieto de Laura, aunque pensar en eso le resultó un poquitín repugnante, la verdad. Había estado haciendo todas aquellas cosas con el nieto de una de sus mejores amigas. ¡Puag!

—Estos diez años deben haber sido muy difíciles para ti. —Se obligó a centrarse en el tema.

—No imaginas cuánto —musitó él y después apuró el café de su vaso, que ya se había quedado frío.

—Háblame de tu vida —pidió Cris subiendo las piernas al sillón y con la taza en las manos—. De todo. Me interesa muchísimo.

El escocés le contó prácticamente todo lo que recordaba, desde su niñez hasta que entró en aquella cueva. Le habló de su madre, Isabella, a la que adoraba. De su padre, Joseph, al que admiraba y quería profundamente. De sus hermanos, Hugh y Flora, y de amigos, novias, enemigos... Después él le pidió que le hablase de Laura, de la Laura que ella conoció.

Cuando entró Craig para anunciarles que ya estaba la comida servida Cristina sabía más de él

de lo que nunca supo de ningún hombre con el que se hubiese relacionado. Sabía más de Rowell que de Deacon, cuyo tema de conversación favorito era él mismo.

—Quieres volver a tu época —dijo ella antes de salir del saloncito, cuando el anciano mayordomo los dejó solos de nuevo.

—Este mundo es maravilloso —respondió con sinceridad—. Las comodidades, la seguridad, la ciencia y los avances tecnológicos son increíbles. Pero aquí no hay nada para mí. Siempre me siento solo, apenas salgo del castillo desde que murió Horace. Ansío ver a mi familia, mis amigos...

—A Rachel —dijo Cristina sonriendo.

Rowell no dijo nada, pero su expresión hablaba por él.

—No quiero ni pensar lo que debió ser para ella que desaparecieras. No saber si estabas vivo o muerto.

—Supongo que todos creerían que había muerto en Culloden Moor. Rachel conocería a otro, se casaría y tendría muchos hijos.

—¿Muchos? —preguntó, cruzando la puerta delante de él—. ¿Cuántos hijos quería tener?

—Siempre hablaba de tener una gran familia.

Entraron al comedor y se sentaron a la mesa. Lucy había dejado una sopera y Rowell se encargó de llenar los platos de la espesa sopa.

—¿Has investigado sobre lo que le ocurrió a tu familia? —preguntó Cristina metiendo la cuchara en el plato.

Él asintió.

—No hay nada concreto, pero sé que después de la batalla llegaron tiempos duros para ellos. Los ingleses y sus aliados se encargaron de reprimirlos y hacerles pagar por rebelarse. —Soltó la

cuchara de golpe sobre el plato y la sopa salpicó el mantel con violencia.

Se dejó caer contra el respaldo y se llevó una mano a la barbilla mesándose la incipiente barba. Recordar todo aquello no parecía estar haciéndole mucho bien.

—Durante el primer año fui a la cueva un día tras otro. A veces Horace tenía que ir a buscarme por la mañana después de que pasara la noche allí dentro, en la más absoluta oscuridad. Intenté todo tipo de locuras. La misma hora, el mismo día, recrear situaciones, colocarme en la posición exacta.... Pensé en simular un terremoto haciendo explotar la cueva... Caí enfermo. La angustia y la desesperación hicieron presa de mi ánimo y una furia sobrehumana me poseyó. Horace tuvo mucha paciencia conmigo y encontró la solución. Me mandó a la universidad y así conocí al profesor MacTavish. Él no lo sabe, pero me salvó la vida.

Cristina se sintió conmovida y exhausta por aquel aterrador resumen.

—¿Y qué piensas ahora? —preguntó.

—Después de descubrir quién era mi abuela empecé a pensar que mi cueva era solo de salida y que la entrada era por la que Laura desapareció. Pero no ha funcionado. Estuve en *La cueva de los susurros* una semana después de descubrirlo. Incluso dormí una noche allí, pero no funcionó.

Cristina no quería decirlo, le parecía cruel, pero alguien debía hacerlo.

—¿No has pensado que quizá no puedas volver? —Puso una mano en la suya para que la dejase hablar—. Quiero decir que, dentro de que todo esto es una locura, quizá tenga un sentido que se nos escapa. Un motivo...

—¿Hablas del destino? —preguntó Rowell.

Cristina removi6 su sopa con la cuchara mirando las ondas que generaba mientras trataba de encontrar una respuesta a su pregunta. Finalmente, soltó la cuchara y lo miró directamente.

—No lo sé, no tengo ni idea de lo que pienso. Desde que iniciamos esta historia del viaje a

Escocia todo mi mundo se puso bocabajo y ya no sé ni lo que creo.

Rowell la miró interesado.

—Cuéntamelo —pidió—. Explícame cómo llegasteis hasta aquí.

Cristina asintió y empezó a hablar. Le contó lo del cuaderno de dibujo de la madre de Julia, la planificación que hicieron del viaje que Gloria había creado para su hija. Cómo conoció a Evan, la boda, la desaparición de Laura...

—Ese cuaderno... ¿Crees que podría verlo?

—¿Quieres que les contemos a todos quién eres en realidad?

—No estoy seguro aún. ¿Tú qué piensas?

—Creo que deberíamos esperar un poco. Pero encontraré el modo de que Rosario me deje el cuaderno. Si hay algún modo de regresar, lo descubriremos —dijo con convicción—. Y ahora vamos a comernos esta sopa fría o tendremos que explicarle a Lucy por qué no la hemos tocado.

Mientras comía su mente empezó a divagar. Iba a ayudarlo. No lo dejaría solo. A partir de ese momento sería su mejor amiga, alguien que lo comprendería y con quien podría contar. Era un buen momento, su vida estaba en pausa. Necesitaba tiempo para pensar y decidir qué quería hacer en adelante y, mientras tanto, podía hacerlo, podía ayudarlo a encontrar un modo de regresar. Lo haría. Pero había una cuestión que debería dilucidar antes: ¿era buena idea contárselo a los demás? Julia estaba embarazada, iba a tener un hijo y todo aquello la alteraría muchísimo. Aun así, no podía ocultarles lo que había descubierto. Rowell era el nieto de Laura y ellos merecían saberlo.

—Se lo diremos —dijo de pronto, poniendo en evidencia sus pensamientos—. Julia y María deben saber quién eres.

Rowell asintió.

María la miraba desde la pantalla del ordenador con expresión anonadada. No era capaz de articular palabra.

—Di algo —pidió Cristina.

—No me salen las palabras. Necesitaré tiempo para asimilarlo, Cris.

—Lo entiendo, a mí me pasó lo mismo. Qué pena que no pueda tomarme yo también una de esas —señaló la taza que se veía en un lado de la mesa desde la que María le hablaba.

—¿Cómo es él?

Cristina cogió el móvil, que estaba junto a ella sobre la cama, buscó la fotografía que le había hecho en la cueva y se la envió. El móvil de María emitió un sonido y ella lo cogió para ver la imagen.

—Dios mío, es guapísimo —musitó.

—Se parece a ella —susurró Cristina con un nudo en la garganta.

—Es cierto, hay algo en su rostro que me la recuerda. Esto es una locura, Cris. —Levantó la vista para mirar a su amiga.

—Lo es.

—Y ¿cómo vas a ayudarlo? Según dices ya lo ha intentado todo. Han pasado diez años, no creo que pueda volver.

—Sé que es lo que parece, pero ¿tú no seguirías intentándolo? ¿No harías todo lo que estuviese en tu mano, y más aún, para conseguirlo?

—¡Por supuesto! No digo que no lo comprenda, lo que digo es que no tenemos ningún argumento para pensar que se pueda deshacer lo que sea que les pasó. Laura se quedó allí y

Rowell lleva diez años viviendo en esta época. Deberíamos asumir que probablemente sea un viaje solo de ida.

—No creo que él esté preparado para aceptar eso.

—Hasta ahora ha estado solo. Bueno, tuvo a ese Horace, que no quiero ni imaginar lo que debió pensar el pobre hombre. Encontrarse con un pastel como este al final de su vida... no sería fácil de tragar. —María se mordió el labio y negó con la cabeza—. Pero ahora no está solo, nos tiene a nosotras. Seremos su familia, verás como dentro de un tiempo se alegra de estar aquí.

—Igualmente voy a ayudarlo a intentarlo.

—Sí, sí, me parece bien —asintió—, pero mientras lo intentas ve preparándolo para quedarse, por si acaso.

—Estoy preocupada por cómo puede afectar esto a Julia, ¿crees que será un *shock* demasiado fuerte? Temo que estando embarazada...

—¿Qué dices? Julia es fuerte y, aunque se llevará un soponcio cuando se lo digas, sabrá controlarlo. Tienes que contárselo, debe saber quién es. Y Leod y Evan también. Después de todo son parientes.

Cristina asintió y su rostro se relajó en una sonrisa.

—Qué gusto poder hablarlo contigo. Ojalá estuvieras aquí.

—Iré en cuanto acaben las clases. Se me van a hacer eternas estas semanas ahora que sé lo que me espera cuando vaya.

—¿Qué tal duermes?

—Igual, todo sigue igual. —Cogió la taza como un resorte.

—¿Sueñas que matas a uno de tus pequeños monstruos haciéndoles cosquillas? —preguntó Cris riendo.

—Muy graciosa. —Hizo una mueca burlona—. Bueno, te dejo que tengo que prepararme las cosas para mañana.

—Tan ordenada como siempre.

—Me despierto como si me hubiesen hecho correr una maratón, solo me faltaría tener que decidir qué ponerme. No, gracias, prefiero hacerlo ahora.

—Te llamo cuando haya hablado con Julia para contarte cómo ha ido, ¿vale?

—Perfecto.

Se despidieron y Cristina bajó la tapa de su ordenador con la sensación de haber engañado a su amiga. Realmente no era un engaño, más bien una ocultación, pero esa precisión no la hacía sentirse mejor por no contarle que se había acostado con el nieto de Laura. Se dejó caer en la cama de golpe. No había querido pensar en ello en todo el día. La atracción que sentían el uno por el otro era más que evidente y, aunque solo era sexo, no por ello resultaba menos incómodo sabiendo lo que sabía ahora. Estaba resuelta a que no volviese a ocurrir. Cuando regresara a Forthland y le contase a Julia la verdad sobre él no podía haber nada entre ellos. Si quería ayudarle debía mantener las distancias con él. Rodó sobre la cama y se abrazó a la almohada, ocultando la cara en ella y mordiendo la tela para ahogar un gemido. ¡Dios, qué difícil iba a ser resistirse! Cada vez que la miraba sentía que el suelo se derretía bajo sus pies y, si dejaba que su imaginación volase hacia los momentos que habían compartido, la adrenalina comenzaba a bombear convirtiendo su cuerpo en un volcán. Nunca nadie la había hecho sentir lo que había experimentado entre sus brazos. Era el mejor amante que había tenido, sin ninguna duda, y no entendía qué era lo que lo diferenciaba del resto. Sí, era guapísimo y su cuerpo era el de un dios, pero ya había estado con otros hombres tremendamente atractivos. No, no era eso. Quizá era por su evidente experiencia, pero Deacon tenía un dominio del sexo abrumador y, sin embargo,

jamás la había hecho sentir ni remotamente lo que sentía con Rowell.

No, había algo en el escocés que se escapaba a su entendimiento. Algo que lo hacía ser estremecedoramente especial. Volvió a colocarse bocarriba mirando al techo y se mordió el labio, angustiada. Fuese lo que fuese, terminaba allí mismo. No volverían a hacerlo. De ningún modo.

Al día siguiente Rowell se ofreció a enseñarle todas las tierras de los Done y para ello ensilló dos caballos.

—No me he subido a uno de estos en mi vida. —Lo miró con aprensión—. Ni siquiera en una feria. Jamás. Nunca.

—Vale, vale, me ha quedado claro —dijo Rowell riendo—. Tranquila, es manso como un perrito. No te tirará, no tengas miedo. Te enseñaré unas cuantas cosas y primero daremos una vuelta alrededor del castillo. Cuando te sientas cómoda haremos nuestra excursión.

—¿No sería mejor regresar a Forthland hoy mismo? —Miró con temor al animal que pasaba totalmente de ella.

—Me gustaría enseñarte todo esto antes de irnos. Estoy seguro de que es lo que mi abuela querría, que me comportase como un buen anfitrión. Después de todo ahora somos amigos.

Cristina tardó unos segundos en decidirse, pero finalmente asintió conforme. Subirse al caballo resultó una ardua tarea. Primero Rowell intentó que lo hiciese apoyando el pie en sus manos, pero temblaba tanto que temió que se cayese, así que el escocés optó por colocar junto al caballo una pequeña escalera de dos peldaños. Una vez encima del animal lo primero que le hizo hacer fue acariciar suavemente el cuello y la crin para que ambos se acostumbrasen al contacto

físico.

Cristina empezó a relajarse hasta que Rowell agarró las cinchas y la sacó de las cuadras para que su montura caminase un poco por el exterior y ella se habituase al cimbreado movimiento.

—No lo sueltes, por favor —pidió ella aterrada.

Rowell la miró pensativo, nunca había visto que un caballo provocase tanto miedo en nadie. Tuvo que recordarse que para la mayoría de los que vivían en el siglo XXI el caballo era un completo desconocido. Movi6 la cabeza, dándose por vencido, y, de repente, se subi6 de un salto, colocándose detras de ella. La rode6 con su brazo mientras con el otro sujetaba las riendas y guiaba al animal hacia el bosque. Realmente, no necesitaban dos caballos.

## Capítulo 12

—¿Más tranquila? —preguntó cuando hubieron avanzado un poco.

Cristina asintió con la cabeza sin emitir ningún sonido. No quería que percibiese en su voz lo muy nerviosa que la ponía sentirlo tan cerca. Trató de relajarse con ejercicios de respiración, ignorando las múltiples zonas de contacto, algunas de ellas tremendamente sugerentes.

—Horace no tenía caballos —explicó Rowell aparentemente ajeno a la tensión que provocaba—. Nunca había tenido deseos de montar. Pero yo me crie subido a uno y la idea de conducir un coche me resultó inquietante al principio, así que accedió a comprar un par de ejemplares para contentarme. Este es más robusto y seguro, el otro tiene una vena salvaje.

*Como su dueño*, se dijo Cristina.

—Debió de ser muy difícil para ti asimilar tanta tecnología. No puedo ni imaginármelo.

—Es increíble todo lo que puede aceptar el ser humano cuando no le queda otro remedio. En un año estaba bastante aclimatado a mi nueva realidad, el problema era que no quería estarlo y me rebelaba contra todo. Cuando empecé a ir a las clases del profesor MacTavish me ayudó a hacer las paces con mi destino y, aunque seguí intentando regresar, también dejé de resistirme al mundo en el que me veía obligado a vivir. Aprendí a conducir, a cocinar, a utilizar un cortapelo...

—¿Un cortapelo? —sonrió, divertida. No lo llevaba excesivamente largo, pero desde luego no podía estar utilizando una máquina de esas que usaban los tíos para cortarse el pelo al tres.

—Me cansé de utilizarlo y decidí dejarlo crecer —respondió él sonriendo también—. Pero me sirve para cuando me dejo un poco la barba.

—¿Como ahora? Te queda bien—dijo Cristina sin pensarlo y enseguida se arrepintió al ver la expresión en sus ojos y aquella sonrisa tan seductora. Se colocó de nuevo mirando hacia delante,

rogando que no hubiese puesto cara de boba—. Y ¿qué hay de tu documentación? Si no existías, ¿cómo conseguiste los documentos necesarios para poder conducir, por ejemplo, o para abrir una cuenta en el banco?

—Es sorprendente lo que puede hacerse con dinero. Horace me consiguió una identidad completa. Incluso tengo partida de nacimiento. De no ser así no habría podido recibir su herencia y me habría visto en serios problemas cuando murió. Lo cierto es que fue él quien se preocupó por todo eso porque yo no tenía intención de quedarme, así que me importaban muy poco esas cuestiones.

—Me habría gustado conocerlo —confesó Cristina.

—Leod me recuerda a él —dijo Rowell—. Salvando las distancias, claro, Horace era mucho más viejo.

—¿Horace era uno de tus descendientes?

—Yo no tengo descendientes —dijo muy serio—. Pero si te refieres a si pertenece a la rama de mi familia, no, él pertenecía a la de mi tío abuelo Robert.

—Pues Leod es descendiente de Connell y Laura, así que es de la misma rama que tú —explicó Cristina pensando en lo extraño de aquella frase.

—Cuando conocí a Leod me pasó una cosa muy curiosa. Tenía una visión tan clara de la historia de Escocia que llegó a hacerme dudar de mis propios recuerdos.

—Debe ser turbador escuchar hablar de cosas que has vivido, sabiendo que ocurrieron hace cientos de años. No sé cómo haces para no gritarles quién eres y dejarlos a todos mudos.

—Es una experiencia que no le deseo a nadie. —Su tono de voz se endureció—. Es como si te arrancasen de cuajo todos tus recuerdos y los convirtiesen en mero folclore. Tus vivencias, todo lo que te importa, son para vosotros pura anécdota.

—Pero ¿no hay nada de este mundo que haga que merezca la pena estar aquí? —Sintió que el brazo del escocés se apretaba alrededor de su cuerpo y comprendió lo que podía haber interpretado con aquella frase—. No hablaba de esto. Quiero decir que no me refería a mí... ¡Oh, mierda, cada vez suena peor!

Rowell la sacudió un poco y se rio.

—Tranquila, sé lo que quieres decir.

—La televisión, por ejemplo. —Ignoró lo que sentía—. Ver la televisión por primera vez debió de provocarte toda una conmoción.

—En mi vida había sentido una impresión igual. Me temblaban las piernas y todo mi cuerpo se empapó de sudor cuando me puse frente a esa cosa por primera vez. También me impresionó que dándole a un botón en la pared se iluminase una estancia entera. Y la ducha. ¡Dios, eso fue maravilloso! Al principio me duchaba dos veces al día —dijo, riendo al recordar—. Y la comida, la comida era deliciosa y exótica con esas formas y colores y esos sabores extraños. Aún recuerdo la primera vez que Horace me llevó a un sitio de esos que llamáis «de comida rápida» y probé mi primera hamburguesa con queso, tomate, pepinillos y lechuga.

—Pues no es nada saludable.

—Esa es otra cosa que me sorprendió muchísimo: la preocupación por la salud que tenéis todos. Vais al médico constantemente, hacéis deporte hasta la extenuación, revisáis todos los ingredientes de lo que coméis...

—Y, aun así, seguimos enfermando y muriendo.

—He llegado a la conclusión de que os inventáis enfermedades. Habláis de dolores y problemas de salud como si fuese algo interesante. Problemas de salud, esa frase me resultaba muy cómica al principio. Vivís mucho más, no sufrís ni la mitad y sin embargo os angustiáis por

cosas que en mi época a nadie preocupaban. Jamás escuché a mi madre quejarse de ningún «problema de salud» —dijo burlón.

Cristina lo escuchaba atentamente preguntándose cómo hizo Laura para habituarse a todo aquello. Las incomodidades, las enfermedades, la falta de atención y de cuidados. ¡La regla! ¿Cómo podía vivir sin tampones?

—Debes estar harta de oírme hablar. —Rowell apoyó la cabeza en su hombro al tiempo que la atraía aún más hacia él.

Cristina negó con la cabeza ligeramente, su corazón había empezado a acelerarse.

—¿A dónde me llevas? —preguntó suavemente.

—Ya lo verás.

Hicieron el resto del camino en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos, disfrutando de la mutua cercanía. El caballo parecía relajado a pesar del peso de llevar a dos jinetes y enseguida Cristina supo lo que Rowell quería mostrarle. No habían abandonado el valle y el castillo de los Done ya no estaba a la vista. El único sonido lo marcaban los cascos del caballo con su cadencia rítmica y constante. Hacía un día perfecto, el cielo estaba despejado y se veía de un azul pálido por la fuerza del sol.

El lago apareció ante sus ojos, rodeado de montañas de piedra que dotaban a sus aguas de un color oscuro, casi negro. Al otro lado, las ruinas de un antiguo castillo se mantenían erguidas en recuerdo de un pasado que ya había dejado de existir. Rowell se bajó en primer lugar y después cogió a Cristina de la cintura y la depositó en el suelo como si fuese una pluma.

—Este sitio es... increíble —musitó ella acercándose al agua.

—Es el único lugar en el que me siento en casa —dijo Rowell junto a ella—. Está

exactamente igual que lo recuerdo. Nada ha cambiado excepto aquellas ruinas de allí, que pertenecieron al castillo de James Carmichael, un fiel jacobita.

Cristina lo miró conmovida por el tono de su voz y lo que sus palabras implicaban. Deseó abrazarlo, pero se contuvo.

—Es una suerte que la familia de tu tío abuelo estuviese del lado de los ingleses —dijo sin pensar.

—¿Qué dices, mujer?

El rostro de Rowell se contrajo y había fuego en su mirada.

—Si no hubiese sido así, este castillo no os pertenecería aún y tú no podrías estar aquí. De hecho, este lago probablemente se habría convertido en un lugar turístico y estaría repleto de visitantes. El que todo esto pertenezca a esa rama de tu familia lo ha preservado todos estos años.

—¿Y crees que eso me compensa? —preguntó, visiblemente disgustado—. Qué poco me conoces...

—Todo aquello ocurrió hace mucho tiempo, Rowell.

—¡No para mí! Para mí fue hace diez años. Vi como un soldado inglés le rebanaba el cuello a mi padre sin que yo pudiese impedirlo. Desperté entre un montón de cadáveres, personas a las que conocía y apreciaba. ¡No sabes cuánto deseé estar muerto!

Cristina puso una mano sobre su brazo, pero él se apartó dolido. Había sido una mala idea llevarla allí. Las cosas nunca salían como las planeaba.

—Lo siento —dijo Cristina acercándose de nuevo, pero esa vez no intentó tocarlo—. Pero tienes que comprenderme tú también, Rowell, yo no puedo estar todo el tiempo pensando lo que voy a decir para no herirte. Para mí todo eso es un relato en un libro de historia. No pasó hace diez años, ocurrió hace trescientos años.

—Doscientos setenta y tres. —Se volvió a mirarla con una expresión estremecedoramente triste.

Cristina no pudo reprimirse más y lo abrazó tratando de rodear aquella mole de músculos con sus brazos. Apoyó la cabeza contra su pecho y escuchó el potente corazón latiendo con fuerza.

—Lo siento, lo siento muchísimo, Rowell. Siento que te hayas sentido tan solo, que hayas perdido a tantos seres queridos. Siento que estés aquí atrapado sin entender este mundo de locos. A veces ni yo misma lo entiendo... —musitó.

Rowell había cogido su barbilla para obligarla a mirarlo y lentamente su boca descendió para besarla. Esa vez no fue un beso exigente, sino dulce y tierno. Cristina se aferró a él porque sentía sus pies como si fuesen gelatina y temió caer al suelo desmadejada. Nunca había sentido aquella emoción, era como un dolor agradable, como una punzada intensa y gloriosa que se extendía por todo su cuerpo irradiando con cada latido. Su cerebro buscaba una palabra para explicarlo, pero no hallaba ninguna conocida mientras la lengua de Rowell exploraba cada rincón de su boca.

Cuando él se apartó sus ojos brillaban, pero no era solo de excitación, había algo más en aquella mirada. Ninguno dijo nada. Se separaron como si de pronto el contacto les doliera y miraron el lago cuyas aguas eran tan oscuras como sus pensamientos.

—¿Por qué me ignoraste? —preguntó ella de pronto—. ¿Por qué me dejaste tirada con la excusa del libro?

—Te había traído por una razón. Y de repente solo podía pensar en tenerte en mis brazos, oler tu cabello o en esa risa tuya que suena como las gotas de lluvia cuando golpean las piedras de río. Me di cuenta de que eras muy peligrosa para mí. Intuía que podías convertirte en alguien importante en mi vida y que eso me retendría aquí. No podía permitirlo.

Cristina sentía un nudo en la garganta y no se giró a mirarlo, permaneció allí quieta

contemplando las oscuras aguas del lago mientras se repetía una y otra vez que lo ayudaría a marcharse para siempre. Regresaron al castillo sin decir una palabra en todo el camino. Ambos estaban demasiado perturbados por sus propias emociones como para poder compartirlas con el otro.

—Tengo que cepillar al caballo —dijo Rowell sin mirarla—. Tú entra.

—De acuerdo —sonrió nerviosa—. Estoy muy cansada. Me daré una ducha y me echaré un rato.

—La comida estará enseguida —dijo él con un deje de preocupación.

—Pediré que me lleven una bandeja al cuarto, si no te importa.

—De acuerdo, como quieras.

Cristina se alejó con deseos de echar a correr percibiendo la mirada de Rowell en su espalda. Cuando desapareció de su vista el escocés siguió hasta el establo y cogió el cepillo para quitarle el polvo del camino al caballo.

—¿Qué estoy haciendo? —preguntó como si el animal estuviera escuchándole—. ¿Qué narices me pasa? ¡Joder!

Tiró el cepillo y salió de la cuadra con paso decidido. Subió las escaleras y entró en la habitación de Cristina sin llamar a la puerta. Ella estaba sentada en la cama con los codos apoyados en las rodillas y las manos sosteniendo su cabeza.

—¿Qué está pasando? —preguntó con fiereza—. ¿Qué es esto que me está pasando?

Ella se irguió y lo miró al tiempo que un callado suspiro se le escapaba entre los labios.

—No tengo ni idea —dijo con sinceridad.

—Tienes que saberlo.

Cristina sonrió sin que sus ojos acompañaran esa sonrisa y se puso de pie mirándolo como se

mira a un niño.

—Siento decepcionarte, pero es la primera vez que siento algo así. Estoy tan confusa y agobiada como tú.

Rowell se acercó despacio y la atrajo hacia sí. Cristina no se resistió cuando la besó. El temblor en su estómago se extendió por todo su cuerpo y su cerebro alejó todo pensamiento con alivio.

*No sé lo que es esto, se dijo, pero bendito seas, Rowell Done.*

Las manos del *highlander* se enredaron en su pelo y ella lo abrazó con fuerza.

—Estoy perdiendo la cabeza —musitó él rozando su boca.

La llevó hasta la cama y se tumbó con ella sin apartar la mirada de aquellos ojos encendidos que hablaban sin palabras.

—Quiero acariciarte hasta aprenderte de memoria. No puedo pensar en nada que no seas tú.

—Hundió la cabeza en el hueco que dejaba su cuello y le mordió suavemente el hombro.

Cristina se dejaba hacer sin participar, aunque sus sentidos estaban alborotados y las sensaciones rebotaban en cada parte de su cuerpo a punto de explotar. Quería pensar, quería saber por qué sentía todas aquellas cosas cuando él estaba cerca. Pero ¿cómo podía pensar mientras le hacía todo aquello? Mientras, sus manos la recorrían de arriba abajo como si estuviese calibrando cada una de sus formas. Los labios de Rowell volvieron a su boca y Cristina no pudo soportarlo más. Su cuerpo respondió hambriento y sus manos empezaron a explorarlo también sin pudor, deslizándose por su cuerpo, tomando posesión de lo que quería que fuese suyo.

Él acarició sus pechos y ella se arqueó de placer buscando el modo de calmar el ansia que contraía su sexo. Y entonces lo supo, supo lo que era aquello y una oleada de terror la cubrió por

completo llevándosela al fondo, hasta la más completa oscuridad. Escuchó un grito ahogado en el centro de su cerebro, un grito de pánico que le advertía del peligro. Era aquel un camino sin retorno, una entrega que exponía su corazón al mayor de los suplicios. Lo apartó de golpe y se sentó en la cama, respirando agitada. Rowell se sintió golpeado con aquel rechazo. Su mirada vidriosa y la agitación de su pecho daba cuenta del proceso imparable que se había desatado en su cuerpo. Se sentó, esforzándose en recuperar la serenidad, aunque aquella enorme presión dentro de sus pantalones no se lo ponía nada fácil. Odiaba aquella ropa moderna.

—No podemos hacer esto —dijo ella con la mirada fija en la pared—. Tú vas a marcharte, debemos hacer que vuelvas y entonces yo...

Giró la cabeza y clavó su mirada en aquellos ojos azules que la miraban sin comprender.

—Esto ha sido un error desde el principio —siguió diciendo—. Un enorme error.

Rowell la vio ponerse de pie para alejarse de él y la arruga en su ceño se hizo más profunda.

—¿Y si no consigo volver? —dijo confuso.

Cristina estaba de espaldas y tragó saliva para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta. Rowell se levantó y la obligó a volverse a mirarlo.

—Es casi seguro que no podré regresar, lo he intentado todo.

—Pero no puedo dejarme llevar solo por una posibilidad. No puedo entregarte mi corazón y que luego tú...

—¿Quieres que te diga que renuncio? ¿Es eso? ¿Me estás diciendo que solo si renuncio puedo tomarte?

Cristina sintió que le faltaba el aire. No podía pedirle eso.

—Vete. Ahora —exigió.

—No —negó, rotundo—. No me iré así. Dame una oportunidad. Todavía no sé lo que es esto

que siento, pero te puedo asegurar que jamás lo había sentido antes.

Ella sonrió con tristeza.

—Yo tampoco.

Él la agarró por los hombros y sonrió.

—Entonces no nos privemos de ello —pidió—. Dejemos que las cosas ocurran como tengan que ocurrir. Dejemos que sea el destino quien decida.

La atrajo hacia su cuerpo sin que ella opusiera resistencia y permanecieron así abrazados durante un tiempo que ninguno fue capaz de medir.

## Capítulo 13

Cristina entró en el comedor a la hora de la cena y Rowell la miró sorprendido, poniéndose de pie para recibirla.

—Estás deslumbrante —dijo con una sonrisa.

Su invitada sonrió divertida al ver que pretendía sujetarle la silla.

—¿Te ríes de mí? —preguntó él.

—Un poco —dijo burlona.

—Está bien, lo acepto. —Regresó a su sitio y sonrió también—. Si dejase salir mis antiguas costumbres probablemente me avergonzarías. Era muy caballeroso, ¿sabes?

—No puedo creerlo —dijo ella mirando a Lucy, que entraba en ese momento con la sobera.

—Lucy, cuéntale a Cristina cómo era yo cuando vine a vivir con Horace. —Miró a la criada.

—Uy, señorita, parecía uno de esos mozalbetes que salen en las películas antiguas. Que si señora por aquí, señora por allá... —Lucy se puso las manos en la cintura para mirarlo—. Mi hija pequeña decía que hablaba raro porque era un príncipe ruso que había estado encerrado en un castillo fortaleza situado en una isla y que había escapado para vengarse.

Cristina sonrió afable.

—Si quitamos lo de príncipe ruso, tu hija describió al conde de Montecristo —dijo Cristina sonriendo—. Ya me pareció a mí que Clementina era una jovencita muy imaginativa.

—Tus tres hijas son preciosas —dijo Rowell—. Pero yo me debo a Clementina.

—Alice y Roberta están fuera de su alcance —le explicó Lucy a la española—. La mayor ya está casada. Con un inglés, por eso viven en Londres. Y Roberta, que está estudiando en la universidad, solo tiene cabeza para la ciencia. Pero Clementina, que aún va al instituto, le hizo

prometer que no se casaría hasta que ella creciese. Rowell, creo que ya eres libre, está enamorada de un tarado de su clase que no le hace ni caso.

—Me siento traicionado. —Arrugó el ceño con expresión desolada—. Creí en la palabra de una niña de cinco años y mira cómo me paga.

Lucy movió la cabeza como si pensara que se había vuelto tonto y salió del comedor. Cristina sonreía divertida.

—Así que te estabas reservando para ella.

—Clementina es una belleza —dijo muy serio—, cualquier hombre esperaría lo que fuese necesario.

—Ya veo. —Cogió el cazo para llenar los platos y se relamió de gusto después de probar la deliciosa sopa de pollo—. Pues lo que has estado haciendo conmigo no se parecía en nada a esperar. Lucy cocina como los ángeles.

—Te recuerdo que los ángeles no comen —ignoró el comentario anterior.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Has visto alguno?

—No, pero no van al baño y si no descomen no pueden comer.

—¿Si no descomen? —rio Cristina—. Pero ¡qué dices!

—Bueno, decir *cagar* en la mesa es de mal gusto, al menos en mi siglo.

—Serás...

Rowell la miró visiblemente satisfecho.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —preguntó ella limpiándose la boca con la servilleta por temor a que se le hubiese quedado pegado algún fideo en los labios.

—Me encanta esto.

Cristina se sintió reconfortada.

—No sé cómo no se me ha ido la cabeza —suspiró—. He tenido demasiadas emociones últimamente. Antes de venir también, pero hablo sobre todo de después.

—¿Te refieres a algo en concreto? —preguntó él con picardía.

—Hombre, no todos los días conoces a alguien que ha viajado tres siglos.

—Cierto, aunque no estaba pensando precisamente en ese tipo de emoción.

—Mañana regresaré a Forthland —anunció ella poniéndose seria e ignorando deliberadamente sus insinuaciones—. Tengo que contarles todo esto a Julia y a los demás. María ya lo sabe.

Rowell asintió.

—Iré contigo, si te parece bien.

—Claro que me parece bien, me parece una idea genial, así podrán bombardearte a preguntas y me dejarán tranquila —sonrió.

—Eres muy lista, aunque no sepas montar a caballo.

—No he tenido oportunidad de aprender, no me has dejado.

—¿Que no te he dejado? ¡Pero si estabas aterrada!

—¿Y eso quién lo dice?

—¡Lo digo yo! —exclamó Rowell riendo—. Anda, acércame el vino.

Después de la cena se sentaron a charlar en el salón y él le contó cómo había sido la boda de su hermano y luego la de su hermana. En aquella época una boda era todo un acontecimiento y llegaron parientes de muchos lugares de Escocia.

—Tú también ibas a casarte —dijo Cristina.

Estaban en el sofá, sentados de lado para estar uno frente al otro. En la mesa descansaba una

botella del mejor *drambuie* y ambos sostenían una pequeña copita de dicho licor.

—Háblame de Rachel —pidió Cristina.

Su mirada, limpia y directa, no dejaba lugar a la duda.

—La conocía desde que éramos niños. Su hermano Patrick era mi mejor amigo. Ella siempre estuvo enamorada de mí, al menos eso decía Patrick. Yo no me había fijado en ella de ese modo hasta que un día me abordó junto al abrevadero y me besó. Entonces ella tenía diecisiete años y yo veintitrés.

Cristina sonrió.

—¿De qué te ríes?

—No es nada, solo pensaba en lo tonto que debías ser a los veintitrés. —*Teniendo en cuenta que a los treinta y cinco sigues sin pillar nada al vuelo*—. ¿Y cómo le pediste que se casara contigo?

—En realidad no se lo pedí de ningún modo, simplemente era lo que debía pasar. Llevábamos dos años noviendo y era el momento. Pensamos que cuando ganásemos la batalla podríamos celebrarlo organizando una boda. —Su rostro se ensombreció y apuró el contenido de su copa—. Como sabes, las cosas no salieron como estaba planeado.

Cogió la botella y se sirvió más licor. Después rellenó la copa de Cristina, que apenas había bebido.

—¿Todavía la echas de menos? —se atrevió a preguntar.

—No —reconoció con sinceridad—. Lo cierto es que he añorado mucho más a Patrick que a su hermana y eso me hace pensar que quizá nos habíamos precipitado en nuestra elección de la persona con la que íbamos a compartir nuestra vida. Aunque ahora eso ya da igual.

Cristina lo vio apurar el resto de la copa y comprendió que remover sus recuerdos le hacía

daño.

—Dejemos de hablar de eso —dijo, sonriendo—. Ahora te hablaré yo de mi madre y de mis amigas.

Después de un rato de charla Rowell se hizo una idea de cómo habían sido los veinticinco años de Cristina.

—¿Nunca viste a tu padre? —preguntó con naturalidad.

—No. —Tomó otro trago de licor—. Mi madre nunca me ha dicho la verdad sobre él y yo no he sido capaz de obligarla. Preferiría que fuese cierta la historia de la inseminación artificial.

—Dios, todavía me produce escalofríos escuchar esa frase.

—Lo imagino. Pero eres un privilegiado. Lo sabes, ¿verdad? Has podido ver cosas que ninguno de los que compartieron tu vida verán jamás. Yo he pensado muchas veces que me encantaría viajar al futuro. De hecho, cuando supimos lo que había pasado con Laura fue lo primero que pensé. ¿Viajar al pasado? ¿Qué interés puede tener eso? Pero ¡oh! ¡El futuro es otra cosa!

—Sé lo que quieres decir. ¿Quién en su sano juicio querría viajar al pasado y privarse de todas las comodidades que ya conoce?

—Exacto. —Ella lo señaló con el dedo para enfatizar que estaba de acuerdo.

Rowell sonrió.

—¿Qué?

—Si sigues bebiendo voy a tener que llevarte a la cama en brazos —dijo él acercándose.

—¿Es una promesa de *highlander*?

—Los *highlanders* no somos más que montañeses. No entiendo esa visión romántica que tenéis de nosotros en esta época.

Cristina también se acercó hasta que sintió su aliento haciéndole cosquillas en los labios.

—Así que no lo entiendes, ¿eh?

Había tomado demasiado *drambuie* y tenía la mente un poco nublada, pero el camino hasta su boca aparecía luminoso y claro frente a sus ojos.

—Voy a besarte, Rowell Done.

—No si te beso yo primero.

La mano de Cristina se perdió dentro de la rubia melena y dejó que el escocés profundizara en sus caricias esperando la pasión a la que la había acostumbrado. No estaba preparada para la ternura de sus labios, para sentir aquellos besos en sus mejillas, en sus párpados... Abrió los ojos para mirarlo y lo que vio en los de él la dejó sin aliento. Rowell se sentía poderoso estando con ella. Una pasión desenfrenada lo arrollaba cuando la tenía desnuda entre sus brazos, pero era ese otro sentimiento que inundaba su cerebro y latía en su corazón el que lo hacía invencible

—Voy a decirlo —susurró, mirándola con una mirada que no dejaba escapatoria.

—No...

Rowell puso un dedo en sus labios y asintió con la cabeza.

—Eres demasiado hermosa, demasiado perfecta para mí —musitó contra su boca—. Nunca me cansaré de mirarte, de besarte, de amarte...

Cristina le acarició el rostro sin dejar de mirarlo, no podía decir con palabras lo que le nacía por dentro al escucharlo. Rowell sonrió.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella mientras seguía acariciándolo.

—De lo que diría mi abuela si me viera con una mujer como tú —dijo, apretándola contra su cuerpo.

—Laura estaría encantada —sonrió feliz.

—No hablo de Laura. Mi otra abuela era muy dada a soltar frases lapidarias de esas que tanto te disgustan. Si me viera con una mujer como tú diría: «No se ha hecho la miel para la boca del asno».

El cuerpo de Cristina se puso rígido y hasta la última gota de sangre abandonó su rostro. Rowell frunció el ceño cuando lo apartó con suavidad y firmeza.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha molestado algo que he dicho? Lo del asno no era por ti, era por mí. Es lo que ella habría dicho si te hubiese conocido...

Cristina cogió la botella que había sobre la mesa y llenó su copa vacía. Después se bebió el contenido de golpe.

—Cris, ¿qué ocurre?

—Tu otra abuela... Háblame. Háblame de ella —pidió.

Rowell frunció el ceño. ¿Estaba tratando de cortarle el rollo? Porque no se le ocurría un tema menos apropiado para ese momento que hablar de su abuela.

—¿Quieres que te hable de la madre de mi padre? ¿La abuela Mary? —preguntó con el ceño fruncido.

Cristina asintió con una serenidad pasmosa mientras dentro de su pecho el corazón se le hacía pedazos.

—¿Y qué quieres que te diga? No me parece el mejor momento para hablar de ella, la verdad.

—Por favor, Rowell —lo apremió entre dientes.

El escocés no entendía nada, pero se dio por vencido.

—Era una mujer dulce y cariñosa que siempre estaba rodeada de niños. Todos los nietos la queríamos muchísimo y le gustaba pasar tiempo con nosotros. Mi padre la adoraba y siempre

decía que era un ángel venido del cielo. Le gustaba coger hierbas y luego preparaba infusiones para toda clase de cosas. Si te dolía algo, ella sabía cómo curarlo... No sé qué más contarte.

—¿Cómo era físicamente?

—Bajita. Tenía los ojos azules y los labios sonrosados. Era muy hermosa, incluso siendo tan mayor.

—Tus abuelas se llevaban muy bien... —susurró temblando.

Rowell asintió visiblemente preocupado.

—Sí, eran como hermanas. No he visto dos mujeres que se quieran más. Cuando vi la relación que tienes con Julia pensé que así debieron ser ellas dos de jóvenes.

Cristina se puso de pie y le le mostró la palma de la mano cuando él hizo ademán de abrazarla.

—Necesito estar sola —dijo, rotunda.

Rowell la vio salir del salón y se sentó de nuevo sin entender nada. ¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho para que reaccionara así? Se llevó las manos a la cabeza y tiró de su pelo hacia atrás. Había estado a punto de decirle que la amaba. Soltó el aire de golpe y se dejó caer contra el respaldo del sofá. ¿Era eso? ¿Se había dado cuenta y trataba de evitarlo? ¿No quería tener que rechazarlo?

Cogió la botella de *drambuie* y llenó su copa, pensativo. ¿Cómo había ocurrido? Conocía a Rachel desde que era una cría y pasó por lo menos un año, después de que ella lo besara, antes de empezar a sentir algo que ni remotamente se parecía a lo que sentía ahora. Apuró el contenido de la pequeña copa de un trago y la dejó sobre la mesa. Se puso de pie y deambuló por el pequeño salón con el corazón golpeando en su pecho casi con furia. ¿Estaba dispuesto a renunciar? ¿A dejar de buscar el modo de regresar, por una mujer a la que apenas conocía? Bueno, en un

sentido se conocían muy bien, pero el sexo no era suficiente. Quería saberlo todo de ella, quería escucharla hablar hasta quedarse dormido. Quería verla enfadada, triste, ilusionada, feliz. Quería abrazarla mientras la lluvia repiqueteaba en los cristales y abrazarla más aún mientras la nieve teñía los campos de blanco. Quería despertarse cada mañana a su lado y poder amarla a cualquier hora del día. Quería tener hijos con ella. Amaba a esa mujer, no importaba cuánto hiciera que se conocían, nunca había sentido nada igual. ¿Por eso estaba allí? ¿Por eso había viajado en el tiempo?

Cristina cerró la puerta de la habitación y se deslizó hasta el suelo con una profunda angustia dando vueltas por todo su cuerpo, intentando encontrar algún resquicio por el que escapar. No podía ser cierto, no podría soportarlo. Lo amaba, amaba a ese enigmático y rudo escocés que ansiaba regresar al mundo que conocía, a pesar de que allí tan solo le esperaban la decadencia de una época y la tristeza en forma de pérdida tras pérdida. Aun así, él quería regresar porque allí estaban los suyos. Su familia. Laura y María.

Ahora lo entendía todo. Sabía por qué Rowell había viajado casi trescientos años. Iba a llevársela. María jamás habría entrado en la cueva sola. Se irían los dos juntos, por eso él no había podido regresar. No era porque la cueva fuese solo de salida, sino porque lo había intentado sin ella. Sin su abuela. Y ¿cómo funcionaba? ¿La cueva sabía a qué época debía enviar a cada uno? Porque estaba claro que ella debía viajar a una época en la que él ni siquiera había nacido. ¿Y si él podía regresar? Entonces tan solo estaba allí para llevar a María hacia su destino. Un destino que se escondía en aquella cueva de paredes rosadas.

No lo permitiría. No dejaría que María se acercase a ese maldito lugar. Nunca iría al castillo

de Kinmore y nunca viajaría al pasado. Con Laura ya era suficiente. Y no le importaba que también hubiese alguien para ella allí, ni que eso cambiase el futuro. Hablaría con Julia y con los demás, ellos la ayudarían a impedirlo. María no iba a ir a ninguna parte. No si ella podía impedirlo.

## Capítulo 14

—¿Qué es quién? —Julia miraba a su amiga con los ojos tan abiertos que Cristina temió que se le saliesen de las órbitas.

—Ya me habéis oído. Rowell es el nieto de Laura.

—¡Pero eso no es posible!

Los había reunido a todos en la habitación que había tras la recepción mientras Sam se ocupaba de atender el hotel.

—No me interrumpáis más y así podré contaros la historia completa —dijo muy seria.

Para ninguno pasaba inadvertido el cambio de actitud que había sufrido Cristina tras ese viaje a Kinmore. Tenía unas marcadas ojeras y sus ojos parecían tristes.

La dejaron contar toda la historia de Rowell y Julia se esforzó en contener sus exclamaciones y en no emitir sonido alguno que delatase su sorpresa. No podía apartar los ojos del escocés, que se mantuvo inmóvil y en silencio todo el tiempo que duró el relato de Cristina.

—Dios mío —susurró Julia cuando hubo terminado.

Evan le pasó una mano por los hombros, la atrajo hacia él y depositó un beso en su cabeza. Leod, que estaba sentado junto a Cristina, cogió la botella de *drambuie* y llenó cuatro vasos pequeños ya que Julia no podía beber.

—Después de lo que le ocurrió a Laura era inevitable temer que hubiese sucedido más veces —apuntó el escocés y se llevó su vasito a los labios para apurar su contenido de un solo trago..

—Pero ¡qué le pasa a esta familia! —exclamó Julia apartándose de Evan con brusquedad.

—Rowell quiere ver el cuaderno de tu madre...

—¿Por qué le has hablado de eso?

Rowell se mantenía callado y en un segundo plano. El viaje en coche había sido muy desgastador para él. Cristina se había parapetado tras un silencio frío y turbador que lo había dejado exhausto.

—Julia. —Cristina la miró con gravedad—. Ahora no es momento de pensar en nosotros. Este hombre lleva diez años viviendo en un tiempo que no es el suyo. Está solo y desesperado. Lo ha intentado todo para regresar y nada ha funcionado. ¿Crees que hay algún motivo para ocultarle el inicio de toda nuestra historia? Te recuerdo que Laura es su abuela. ¡Su abuela!

—Vale, vale, ya me ha quedado claro. —Julia se apartó el pelo de la cara y respiró varias veces soltando el aire de golpe—. Lo siento, Rowell, pero es que esto es muy fuerte. Voy a traer un hijo a un mundo muy poco estable.

El escocés hizo un gesto para que supiese que no debía preocuparse por él.

—Solo tú podrías haberlo definido así —dijo Cristina muy seria—. Es un *puto* mundo de locos, Julia, y no debes dejar que tu hijo se acerque a menos de un kilómetro de ninguna cueva.

—Nos iremos de Escocia —musitó su amiga, aterrada—, eso haremos.

Evan no disimuló su preocupación.

—Si es lo que quieres, lo haremos —confirmó.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —interrogó Leod con tono áspero—. No decís más que estupideces. Está claro que si Laura viajó al pasado era por un motivo. Mucha gente ha entrado en esa cueva durante años, yo mismo he entrado montones de veces y aquí estoy. ¿No habéis escuchado la historia de Rowell? El que debe viajar, viaja, está claro.

—¿Crees que él está aquí por algo? —preguntó Julia.

—¡Claro que lo creo! Y, según lo que nos ha contado Cristina, gracias a que está aquí sigue vivo. En su tiempo habría muerto a manos de los ingleses.

—Quizá mi padre tenga razón —corroboró Evan—. Laura no volvió porque encontró a Connell o quizá no pudo hacerlo, pero lo que es seguro es que le salvó la vida al enamorarse de él.

—Era su media naranja —sonrió Leod.

Julia miró a su suegro con el ceño fruncido sin comprender hacia donde iba la conversación.

—El mito de las dos mitades, de Aristófanes —enunció Evan—. Al principio hombre y mujer eran un solo.

—Laura viajó al pasado porque era necesaria para la consecución de este futuro —intervino Cristina—. ¿No lo veis? El presente, tal y como lo conocemos, no habría existido de no ser por ella. Viajó, conoció a Connell, tuvo tres hijos y ese árbol genealógico llega hasta vosotros dos. De no haber viajado no habríais existido y nuestra realidad habría sido otra. Laura debía viajar porque vosotros estabais aquí.

—Me va a estallar la cabeza. —Julia apoyó en las manos esa parte sensible de su anatomía.

—Si esa teoría es correcta, Rowell está aquí por lo mismo —dijo Evan—. De algún modo nuestra realidad no sería la que es si él no interfiriese de algún modo. Pero ¿de qué manera?

Los cuatro lo miraron interrogadores, pero el escocés no tenía nada que decir.

—Vamos a buscar el cuaderno de mi madre. —Julia se levantó y miró a Evan para que la acompañara.

Su marido la abrazó antes de entrar en la casa y la sostuvo en sus brazos durante un rato, meciéndola con ternura. Los pensamientos de Julia eran intensos y aterradores. ¿Por qué su madre había iniciado todo aquello? ¿Qué sabía ella? ¿Y si también...?

—Tú madre no viajó —dijo Evan siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Era hija de Rosario, ella siempre está contando anécdotas de cuando era pequeña.

Julia lo miró con tristeza.

—No sabes la capacidad que tiene mi abuela para inventarse historias —respondió con ánimo lúgubre.

Su marido la apretó contra su cuerpo sin dejar de mirarla a los ojos.

—No debes temer nada, amor mío. Yo estoy aquí, tú estás aquí, nada más importa.

Julia apoyó de nuevo la cabeza en su pecho y apretó los ojos con fuerza. Debía creer en ello. Era primordial que creyese.

Rosario los miraba alternativamente con expresión asustada.

—No es posible —musitó.

—Abuela... —Julia se arrodilló delante del sillón en el que estaba sentada y cogió una de sus manos, mirándola con el corazón en los ojos—. Abuela, si hay algo sobre mi madre que deba saber, por favor, dímelo.

Rosario frunció el ceño como si no comprendiese a qué se refería.

—¿De qué estás hablando, niña? ¿Crees que tu madre vino de otra época? —sonrió al ver que esa era su preocupación—. No, hija. Tu madre nació en 1967, después de gestarse durante nueve meses en mi vientre.

Julia se abrazó a ella con gran alivio.

—Aunque debo confesarte que mi Gloria no era una muchacha normal. —Rosario la apartó para mirarla—. Desde muy pequeña supe que tenía un don.

—Veía el futuro —Julia asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Y el pasado también. Sabía cosas que nadie más sabía... —La anciana movió la cabeza al recordar todo aquello—. Nunca tuvo miedo de eso. Era como si supiese que no había nada malo

en ello. Yo temí que se rebelase contra ese don y tratase de cambiar las cosas que sabía, pero jamás ocurrió. Aceptaba lo que sabía y lo tomaba por bueno, fuese lo que fuese.

—Y ¿cómo se casó con mi padre? Sabiendo que era un maltratador...

—Porque lo amaba. Lo amaba con un amor intenso y rotundo. Lo amaba porque sabía que él le daría lo que más quiso en toda su vida. A ti.

—¿Y que iba a morir? ¿Eso también lo supo?

Rosario asintió con la cabeza y sin poder contener ya las lágrimas, que brotaban incesantemente de sus ojos.

—Era como si tuviese un guion que debía seguir. Recuerdo que se empeñó en que fueses al colegio que te correspondería si vivieseis conmigo cuando aún faltaban años para que se separara de tu padre.

—Por eso pude conocer a las chicas —dijo Julia también emocionada.

—Lo comprendí después. Ella sabía que teníais que ser amigas, que seríais como hermanas.

—Entonces, todo esto —dijo Julia al tiempo que se ponía de pie y miraba a Evan—, todo lo que ha ocurrido en nuestras vidas, ella lo sabía. Sabía qué pasaría.

Evan asintió estremecido. Resultaba muy inquietante saber que tu vida forma parte de un guión que alguien que ni siquiera conoces ha leído antes que tú.

—Tenemos que enseñarle el cuaderno a Rowell —explicó Julia—. Pero antes quiero que me digas si hay más dibujos guardados.

Rosario empalideció y Julia sintió que la habitación giraba a su alrededor. Evan la vio tambalearse y la sujetó, acompañándola hasta el sofá.

—Tu madre me dijo que debía dártelos el día que me dijese exactamente esas palabras que acabas de decir.

Julia asintió mordiéndose el labio.

—Enséñamelos, abuela.

Rosario fue a su habitación en busca de aquellas dos acuarelas que su hija pintó muchos años atrás. Cuando se sentó junto a su nieta en el sofá tenía una sonrisa muy triste.

—Estos dos dibujos eran como un salvoconducto para mí, ¿sabes?

Julia asintió llorando. Mientras no se los pidiese tenía la certeza de que estaría viva.

—¿Ya no hay nada más? —preguntó, sollozando.

Rosario negó con la cabeza y también lloró.

Las dos mujeres se abrazaron con fuerza, como si quisieran protegerse de una amenaza invisible.

—Nadie se va a morir aquí —dijo Evan muy serio—. Gloria no dijo que morirías después de esto.

—No, no lo dijo. —Rosario sacó un pañuelo del bolsillo de su bata y se limpió las lágrimas.

—Estáis dando por hecho cosas que no sabemos —reprochó, irritado—. Mi hijo no se va a quedar sin su única bisabuela.

La anciana lo miró con cariño y luego se volvió a su nieta.

—Hay que ver lo buen muchacho que es este escocés. No solo habla en español cuando está conmigo, además parece que me quiere.

—Pues claro que la quiero —dijo Evan acercándose a ellas y agachándose frente a las dos—. Vamos a ver esos dibujos.

—Son acuarelas, en realidad —dijo Rosario y los sacó del sobre en el que los había guardado todos aquellos años.

El primer retrato no ofrecía lugar a dudas, era Rowell Done vestido a la antigua usanza y con

el tartán verde y azul de su familia. Julia pasó rápidamente al siguiente y frunció el ceño.

—Se parecen —dijo Evan cuando lo cogió para verlo bien—. Quizá Rowell pueda decirnos quién es.

Julia asintió y se puso de pie.

—¿Ya no estás mareada? —preguntó su marido, solícito.

—No, ya se me ha pasado el susto. —Miró a su abuela—. ¿Quieres venir con nosotros?

—Prefiero esperar a que volváis y me lo contéis todo.

—Está bien, pero no esperes levantada. Acuéstate, hablaremos en el desayuno.

Evan y Julia salieron de la casa con el sobre de las acuarelas.

Rowell miró aquellos dibujos con expresión conmovida mientras escuchaba de labios de Julia la narración completa.

—Este es Connell, clarísimamente. Es cierto que Evan se parece, pero es Connell, sin duda. —Cogió la acuarela que lo representaba a él—. Este no requiere explicación, podéis verlo vosotros mismos, soy yo.

—¿Y este? —Julia estuvo atenta a su expresión cuando se lo mostró.

—Es James Done, mi abuelo.

Cristina se colocó a su lado para ver el retrato.

—¿Y cómo sabes que no es Robert si eran iguales? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Porque lleva el tartán de mi familia. —Colocó las dos acuarelas juntas—. ¿Ves que son iguales? Es mi abuelo cuando tenía mi edad.

Todos volvieron a sentarse en el pequeño cuarto detrás de la recepción del hotel y durante unos minutos pensaron en todo lo que habían descubierto, tratando de encajar las piezas para

poder compartir sus conclusiones con los demás.

—Todo esto es una locura —dijo Rowell.

—Si pudiéramos encontrar una explicación a por qué estás tú aquí —dijo Julia mirándolo interrogadora—. ¿No se te ocurre ningún motivo?

—Debes estar de broma. —Torció el gesto—. ¿Cuántas veces vais a hacerme la misma pregunta?

—No, no estoy de broma —negó Julia—. Y comprendo que para ti esto es tan demencial como para nosotros, pero tiene que haber un motivo y debemos averiguarlo para saber qué hacer.

—Quien va a ser el próximo —dijo Cristina con voz profunda e intensa—. Saber quién va a ser el próximo.

Estaba recostada en el respaldo de su silla con los brazos cruzados frente al pecho y la mirada perdida.

—Está claro quién va a ser el próximo —dijo Leod—. Ese James. Quizá es alguien de nuestra época que va a viajar al pasado. O él mismo vendrá al presente.

—¿Y para qué iba a venir mi abuelo aquí? —preguntó Rowell irritado—. ¿Para qué estoy yo aquí?

—Para seguir vivo —dijo Evan—, mi padre tiene razón.

—¿Y para qué quiere el destino que yo siga vivo? ¿Qué falta le hago a nadie? No tuve descendientes, ninguno de vosotros está aquí por mí.

Cristina seguía con la mirada perdida y Julia la observaba consciente de que estaba viendo algo terrible.

—Tú lo sabes —afirmó.

—Yo lo sé —afirmó mirándolos uno a uno—. Sé por qué Rowell está aquí y sé por qué

Gloria dibujó a James. Lo sé desde anoche y saberlo me está matando. Tan solo me queda una pequeña esperanza de estar equivocada.

Cristina se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó su móvil. Después rebuscó entre sus fotografías y le mostró la pantalla a Rowell sin decir nada y él lanzó una blasfemia y empalideció. La esperanza se desvaneció como la bruma sobre las colinas. Cristina mostró la fotografía a los demás, que no comprendieron por qué una imagen de María había producido aquel efecto en el escocés.

—María era tu otra abuela, ¿verdad? —preguntó Cristina muy seria—. Ella era la mujer que enemistó a los dos hermanos.

Rowell asintió con un nudo en el estómago.

—Si esa imagen que me has mostrado es la de tu amiga María, sí, es ella.

—Entonces ya sabemos por qué estás aquí —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Has venido a llevártela.

Todos miraron a Rowell mientras Cristina se apretaba los ojos con las manos para tratar de contener la angustia que la atenazaba. No quería llorar, no hasta estar sola en su habitación.

—Yo... no... —Rowell estaba conmocionado.

—¿María? —Julia no pudo hilvanar una frase, pero fue suficiente.

Rowell miró a Cristina furioso.

—¿Por qué no hablaste conmigo? ¿Por qué has esperado a...? ¿Crees que esto es fácil para mí?

—No puede ser que haya venido a llevársela —intervino Evan—. Si es su abuela, significa que viajó mucho antes de que él naciera.

—Eso mismo iba a decir yo —dijo Leod—. A no ser que cada uno vaya a la época que le

corresponda. Puestos a ver cosas raras...

Cristina se puso de pie ignorándolo a pesar de que él seguía frente a ella con una profunda desolación en la mirada.

—Hay que decírselo a María —sentenció con voz serena—. Tengo que llamarla para contárselo todo. Le diremos que no viaje a Escocia, que se quede en casa.

—¿Y si eso no impide que desaparezca? —preguntó Julia—. ¿Quién dice que solo pueda hacerse desde aquí?

—Hasta ahora solo tenemos esa información, ¿no? —respondió su amiga—. ¿O has oído de más gente que haya entrado en una cueva y haya aparecido unos cuantos siglos antes?

Parecía estar bajo la influencia de alguna clase de droga, tenía la mirada perdida y estaba pálida como una muerta.

—No puede viajar a Escocia —repitió—. Yo regresaré enseguida y me quedaré con ella, ya se me ocurrirá algo que decirle. Le contaré que estoy muy deprimida y que necesito compañía. Estaré con ella día y noche, no la dejaré ni un momento...

—¿Irás a dar clase con ella al colegio?

Cristina asintió repetidamente.

—María no viajará a ninguna parte, Julia, no lo permitiré.

—Es mi abuela —dijo Rowell a su espalda. Su voz era cortante y su expresión muy triste—. Mírame. Yo estoy aquí, soy real.

Cristina se había vuelto a mirarlo y también su semblante era de tristeza.

—No hay nada que puedas hacer para impedirlo —sentenció el escocés—. Además, no puedo creer que lo harías de ser posible.

—¿Te apuestas algo? —advirtió ella con frialdad—. No sabía qué iba a ocurrir y no pude

impedir que Laura se marchase, pero ahora lo sé y no dejaré que María pase por eso también. Tú mejor que nadie sabes lo terrible que es y para ella sería mucho peor de lo que fue para ti, no lo consentiré.

—¿Aun sabiendo que de ser así yo no estaría aquí? ¿No te importa, Cristina? Puedes decírmelo, no temas, he soportado muchas cosas en mi vida, podré soportar tu indiferencia también.

Ella le sostuvo la mirada con rabia, pero no fue capaz de decir nada.

—Nosotros tampoco estaríamos —dijo Leod en un susurro.

—Cris...

Cristina se giró para mirar a su amiga y se abrazaron entre lágrimas.

—Rowell —dijo Leod pasando un brazo por sus hombros—, dejémoslas solas. Necesitan hablar.

Los tres hombres salieron de la habitación y cerraron la puerta tras ellos.

Julia fue la primera en separarse y mirar a su amiga después de muchas lágrimas.

—Ven, sentémonos. —La guio hasta el pequeño sofá—. Cogeré otra botella de *drambuie*, necesitamos ayuda para afrontar esto.

—Tú no puedes beber —dijo Cristina limpiándose las lágrimas.

Julia puso un vasito limpio delante de su amiga al tiempo que se sentaba a su lado en el sofá.

—Nunca me había hecho tanta falta tomarme uno de estos, pero ahora manda él. —Se puso una mano en su vientre plano.

—O ella —dijo Cristina y bebió un largo trago a su salud.

—No podemos decírselo, Cris. —Julia sorbió por la nariz y buscó un pañuelo en su bolsillo—. Sabes cómo es, se asustaría muchísimo.

Cristina sollozó al pensar en ello. María era la menos valiente de las cuatro. La menos intrépida y decidida. ¿Cómo iba a poder manejarse en una época tan terrible?

—Estará Laura —dijo Julia como si pudiera leerle el pensamiento.

—Pero ¿cuánto tardarán en conocerse? ¿Y qué hará ella hasta entonces? Si se lo decimos, quizá podría prepararse, aprender a enfrentarse a lo que se va a encontrar.

—Si fueses tú no lo dudaría. Después del susto inicial y de la pena sé que podrías prepararte, pero ¿María?

Cristina cogió el vasito y apuró el contenido de un golpe.

—Ponme más.

—Esto es muy fuerte, Cris. Me da la impresión de que en las últimas horas has bebido demasiado.

—Maldito Rowell Done —dijo y, después de llenar ella misma su vaso, lo vació de un trago antes de ponerse de pie para deambular por la diminuta estancia—. Ha puesto mi mundo patas arriba y ahora quiere llevarse a María. ¡No lo permitiremos! No podemos dejar que se vaya. A saber qué cosas horribles le pasarán.

—Sabemos que se casará con James Done. Según Rowell será... fue feliz.

Cristina la miró como si estuviese frente a una traidora.

—No me mires así —pidió Julia—, yo siento lo mismo que tú, solo trato de encontrar algo a lo que agarrarme.

—Tú quieres a Evan y a tu hijo, harías lo que fuera por protegerlos.

Julia la miró dolida, no se esperaba aquello.

—¿Crees que cambiaría a María o a Laura por ellos? ¿Crees que es en mí en quién pienso?

Cristina la miró y un dolor lacerante la atravesó como si le clavasen una estaca en el corazón.

Corrió a abrazarla.

—Perdóname, Julia, no siento lo que he dicho, sabes que no lo siento. —Se apartó para mirarla—. Yo también quiero a Leod y a Evan, los quiero muchísimo, no haría nada que pusiera en peligro su existencia. Ni la de tu bebé.

—Ojalá pudiésemos hacer algo para que nadie sufriese —susurró Julia con expresión desolada. Bajó la cabeza y se tocó la barriga—. ¿Te das cuenta, Cristina? Es gracias a ellas dos que yo tendré a mi hijo. Esta criatura estará siempre unida a ellas.

Su amiga asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—No podemos decírselo —insistió Julia—. Se morirá de terror si lo sabe.

Cristina volvió a asentir, ya no tenía fuerzas para decir nada más.

## Capítulo 15

María se sentó en la cama sobresaltada y cogió aire de golpe llenando sus pulmones. Era como si acabase de salir del agua y llevase minutos sin respirar. Se giró para mirar el móvil que estaba en su mesilla. Las tres y media de la madrugada. Otra vez la misma hora. Bajó los pies al suelo y esperó un poco a que su mente se aclarase, después cogió el móvil y se lo llevó consigo a la cocina. Puso agua en una taza y la metió al microondas. Qué gran invento, se dijo mientras esperaba a que el agua se calentase. Cuando la campanilla sonó avisando de que ya estaba lista cogió una cucharadita de hierbas para la infusión y la colocó en el filtro de la taza antes de ponerle la tapa. Se fue hasta el sillón y encendió la tele. Tenía sueño, pero sabía que tardaría un buen rato en poder dormirse. Prefería pasar ese tiempo sentada delante de la tele que no dando vueltas en la cama.

—Debería haber cogido la bata —dijo en voz alta dirigiéndose a Meryl Streep, que aparecía en ese momento en la pantalla—. A pesar de que ya tenemos temperaturas de verano me ha dado un poco de frío.

Bebió un largo trago de su infusión caliente y contempló los paisajes de la película. *Memorias de África*, qué maravilla. Qué buena pareja hacían Meryl Streep y Robert Redford. ¿Cómo sería enamorarse así?

—Nunca lo sabré. Claro que yo no tengo esa cara tan dulce.

Cogió su móvil y abrió la cámara frontal para mirarse. No, definitivamente no tenía una cara dulce. Quizá si perdiera unos pocos kilos su óvalo facial se vería más atractivo. No tenía unos ojos feos, podría decirse que eran bonitos, también eran claros, como los de Meryl Streep. Pero su boca era demasiado pequeña. Sus labios tenían un bonito color rosado que hacía que siempre

pareciesen pintados, pero a ella eso no le parecía nada del otro mundo. ¿Y la nariz?

—Es rara. —Se puso de lado y miró a la pantalla del móvil de reojo para seguir viéndose mientras hablaba—. Se mueve cuando hablo. ¿A quién se le mueve la nariz cuando habla?

Dejó el móvil de nuevo en el sofá y prestó atención a la película. En pocos minutos ya se había enganchado.

—No puedes irte en estas condiciones. —Evan trató de detenerlo.

—No tengo nada más que hacer aquí. —Rowell miró la mano que trataba de sujetarlo sin demasiada fuerza.

Evan lo soltó y el otro subió al coche. Bajó la ventanilla al ver que el hijo de Leod no se movía de allí.

—Tranquilo, no he bebido más que un trago.

—No sé cómo solucionabais los problemas en tu época, pero nunca imaginé que salíais huyendo del peligro.

—¿Crees que eso es lo que hago? ¿Huir?

—Es evidente.

Rowell paró el motor y se bajó del vehículo con mucha calma. Se paró delante de Evan y lo miró a los ojos.

—Eres un tipo listo, Evan. Y un buen tipo también, lo supe desde el primer momento. Pero déjame que te diga que tu vida ha sido muy fácil. No tienes ni puñetera idea de lo que es tener una vida como la mía y acabar aquí, en este mundo. Ni idea.

—Ilumíname —dijo el otro cruzándose de brazos.

Rowell respondió con una mueca burlona.

—Estoy cansado, últimamente he hablado demasiado de mí.

—Con Cristina.

—Sí, con Cristina. Con esa cabezota y testaruda mujer que se me ha metido aquí dentro — habló entre dientes, golpeándose el pecho—. Y que esta noche me ha arrancado el corazón de cuajo. En mi mundo viví cosas muy duras. Maté a unos cuantos hombres y vi morir a muchos más, entre ellos a mi padre, el hombre más bueno que haya conocido jamás, pero nunca, nunca sentí por nadie lo que me ha hecho sentir ella.

—Y sin embargo vas a marcharte.

—Sí —asintió con la cabeza—, sí, voy a marcharme y espero no volver a verla jamás. Voy a volver a aquel maldito castillo del que no debí salir nunca. Me encerraré bajo cien cerrojos y no dejaré que ningún ser humano perturbe mi eterno descanso.

Agarró la maneta de la puerta para abrirla.

—Pues en tu época debiste de ser muy valiente, pero está claro que ahora eres un completo cobarde que no se atreve a enfrentarse a la mujer que ama porque le ha hecho daño. Al final va a ser verdad que eres un «gilipollas» —dijo, utilizando la palabra en español.

Rowell se volvió y sus ojos advertían del peligro cuando se encaró con Evan.

—¿Estás tratando de que te pegue?

Evan movió la cabeza con semblante incrédulo.

—¿En serio? ¿Así es cómo reaccionas solucionas tus problemas? Pues en este mundo te auguro tomar muy malas decisiones.

El otro frunció el ceño desconcertado.

—Debes quedarte y luchar por ella. Ayudarnos a salir de esta situación. Ayudar a María a

tomar su decisión y aceptarla, sea cual sea.

—¿Crees de verdad que María tiene alguna decisión que tomar? ¿Te parece que alguien me pidió permiso para traerme aquí? —En ese momento era Rowell el que miraba a Evan con expresión burlona—. Eres un niño de teta. En mi época no durarías ni una semana.

Abrió la puerta del coche y entró, cerrando tras él. Esa vez no esperó, puso el coche en marcha y salió del aparcamiento sin dudarlo más. Evan lo vio alejarse por la carretera con un regusto amargo en la boca.

Cristina estaba frente al espejo y trataba de dar color a sus mejillas después de haberse puesto una capa doble de corrector de ojeras. Estaba horrible. Se dio por vencida y salió del baño dispuesta a dejar que la vieran así. No había pegado ojo en toda la noche, dando vueltas en la cama y pensando en lo que debía hacer. Con María y con Rowell. Se agarró al cuarzo de la encimera del baño y respiró hondo varias veces antes de salir y apagar la luz.

Sabía que le había hecho daño, lo había visto en sus ojos. Pero entonces no podía reaccionar a sus emociones, la angustia que sentía lo anegaba todo de tal modo que no le importaba lo que él sintiera. Ahora le dolía el pecho solo de pensar en lo desgraciado que debía haberse sentido al pensar que a ella no le importaba. Se sentó en la cama con los hombros caídos y la mirada perdida. Él no lo había dicho, pero iba a decirlo, estaba segura. Lo había visto en sus ojos. Todo se desmoronó antes de que pudiera confesarle lo que sentía. Antes de que ella pudiese responderle que también lo amaba.

¡Por fin! Ya estaba, lo había dicho, aunque solo fuese dentro de su cabeza. Lo amaba. Lo

amaba. Lo amaba. ¿Por qué había reaccionado de ese modo tan cruel, entonces?

Sonrió con tristeza. Qué complicadas somos las mujeres. Lo odiaba y lo amaba al mismo tiempo. Amarlo la obligaba a ser injusta con María. La empujaba a desear que su amiga, su querida y dulce amiga, hiciese un viaje aterrador que la llevaría a más de doscientos años de todo lo que conocía. Porque no podía renunciar a él, por más que intentó sacárselo del corazón durante toda la noche que pasó sola en su habitación del castillo, no pudo. Lo amaba, era así de simple. Y así de terrible. Porque eso la convertía en una traidora, una horrible y egoísta persona que solo podía pensar en su propia felicidad.

Y ahí entraba el odio. Todo es más fácil si le odias. Lo haces culpable de todo, te olvidas de su pena, de su sufrimiento. Lo dejas solo. Y no te importa. ¡Já! Se dejó caer hacia atrás en la cama, lanzando un gruñido entre dientes.

—Toda la vida esperando enamorarme y tiene que ser él. Precisamente de él. El destino debe ser un bufón con campanillas. Casi puedo escucharlo riéndose de mí.

¿Y entonces qué? ¿María se iba y todos vivirían felices y comerían perdices?

—No me gustan las perdices. —Se puso de pie.

Salió de la habitación dispuesta a buscar a Julia para decirle que sin alcohol lo veía todo mucho más claro. Tenían que hablar con María. De ningún modo podían ocultarle algo así.

—Buenos días, Cristina. —Leod se acercó a ella cuando la vio aparecer—. ¿Has descansado algo?

—Imagino que como todos —respondió ella—. Voy a tomarme un litro de café a ver si me ayuda a ver las cosas más claras.

—De acuerdo, ve.

Cuando entró en la taberna solo estaba Evan. Aún no habían llegado los clientes, faltaba una

hora para que abriesen, así que podría tomarse todos los cafés que quisiera, tranquila. Rowell no estaba y todavía no estaba lista para decidir si eso era bueno o malo.

—Un café bieeeeeen fuerte —pidió, subiéndose a un taburete de la barra.

—Buenos días a ti también. —Evan se giró para manipular la cafetera.

—¿Dónde está Julia?

—No está.

—Eso ya lo veo. Te he preguntado que dónde está. ¿Se ha quedado con Rosario?

—Tenía algo que hacer —dijo él sin mirarla.

Cristina frunció el ceño. Allí estaba pasando algo.

—¿Has visto a Rowell?

Evan se puso a preparar las tazas del desayuno colocándolas en la barra sobre sus respectivos platos y añadiendo el azúcar y la cucharilla. Cristina se bajó del taburete.

—¿Lo has visto? ¿A dónde ha ido Julia? ¡Evan, *coño*, responde de una *puta* vez!

—Rowell se fue anoche y Julia hace tres horas —dijo el otro tirando con rabia el trapo que sostenía en las manos—. Está volando hacia Barcelona. Ha ido a hablar con María.

Cristina abrió los ojos como platos.

—Rowell... ¡No!

—Tranquila, Cristina.

—María... Dios mío, le va a dar algo. Y Julia... Julia está embarazada. ¿Cómo has podido dejar que vaya sola? ¿Estás loco? —Todo su cuerpo empezó a temblar y los sollozos los siguieron sin hacerse esperar—. ¿Por qué...? ¿Por qué no...? ¡Dios, no puedo respirar!

Evan ya estaba junto a ella y la abrazó con fuerza.

—¿Te pongo otro café?

Cristina respiró hondo y asintió. Ya estaba tranquila, incluso podría comer algo.

—Tráeme un *muffin* o tanto alcohol y café acabarán por hacerme un agujero en el estómago.

Cuando Evan regresó con el café y las magdalenas también llevaba una taza para él.

—Yo tampoco he comido nada. —Se sentó frente a ella.

—¿Hablaste con Rowell?

Evan asintió.

—Traté de impedir que se marchase. Estaba hecho polvo, Cris. Ese tío se ha enamorado de ti y tú le dijiste que no te importaba que desapareciera.

—Sé lo que dije.

—A veces parece que las tías os pensáis que no tenemos sentimientos.

—Yo no pienso eso.

—Y aun así le clavaste el puñal hasta la empuñadura.

—No pensaba con claridad —dijo ella pellizcando la magdalena antes de llevarse el pedacito a la boca.

—Pues te recuerdo que ese hombre fue arrancado de su vida de cuajo y trasplantado a un mundo que no comprende. Solo y sin poder regresar. Justo después de luchar en una guerra, una de las experiencias más traumáticas que un ser humano puede vivir.

—Lo sé, no hace falta que me lo relates de nuevo, conozco muy bien su historia —respondió, irritada—. No quería hacerle daño, pero en ese momento era el eslabón más fuerte de la cadena.

—Y una mierda. —Evan parecía realmente enfadado—. Me he pasado toda la noche poniéndome en su piel y te aseguro que me he sentido como una cucaracha asquerosa. Ese tío necesitaba nuestra ayuda, sobre todo la tuya, y vas y le dices...

—¡Ya sé lo que le dije, no vuelvas a repetírmelo!

—¿Y nosotros, Cris? ¿Nosotros tampoco te importamos?

—¡Claro que me importáis!

—Pues no lo pareció. No sé lo que hablaste con Julia, pero fuese lo que fuese la hizo tomar esta decisión que no sé si es la mejor, por cierto, pero no quiso hacerme caso.

Cristina lo miraba sin comprender.

—Quiere que María decida. Le va a contar todo. La verdad sin anestesia. Y luego dejará que ella decida. ¿Sabes lo que decidirá María? ¡Se morirá de miedo y se esconderá en un lugar en el que nadie pueda encontrarla! Jamás se acercará a la cueva.

—¿Y qué crees que pasará? ¿Desapareceréis de repente? —trató de sonreír, pero su rostro se desfiguró en una mueca extraña—. Si no viaja, no pasará nada, las cosas se quedarán como están.

Evan sí sonrió, aunque sus ojos estaban completamente serios.

—Claro, el cosmos crea la posibilidad de que las personas viajen en el tiempo según un plan y deja que esos insignificantes seres, cuyos hilos maneja a su antojo, se rebelen. Seguro que sí. Si María no viaja, no hay boda con James, no hay enfado entre los gemelos, no hay descendencia, no existiremos. No sé si desapareceremos de repente o simplemente un día te despertarás en un mundo en el que nunca existimos. Si eso ocurre, tú tampoco lo sabrás. —Se puso de pie sin dejar de mirarla a los ojos—. Y, si realmente Rowell es la mitad que te falta, vagarás el resto de tu vida buscando algo que no podrás encontrar. Igual que Julia.

Cristina lo vio alejarse hacia la barra. El corazón le latía desbocado y apartó la magdalena con tal furia que el plato fue a estrellarse contra el respaldo del banco. Evan se volvió a mirarla y la vio pasar junto a él como una exhalación.

—Me llevo tu coche. —Le mostró las llaves que había cogido de donde él las dejaba.

—Ha salido temprano —le explicó Craig—. Ni siquiera se metió en la cama cuando llegó, estuvo el resto de la noche en su despacho, trabajando.

—¿Hacia dónde ha ido?

—No lo sé —respondió el viejo mayordomo—. Se puso esas ropas viejas..., cogió su caballo y se fue como si lo persiguiese el demonio.

Cristina corrió hasta los establos y se detuvo frente al caballo mirándolo con temor. Respiró hondo y buscó la silla de montar. La cogió y la llevó hasta el caballo, pero le iba a costar mucho ponérsela. La soltó en el suelo y buscó algo en lo que subirse. Cogió un adoquín que había junto a la puerta y que debían utilizar para sujetarla y que no diera golpes cuando hacía aire. Se subió al adoquín con la silla en las manos y la colocó sobre el caballo.

—No debe ser tan difícil —dijo en voz alta—. Aquí hay unas correas y aquí unas hebillas. Perdona si te hago daño... caballo. Supongo que tienes un nombre, pero no nos han presentado. Yo soy Cristina, por cierto, y me das un miedo que ni te cuento.

Cuando estuvo subida en el animal trató de recordar el camino, aunque entonces no estuvo demasiado atenta a otra cosa que no fuese aquel poderoso cuerpo pegado a su espalda.

Rowell oyó los cascos del caballo acercarse y miró hacia el sendero esperando ver a algún turista despistado. Llegaban pocos por allí, pero de vez en cuando...

Cristina lo vio de perfil, con un pie sobre una piedra, mirando al lago. Sintió un escalofrío, como si estuviese mirando a través de un espejo mágico que le mostrase el otro lado. Llevaba puesto el traje escocés completo, con boina y todo. Era la viva estampa de un *highlander de película*.

Llegó hasta él y se bajó del caballo, poniendo mucho cuidado en que el pie no se le quedase enganchado en la estribera. Después acarició al animal, tal y cómo él le había enseñado a hacer, y lo ató junto al suyo. Rowell no se había movido de donde estaba, pero su expresión mostraba a las claras que lo había sorprendido.

—¿Vienes de una fiesta de disfraces? —preguntó sin mirarlo, sintiendo los ojos del escocés clavados en su rostro—. Supongo que llevas algo ahí debajo, nunca entenderé que os gustase llevarlo todo al aire, debía de ser de lo más incómodo.

—Te equivocas —dijo él con voz profunda—. Lo incómodo son esos odiosos pantalones que lo apresan todo.

—¿Las mujeres tampoco llevaban nada bajo las faldas?

—Algunas.

Cristina inclinó la cabeza.

—Eso me parece mucho más normal. Después de todo nosotras no tenemos nada... suelto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al fin.

—¿No vas a decirme nada del caballo? —Lo miró sonriente—. Por cierto, no me dijiste como se llama. Todo habría sido más sencillo si hubiese sabido su nombre.

—No tiene nombre, no es una mascota.

—Pues debes ponerle uno.

—¿Para qué? No creo que vaya a necesitarlo —dijo muy serio.

—¿Por qué te has vestido así? —Se puso frente a él, dejando a un lado aquella falsa tranquilidad.

Rowell bajó la cabeza y pasó el pie sobre la tierra apartándola.

—Quería sentirme yo mismo una vez más. —Levantó la mirada y la clavó en sus ojos—.

Antes de desaparecer quería recordar quien fui.

Cristina dio un paso hacia él, pero Rowell se apartó instintivamente.

—No vas a desaparecer —musitó.

El escocés no dijo nada y volvió a mirar el lago.

—¿Sabes que una vez, cuando era muy pequeño, estuve a punto de ahogarme en este lago? —dijo pensativo—. Lo recordé anoche mientras conducía. Ella me sacó del agua. Mi abuela Mary.

Cristina lo miraba con el corazón acelerado.

—Sabía nadar mejor que nadie que conozca. Después de aquello se empeñó en enseñarnos a mí y a mis hermanos como había hecho antes con sus hijos y sus sobrinos, los hijos de Laura y Connell. —Se volvió a mirarla con una profunda tristeza en los ojos—. No puedes arrebatarla. Es tu amiga y la quieres mucho, pero ni te imaginas lo que la querrán sus hijos y sus nietos. Y, mi abuelo, ¿sabes lo que supondría para él no conocerla? No lo entiendes, pero él la amará profundamente. Igual que Connell quiere... quiso a Laura. No puedes hacerle...

Cristina se puso de puntillas y lo besó en los labios. Rowell tardó unos segundos en reaccionar, pero enseguida la rodeó con sus brazos y la besó con dulzura.

Cuando se separaron Cristina cogió su cara sin dejar de mirarlo a los ojos.

—No voy a arrebataros nada —susurró con los ojos llenos de lágrimas—. Te amo, Rowell. Sé que todo esto es una locura, pero de algún modo estoy segura de que estás aquí para mí. Eres mi otra mitad, mi complemento perfecto, y no voy a dejar que te marches de mi lado. Sé que has tenido que renunciar a mucho. A todo. Pero te juro que cuando seamos dos ancianos y nos sentemos en ese viejo salón, frente a la chimenea con el maldito escudo de Robert Done allí esculpido, me dirás que valió la pena.

Rowell sentía una emoción indescriptible y un miedo aterrador porque en ese momento sí tenía algo que perder. Algo por lo que merecía la pena vivir.

—Te amaré cada segundo de mi vida —dijo con la voz ronca por la emoción—, aunque sea muy corta.

—Ni se te ocurra volver a decir algo así —le ordenó Cristina con los ojos llenos de lágrimas—. Vas a estar siempre conmigo y no te perdonaré si me fallas.

Rowell sonrió esforzándose en recuperar la serenidad.

—No quisiera saber lo duro que puede ser el castigo.

—Te aseguro que no quieres saberlo.

Rowell volvió a besarla, pero esa vez dejando las sutilezas para otro momento.

## Epílogo

María seguía muda e inmóvil mirándola desde el sofá con su perpetua taza en las manos, cuyo contenido ya se había quedado completamente frío. Julia esperaba desde su lugar en aquella antigua butaca que su amiga había rescatado de un mercadillo y que había tapizado con sus propias manos con un bonito terciopelo azul.

Durante más de una hora trató de transmitirle todo lo que sabía, dando las vueltas necesarias para que la espada causase el menor daño posible al atravesarla. Y en ese momento esperaba su reacción, una explosión de emociones, lágrimas, gritos, lo que fuese. Pero allí estaba María: impávida y silenciosa.

—Di algo, por Dios —suplicó Julia.

Arrastró la silla hasta acercarse lo suficiente para poder quitarle la taza de las manos, después se las cogió con firmeza y la sacudió.

—¿Qué quieres que diga?

—Lo que sea. Grita, enfádate, pero di algo. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, María.

La maestra soltó el aire en un suspiro largo y trató de sonreír.

—No hay nada que decir, Julia. Las dos sabemos que si mi destino es hacer ese viaje nada podrá impedirlo.

—¡No! ¡No lo sabemos! —exclamó su amiga soltándole las manos y poniéndose de pie—. Cristina y yo queríamos que lo supieras para que pudieses decidir. No debes pensar en nadie más que en ti. Solo en ti y en lo que tú quieres.

—¿En serio me estás diciendo eso? ¿Crees que podría ser tan egoísta?

Bajó los pies del sofá y se puso las zapatillas. Después cogió la taza y se dirigió a la cocina para prepararse otro té.

—¿Quieres un café? Debes estar molida después de una noche como la que has pasado. Creo que deberías acostarte unas cuantas horas. Yo tengo que ir a clase así que nadie te molestará.

Julia la había seguido a la cocina y la miraba con desolación.

—No hagas esto, María.

La maestra puso agua en dos tazas y las metió al microondas. Después se giró hacia su amiga y le sonrió.

—Siéntate, Julia —pidió—. Solo dame cinco minutos, cuando esté listo el té me sentaré contigo y te diré lo que voy a hacer.

Julia esperó impaciente hasta que María puso una humeante taza frente a ella y se sentó.

—Vale. Según Rowell, yo soy su abuela —bufó al tiempo que asentía—. Hay un tal James Done que se enamorará de mí y con el que pasaré el resto de mi vida. Tendré hijos y nietos. Volveré a ver a Laura... No es tan terrible.

—En el siglo dieciocho, María. En medio de luchas fratricidas... —Julia se abstuvo de decirle que su hijo Joseph moriría en Culloden Moor.

—Lo sé, lo sé. No me he vuelto loca, tranquila. No puedo decirte que no me tiemblen las piernas ni que, llegado el momento, no vaya a morirme de miedo, pero no soy tan cobarde como Cristina y tú creéis.

—Yo no creo que...

—Sí, sí lo crees. Estoy segura de que lo primero que pensasteis cuando Rowell os contó mi vida fue que esa no podía ser María, la cobarde y poco intrépida María a la que vosotras conocéis desde que era una cría. Te diré lo primero que he pensado yo cuando me lo has contado. Ha sido

algo como: ¡wow! —exclamó, poniendo ojos de sorpresa—. ¡Qué vida más intensa voy a tener!  
Y yo que pensaba que me haría vieja sola y rodeada de gatos.

Julia cogió una de sus manos sin decir nada. No iba a mentirle diciéndole que no había sido así.

—Yo tendría mucho miedo —confesó—. Creo que me iría a un monasterio y no saldría de allí hasta que el peligro pasara.

—Por eso tú no vas a viajar —dijo María convencida—. El destino sabe lo que le corresponde a cada una.

—¿De verdad lo crees?

María asintió.

—Ahora sí. Para Laura debió ser terrible y estoy contenta porque podré abrazarla y decirle que no volverá a estar sola jamás. —La maestra sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Ya sé que tiene a Connell y a su hijo, pero tú me entiendes. Para mí será más fácil, sé que va a pasar y puedo hacer algo para prepararme.

Julia cogió la servilleta de papel y se limpió las lágrimas que habían empezado a gotear sobre la mesa.

—Terminaré mis clases, iré al banco para arreglar las cuentas y dejaré este piso. Volveré a vivir con mis padres hasta que me marche a Escocia. No quiero que tengan que sufrir el doble, teniendo que hacer gestiones para recuperar mis cosas —dijo mientras sostenía la taza frente a su rostro y miraba pensativa hacia la ventana de la cocina—. Me despediré de ellos. Tengo que hacerlo.

—¿Les contarás la verdad?

María la miró al tiempo que asentía.

—Debo hacerlo, Julia. Mis padres solo me tienen a mí. Soy su única hija y han vivido por mí todos estos años, no desapareceré dejándolos en la oscuridad y pensando toda clase de cosas horribles.

—Claro, porque saber que vas a viajar trescientos años al pasado les va a parecer una fiesta.

—Las dos se echaron a reír con los ojos aún húmedos.

—Cualquier cosa mejor que pensar que me han violado y descuartizado en un sótano. Eso es lo que pensaría mi madre, ya sabes que le encantan las series de terror.

—Sí, tienes razón.

—Bien. Una vez solucione todas esas cosas, cogeré un avión y me instalaré en el hotel de Leod.

—No, por favor, quédate conmigo.

María asintió.

—Está bien. —Bebió un largo sorbo de su té y le señaló su taza a Julia para que bebiese también—. Ya sé que no te gusta mucho el té, pero te sentará bien.

—Debería haber intentado averiguar cuándo ocurrirá exactamente —dijo Julia después de obedecer sus indicaciones.

—¿Crees que Rowell lo sabe? —preguntó escéptica—. ¡Pero si no tenía ni idea de que sus abuelas eran mujeres del futuro!

—Pero nosotras sí lo sabemos y si nos cuenta lo que sabe de cómo se conocieron sus abuelos y cómo llegaste al castillo de Turlom y conociste a Laura, quizá podamos hacernos una idea.

—Me iría bien saber si es inminente o el próximo año...

Julia asintió.

—Cristina y yo estábamos tan conmocionadas con la idea que no pensamos en nada de eso.

La llamaré y le pediré que hable con Rowell.

—¿Cómo es? —preguntó María sin poder evitar ruborizarse.

—¿Rowell?

Su amiga negó con la cabeza.

—James.

Julia abrió la boca y emitió un ligero sonido imposible de catalogar.

—Pues... es muy... atractivo. Se parece a Rowell, pero con un rostro más dulce, más bondadoso, no sé cómo explicarlo.

—Qué pena que no hayas traído la acuarela.

—Le pediré a Evan que nos mande una foto. —Hizo ademán de levantarse de la silla.

—No, espera —la interrumpió María—. Luego me lo enseñarás, quiero hablarte de algo.

—Dime, sí. —Julia la miró con preocupación.

—¿Podrías visitar a mis padres? No digo que vengas cada dos por tres, pero sí de vez en cuando una visita para que puedan hablar con alguien de todo esto.

—¡Por supuesto! —exclamó, cogiéndola de la mano—. No los dejaremos solos, te lo prometo. También los invitaré a venir a Escocia y los llevaré a...

María asintió con los ojos brillantes.

—Cristina me dijo que tenías pesadillas. —Se acordó de pronto.

—Sí, hace un mes que empezaron y se repiten casi todas las noches.

—¿Qué clase de pesadillas son?

—No sueño que viajo al pasado, si es lo que esperas —sonrió—. Me despierto de golpe con la sensación de que me falta el aire. Al principio no reconozco ni mi habitación, es muy extraño.

—¿No crees que tenga algo que ver?

María se encogió de hombros.

—Con todo lo que está pasando no me atrevería a afirmar o negar nada de nada. Quizá el cosmos trata de decirme algo, pero podría hablar más claro.

—Probablemente no tenga nada que ver y sea solo estrés por el fin de las clases —dijo Julia.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte?

—No había pensado nada, todo dependía de cómo estuvieses.

—Supongo que a Evan no le importará que disfrute de ti unos pocos días, ¿no?

Su amiga sonrió y negó con la cabeza.

—Quiero hacer algunas compras para mi futuro sobrinito —dijo María—. Y ahora voy a arreglarme. Nunca he llegado tarde y no voy a empezar ahora.

Se encerró en el baño y abrió el grifo de la bañera mientras se desvestía. Temblaba como una hoja y no era de frío, precisamente. No podía decirle a Julia lo mucho que la aterraba lo que le había contado. No se perdonaría que le pasara algo a aquella criatura que iba a nacer.

Se metió bajo la ducha y dejó que el chorro de agua caliente actuase en sus agarrotados músculos. ¿Qué iba a hacer? No quería aquello, no lo quería. Las lágrimas corrieron por sus mejillas mezclándose con el agua y durante unos minutos se dejó arrastrar por la angustia y el desánimo, procurando no emitir ningún sonido que Julia pudiese escuchar.

Sus padres la miraban como si acabasen de descubrir que su hija escuchaba voces que le decían que lo quemase todo. María sonrió.

—Necesitaréis tiempo para asimilarlo. Ahora me basta con que no llaméis al ciento doce para que vengan a buscarme con una camisa de fuerza.

Pedro Blanes era un hombre de mente científica. Había estudiado la carrera de matemáticas y trabajaba para una multinacional desarrollando proyectos informáticos, algo que le permitía entender el mundo y navegar por él con una relativa aceptación, pero lo que su hija acababa de contarle escapaba a cualquier entendimiento y raciocinio.

Su madre, en cambio, conocía bien el talante poco imaginativo de su hija, por lo que tenía claro que no se estaba inventando nada, lo que no resultaba nada tranquilizador para su estabilidad mental.

—En los próximos días podréis preguntarme lo que queráis. Incluso podéis hablar con los padres de Laura...

—¿Ellos...? —Antonia, la madre de María, no fue capaz de formular la pregunta en voz alta. ¿De verdad Myriam y Carlos eran conocedores de todo aquello?

María se acercó al sofá y se agachó frente a ellos. Cogió una mano de cada uno y los miró alternativamente.

—Sé que cuesta mucho aceptar que el mundo no es como creáis. Y sé también que aún no habéis comprendido lo que os estoy diciendo. Voy a desaparecer. No sé cuándo será, pero no quiero que paséis por lo que tuvieron que pasar los padres de Laura. No quiero que os devanéis los sesos pensando qué cosas horribles podrían haberme ocurrido. Cuando suceda sabréis exactamente dónde estoy y que estaré bien.

Su madre se levantó de golpe soltando su mano y sin decir nada salió del salón. María miró hacia la puerta con tristeza y luego se sentó junto a su padre.

—¿Quieres preguntarme algo? —lo animó.

—No sé cómo puedes pensar que seremos capaces de aceptar algo así.

María asintió.

—No importa —susurró—, no hace falta que me creáis. Solo quiero que recordéis bien todo lo que os he dicho, cuando suceda. Que sepáis que estaré bien, papá.

Se inclinó para darle un beso y se puso de pie dispuesta a marcharse. Su padre se puso de pie también.

—Hija —la llamó y María se giró—. No te marches... a Escocia... sin venir a despedirte.

—Tranquilo.

Al pasar por delante de la puerta de la cocina vio a su madre fregando los cacharros y sin decir nada se abrazó a su espalda durante unos segundos, aspirando el aroma de manzana de su colonia y sintiendo el calor que desprendía su cuerpo.

—Te quiero, mamá.

Antonia se giró con las manos mojadas y la abrazó con fuerza, como si temiera que fuese a desaparecer en ese mismo instante.

—¿Cómo podría soportarlo, hija? ¿Cómo? —La besó repetidamente en la mejilla—. Eres mi niña, mi pequeña...

—Ya no soy una niña, mamá. Estoy más cerca de los treinta que de los veinte. —María la miraba con ternura—. Piensa que me voy de viaje a un país muy lejano. Viviré una increíble aventura. Me casaré, tendré hijos y después nietos. Seré feliz, mamá.

Su madre volvió a abrazarla con fuerza y ya no pudo contener los sollozos.

—¡Pero yo no voy a verte más! Ni conoceré a tus hijos. María, dime que estoy teniendo una pesadilla y que voy a despertarme.

Pedro había entrado en la cocina y María se separó de su madre y los miró a ambos.

—¿Hubierais preferido que no os lo contara? ¿Me he equivocado?

—No —dijo su padre—, si eso que has dicho tiene que pasar, yo prefiero saberlo. La idea de

que desaparecieses y nunca supiésemos qué te ocurrió...

—Hablad con Myriam y Carlos —los conminó—. Ellos podrán ayudaros y juntos será más sencillo. Podréis desahogaros y os comprenderán. También podéis llamar a Julia y a Cristina siempre que queráis. Y no olvidéis que Leod y Evan son también vuestra familia.

—Esto es una locura, hija, no puedo creer que pienses que podemos aceptar algo así.

—No, papá, sé que no podéis, pero cuando suceda todo lo que os he contado se convertirá en recuerdos sobre mí que podréis atesorar.

—¿Cuándo te marchas a Escocia? —preguntó su madre.

—En cuanto termine las clases. Hoy he hecho el último examen de recuperación.

—Ven a vernos todos los días —sollozó su madre—, deja que disfrutemos de ti al menos hasta entonces...

María la abrazó y le hizo gestos a su padre para que se acercara y las abrazara también. Sentía un profundo dolor en el pecho y dejó que sus lágrimas salieran libremente. Quería muchísimo a sus padres y estaba muy unida a ellos. Le costó mucho independizarse porque era feliz viviendo con ellos. Ahora debía romper el lazo para siempre. Ya no podría correr a ver a su madre cuando necesitara mimos ni pedirle a su padre que la acompañase a la librería porque ambos compartían el mismo gusto por la lectura. Ya no habría más charlas sobre libros y autores, ni comerían bizcocho de zanahoria sentados los tres en el suelo del salón mientras organizaban los adornos navideños. No podría acudir a su madre cuando tuviese su primer hijo y no supiese cómo calmar su llanto ni podría cogerse del brazo de su padre para caminar hasta el altar.

Los soltó a ambos y salió corriendo de allí. Necesitaba alejarse de ellos, llorar hasta que le doliese la garganta para ver si se calmaba el terrible dolor que le oprimía el corazón.

—¡María! —la llamó su madre echando a correr tras ella.

Su marido la sujetó para impedirselo.

—Déjala —dijo con la voz ronca—, necesita estar sola.

—No, necesita a su madre —replicó Antonia revolviéndose como un gato enjaulado.

Pedro la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó aguantando sus intentos de zafarse. Al final Antonia se rindió y dejó que la rabia y la angustia salieran de su cuerpo.

—Mi niña, mi hija —sollozó.

Su marido siguió abrazándola mientras cerraba los ojos y dejaba que cayesen sus propias lágrimas.

—Lloraremos todas las lágrimas hoy. Después no desaprovecharemos un solo minuto del tiempo que nos quede con ella.

—No podré soportarlo —sollozó Antonia—, no podré.

—Sí podrás, eres fuerte. Y yo estaré aquí, contigo.

Querid@ lector@,

Gracias por seguir conmigo y con esta historia. Ya solo nos falta saber qué le pasará a María para tener el cuadro completo de Las Highlands. La publicaré sobre el día 10 del próximo mes. No dudes en escribirme con tus impresiones, te dejo todas mis redes y mi mail para que puedas hacerlo sin problemas.

Mail: [janawestwood92@gmail.com](mailto:janawestwood92@gmail.com)

Facebook: <https://www.facebook.com/JanaWestwood92>

Instagram: [https://www.instagram.com/janawestwood\\_oficial/](https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/)

Twitter: <https://twitter.com/JanaWestwood>

Y en Amazon: [relinks.me/JanaWestwood](https://relinks.me/JanaWestwood)

A continuación te dejo un fragmento de otra de mis novelas. En esa ocasión te traigo el primer capítulo de *Un lugar donde quedarme*. Espero que te guste.

Besos y abrazos,

Jana Westwood



Un lugar donde quedarme

# Capítulo 1

Tracy era pequeña y estaba demasiado delgada para su edad. A Felicia le pareció que además tampoco parecía muy simpática, pero quizá se debiera a lo exageradamente tímida que era.

—No se parece a mi hermana, ¿verdad? —dijo mirando a su marido que estaba sentado junto a ella en el avión.

—Es una cría, ¿qué esperabas? —dijo él sin prestar demasiada atención a nada que no fuese el bebé que tenía en los brazos.

Resultó que Sam se encontraba cómodo con el niño y el instinto paternal había eclosionado en él como por arte de magia. Felicia siguió mirando a la pequeña que iba sola en los asientos de la derecha. Al menos había dejado de llorar.

Cuando llegaron al rancho les esperaban con globos y carteles de bienvenida con el nombre de Harry por todas partes. Todos se portaron muy bien con Tracy. Incluso su primo Nathan que con doce años tenía poco interés en la llegada de un bebé y una niña a la familia. Samantha, a la que todos llamaban Samy, se mostró un poco nerviosa, para ella la idea de tener una prima de su misma edad con la que jugar era todo un acontecimiento, pero Tracy no parecía muy entusiasmada por conocerla.

A Tracy le pareció que todos eran increíblemente grandes y que su prima era realmente hermosa con aquella ropa tan bonita y el pelo largo sujeto en una coleta alta. Se sentía fea, pequeña y tremendamente triste. No levantaba la cabeza y apenas dijo nada temiendo que se pondría a llorar. Cuando cortaron la tarta y pretendieron que comiera una porción a punto estuvo de atragantarse al intentar contener las lágrimas. Irene Abey comprendió que la niña necesitaba

desahogar su pena a solas y se ofreció a mostrarle su habitación dejando a los demás con el pequeño Harry. A Irene no le gustaba nada cómo había decorado la habitación su cuñada. Tampoco le parecía bien que hubiese colocado a la niña en aquel cuarto tan pequeño con la excusa de que era el único que estaba al lado del de Harry.

—¿Te gusta? —preguntó con ternura.

Tracy asintió con sinceridad mirando a su alrededor. Habían pintado las paredes en color azul cielo, que era su color preferido. Se acercó al armario y lo abrió, estaba lleno de ropa. Se volvió a Irene.

—Felicia te ha comprado ropa —dijo su tía acercándose—, pensó que no tendrías mucha.

Tracy miró su pequeña maleta que alguien había dejado sobre una silla y luego volvió a mirar la ropa que estaba colgada en el armario. Entre todos sus hermanos juntos no tenían tanta ropa como había allí.

—Samy hizo de modelo para escoger la talla —dijo Irene—, es posible que te estén un poco grandes, mi hija está más rellenita que tú.

Al ver que la niña estaba incómoda con su presencia decidió dejarla sola.

—Te dejaré para que te instales —dijo Irene—. Supongo que querrás sacar tus cosas de la maleta. Y puedes descansar o bajar cuando te apetezca.

Tracy asintió y vio como Irene salía del cuarto dejando la puerta abierta. Después de unos segundos fue hasta su maleta y la abrió. Sus pantalones raídos la miraron avergonzados y sus zapatillas gastadas parecieron esconderse tras el papel con los dibujos de Clara. Cerró la maleta, se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas con fuerza tratando de contener los sollozos que se le escapaban sin que pudiese impedirlo.

Su primo Nathan entró en el cuarto y la observó unos segundos hasta que ella levantó la vista

y lo miró con la cara mojada por las lágrimas.

—Así que ya conoces la tradición —dijo el muchacho.

Tracy frunció el ceño.

—La de que llorar cuando estrenas una casa trae buena suerte —dijo el muchacho sentándose frente a ella en el suelo—. Supongo que te lo ha contado mi madre, pero no hace falta que te esfuerces tanto. Venga, que te ayudo.

El niño empezó a gemir y a hacer como que lloraba y Tracy se echó a reír al ver sus muecas.

—¿Sabes montar? —preguntó cuando la niña se limpió las lágrimas.

Tracy negó con la cabeza.

—Pues aprenderás —respondió Nathan—. Yo monto muy bien, y caballos grandes, no como los que monta Samy. Pero es que ella es una cría. Como tú.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Tracy.

—Trece —respondió orgulloso—. Tú no debes tener más de ocho.

—Tengo diez —dijo ella molesta.

El niño la miró de arriba a abajo.

—Pues eres muy pequeñaja para diez años —dijo—. Mi hermana te saca una cabeza, por lo menos y tiene nueve. ¿Todos tus hermanos son tan pequeñajos como tú?

Tracy asintió y la tristeza volvió a invadirla al pensar en su familia, sobre todo en su hermana Clara.

—Estás triste —dijo Nathan.

Tracy asintió.

—Echo de menos a mi familia —dijo.

Su primo la miró con ternura.

—¿Quieres hablarme de ellos? —preguntó.

A la niña se le iluminaron los ojos y asintió repetidamente.

—Ven —dijo Nathan poniéndose de pie—, te enseñaré el rancho y mientras podrás contarme cosas de tus hermanos. ¡Vamos!

Los niños salieron corriendo de la casa ante la mirada enfurruñada de la pequeña Samy por verse excluida de sus juegos.

Nathan la llevó hasta los establos para que viese a los caballos y Tracy se sintió aterrada ante la visión de semejantes animales.

—¡Son enormes! —exclamó.

—Ese de ahí es el mío, se llama Lucero —dijo Nathan con orgullo.

Tracy se acercó a mirar a través de los maderos.

—Buscaremos uno pequeño para ti y aprenderás a montar. ¿Pero no querías hablarme de tus hermanos? ¿A qué esperas?

La niña empezó a hablarle de su familia y poco a poco la opresión que sentía en el pecho se suavizó. Aun así, cuando llegó la noche y se encontró sola entre las sábanas no pudo evitar que las lágrimas volvieran de nuevo.

Durante la primera semana lloró cada noche al irse a dormir y durante el primer mes rogó cada mañana porque viniesen a buscarla para volver a casa. Pero la amistad de su primo Nathan y ocuparse del pequeño Harry fueron llenando su día a día y las lágrimas se secaron.

Nathan vio en ella algo especial, una bondad natural que la hacía preocuparse por los demás sin esperar nada a cambio. Y decidió que sería su protector y conseguiría que se encontrase en el rancho como en su propia casa.

Samy no entendía por qué no podía tenerla para jugar siempre que quería y solía enfadarse

con ella cuando le mandaban algún quehacer, relacionado casi siempre con Harry, y dejaba el juego sin terminar. Aun así la niña había conseguido lo más parecido a una amiga y se sentía contenta por ello.

Le costó un poco adaptarse a su nuevo colegio y el primer año tuvieron que ponerla un curso por debajo de lo que le habría correspondido, pero Tracy pronto demostró que era muy inteligente y consiguió recuperar el tiempo perdido.

La tía Felicia se sentía completamente satisfecha con su nuevo estatus de madre. Disfrutaba de las pocas tareas que se reservaba para ese cometido, pues la mayoría del trabajo recaía sobre los hombros de Tracy, que fue para su hermano la perfecta hermana mayor.

—Tía, ¿por qué Tracy es tan huraña conmigo —le preguntó Samy a Felicia cuando sus primos llevaban dos meses en el rancho.

—Samy, tienes que ser comprensiva con ella. Debes entender que no es como tú, que has vivido en un lugar como Little Bit y que tienes una familia con recursos. Ella viene de un lugar en el que apenas tenían para comer. Además no todas las niñas son tan guapas e inteligentes como tú —dijo su tía sonriendo al tiempo que le apartaba los rubios rizados de la cara—. Tendrás que ser buena con ella cuando seáis unas jovencitas y no le salgan tantos pretendientes como a ti. La grandeza se demuestra en los detalles, ya lo sabes. Yo tuve que ser muy comprensiva con mi hermana, siempre me tuvo celos porque yo era la mayor, ¿sabes?, y sin embargo nunca hice caso de eso y la quise como si fuese buena. Al final no sirvió de nada porque Jillian se comportó como una cabeza loca y trajo la deshonra a la familia al casarse con alguien como Roberto Guzmán. Estoy segura de que la enfermedad de nuestro padre tuvo su origen en aquel suceso tan desagradable.

Samy asintió con orgullo, se sentía importante al ver que su tía le contaba todos aquellos

terribles secretos. En aquel momento tuvo la certeza de ser la niña más afortunada y guapa de todo Texas. Ninguna de las dos se percató de la espía silenciosa que escuchaba con la espalda pegada a la pared y un enorme peso en su corazón.

—Jillian siempre fue huraña y un poco mezquina, es lo que tiene sentirse inferior a alguien — siguió diciendo la tía Felicia—, por eso debes ser comprensiva con Tracy y tratarla bien, después de todo tiene sus mismos genes.

—Ella no es como Harry, ¿verdad? —preguntó la niña que quería tener las ideas bien claras—. Nunca será tu hija, ¿no?

—No, claro que no. Ella está aquí como mi protegida —explicó su tía.

—¿Como esos niños a los que apadrina mi madre y les envía dinero cada mes? —preguntó la niña.

—¡Sí, eso! —exclamó Felicia con una enorme sonrisa—. Tu madre hace obras de caridad a distancia y yo me he traído mi buena obra a casa.

Las dos se echaron a reír a carcajadas mientras que Tracy sentía ardientes lágrimas resbalando por sus mejillas.